A Tumba Abierta

Begoña Gallego

A TUMBA ABIERTA

Begoña Gallego de la Iglesia

© Begoña Gallego, 2023
Diseño de portada: Begoña Gallego
Primera edición: mayo 2023
La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Derechos reservados.

«A Tumba Abierta» está Inscrito en el registro de la Propiedad Intelectual del Principado de Asturias. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo se podrá hacer con la autorización del titular salvo excepción prevista por la ley.
Fotos de portada:
Foto de Yaroslav Shuraev: https://www.pexels.com/es-es/foto/resfriado-nieve-mujer-invierno-7042242/
Foto de cyclophoto-tourmalet

“Algún día la muerte nos llevará a otra estrella”
Vincent van Gogh

Capítulo 1

Maira sabía que ese momento tenía que llegar. Lo supo desde el mismo día en el que acunó a su hija por primera vez en sus brazos. Aquel día, el del parto, la miró y una lágrima se escapó de sus oscuros ojos pensando en los dos futuros posibles para su niña: no volver a verla, o que le permitiesen cuidarla a la espera de que engrosase el catálogo que ofrecía la organización a sus clientes, el mismo del que ella ya formaba parte desde hacía años.

Para aquel cártel colombiano, ellas eran meros objetos a los que denigrar y humillar hasta acabar con cualquier resquicio de humanidad, insurgencia o autoestima que existiese en aquellas mujeres. Con Maira lo habían conseguido. Estaba totalmente anulada. Seguía los pasos que le marcaban desde que, el primer depredador sexual al que la ofrecieron arrancó su último rastro de esperanza con cada cruel acometida de caderas que la desgarraban por dentro una y otra vez hasta que aquel animal se derramó, sin ningún tipo de reparo, en su interior.

Ese no era el destino que quería para su hija, Maira ya había sufrido suficiente por las dos en su corta vida. Así que, desde que depositó el primer beso en la frente de la pequeña, despertó de su letargo ideando un plan para evitar que aquellas bestias se hiciesen con los servicios de su niña. No permitiría que unas manos irrespetuosas, rudas, inmisericordes, arrancasen la inocencia de esos dulces ojos que tan solo suplicaban cariño.

Unos ojos que sabía que, en ese instante, la observaban desde la negrura del doble fondo del armario de su casa, donde la mujer la había escondido en cuanto percibió el rugido de un motor apagándose en la calle. Un sonido inconfundible grabado a fuego en su memoria tras tantos años oyéndoles venir: bien para recogerla, bien para traerle clientes al piso.

La pequeña los observaba, acurrucada en aquel minúsculo zulo, aferrada a su osito blanco de peluche preferido. Mordía sus orejas para evitar gritar, para vencer el impulso de salir corriendo de aquel agujero a defender a su madre. La niña se lo había prometido tantas veces que no podía más que cumplir su promesa. Cuando aquel momento llegase, cuando las bestias fuesen a por Maira, ella se quedaría quieta en aquel agujero, pasase lo que pasase, sin hacer ni el más mínimo ruido; y su madre, a cambio, tampoco emitiría ningún sonido protegiéndola con su vida si fuese necesario.

La niña observaba a aquellos dos personajes de sobra conocidos. El calvo bajito que presionaba los hombros de Maira obligándola a doblegarse ante su fuerza, sentándola en una desvencijada silla. El

musculado, con sus brazos llenos de tatuajes —entre los que destacaba un nombre, Ammilie—, desfigurando con su puño la cara de su madre con golpes verticales que se repetían sin descanso.

Maira seguía callada, tal y como le había prometido año tras año a su niña. Silenciando el dolor con el miedo que inundaba su corazón, miedo a que su mirada, la que Maira mantenía firme hacia el armario para insuflar fuerzas a su hija, fuese la culpable que desvelase el escondite de su pequeña. Se mantenía en silencio, sintiendo manar de la brecha de su ceja la sangre caliente que recorría su rostro hasta unirse en su camino con la que surgía de unos labios reventados y algún que otro diente roto. El sabor ferroso de aquel líquido invadía la boca de Maira, una Maira que era consciente de que aquella sangre que nublaba su visión y asaltaba su sentido del gusto era la punta del iceberg de los daños que aún estaban por llegar.

Un puñetazo en la boca de su estómago la dejó sin aire por unos instantes. Se ahogaba, sus pulmones eran incapaces de llenarse y ella luchaba por sobrevivir por puro instinto, aunque su vida se había apagado hacía ya mucho tiempo a pesar de los doce años de luz de los que había gozado al lado de su pequeña. Boqueó al pensar en ella. No quería que la viese morir, no así, no allí, pero sabía que sus horas se podían contar con los dedos de una mano, como los huesos que quedaban sin quebrar de su maltratado cuerpo.

No recordaba cuándo ni cómo, a pesar de haber sido hacía escasos momentos, pero sentía clavarse en sus músculos la punta afilada de su fémur roto. Eran tantos los golpes que no había espacio para el recuento. Las falanges de sus dedos eran puro polvo. El suelo a su alrededor estaba cubierto por un círculo de denso líquido rojo que aumentaba de tamaño a cada segundo que pasaba.

Maira apenas podía mantener ya erguido su rostro, le costaba respirar, mantener la consciencia y la mirada fijada en su hija. El dolor era algo difuso que se extendía por cada centímetro de su cuerpo. Pero sus labios seguían sellados conformando una sonrisa dedicada a su pequeña. Ese gesto alegre acabó por desesperar al hombre tatuado que, al grito de «¡Maldita zorra!», alzó su brazo en el aire dejándolo caer en picado hacia la cara de Maira.

El sonido de un crujido, la cabeza de la mujer rebotando para caer exánime hacia atrás y el silencio. Una milésima de segundo cargando de tensión el ambiente. Y la pequeña, escondida en aquel minúsculo hueco, abrazada a su peluche, con los ojos desorbitados y un grito ahogado en el mordisco de la oreja de aquel oso, quieta, sin lágrimas en sus ojos, queriendo escapar de aquel mal sueño.

—¿Qué has hecho maldito gilipollas? —inquirió el calvo caminando de un lado a otro de la estancia.

—Estamos jodidos, nos hemos cargado a la que más caja hace y

nos vamos sin la nueva —respondió el tatuado llevándose las manos a la cabeza.

—Estás, estás jodido, a mí no me metas en esto. Yo me largo de aquí.

—Ayúdame —ordenó el musculado al calvo saliendo de su letargo, poniendo sus brazos debajo de los sobacos de Maira—. Quizás aún podamos arreglarlo.

—¿Qué pretendes hacer?

—Salvarnos el culo, *culocagao*. Agárrala de las piernas, nos la llevamos de aquí.

—¿Para que nos pille la *cana con* un muerto? —siguió preguntando indeciso el calvo.

—Para que hagan caja y se olviden del resto. Hay gente que paga mucho dinero por acostarse con los muertos.

No se cruzaron más palabras. La niña vio cómo aquellas bestias cargaban con el cuerpo inerte de su madre, llevándoselo de aquel edificio en el que vivían en medio de un barrio propiedad de la organización. Y ella, ella seguía aferrada a su peluche, sin atreverse a llorar, sin mover ninguno de sus músculos, observando por última vez a Maira, la mujer que durante esos doce años la había enseñado a ser fuerte.

Capítulo 2

Agosto de 2020, Puerto de la Covatilla, Salamanca

Las cubiertas de las ruedas de su bicicleta rozando el asfalto provocaban uno de los sonidos más relajantes que Braider conocía, tan solo igualado por el que generaba la cadena deslizándose por catalinas y piñones al ritmo que marcaban sus piernas. Y ese día, ese jodido día, era uno de esos en los que necesitaba llenar sus oídos con la letanía que sabía recitar su bici al son que él le iba marcando. Era la mejor forma que conocía para rebajar el enfado creciente que bullía a través de sus venas.

Necesitaba sentir esa sensación de libertad indescriptible que le provocaba sentarse en el sillín y pedalear. Pedalear comiéndole kilómetros a la carretera, con el viento acariciando su cara; el sol llenando de marcas su piel; sus piernas subiendo y bajando en una cadencia que parecía hacerle ascender los puertos sin esfuerzo. Precisaba notar todo ese conjunto de sensaciones que le insuflaban vida alejando cualquier problema de su mente y, precisamente ese día, tenía muchos que alejar.

No se encontraba en ese estado cuando se despertó, ni los días anteriores. Más bien todo lo contrario, ya que había logrado el sueño de su vida con tan solo dieciocho años. Su prima era la culpable, le había inculcado el gusanillo del ciclismo incluso antes de que supiese caminar, y todos sus pasos desde entonces habían ido en una sola dirección: conseguir correr en un equipo profesional. Lo había logrado, un equipo UCI Pro Tour se había fijado en él, lo había fichado; y en ese día —el primero en el que salía a entrenar enfundado en la equipación del Ammilie Bike Racing Energy— su sueño se había empequeñecido. Alicia, ella de nuevo, eclipsaba sus logros. No es que no quisiese a su prima; de hecho, la idolatraba, pero que la hubiese contratado el mismo equipo en el que él iba a correr para desarrollar diversas tareas, le hacía sentirse vigilado, menos libre, le quitaba misterio a su aventura de independencia viajando por toda España —y puede que parte del extranjero— para rodar en decenas de carreras en pos de alguna victoria.

De ahí la ruta de ese día en medio del abrasador calor de Castilla en pleno agosto. Quería machacarse intentando evaporar con cada gota de sudor un poco de la rabia que le carcomía por dentro. Un sudor que rodaba por su cara intentando irritar sus ojos; mientras la cadena se resistía a deslizarse por platos y piñones cuando él pateaba los pedales con furia; mientras sus pulsaciones subían al límite de lo saludable y el aire se negaba a entrar en sus pulmones. Todo esto le

hacía sentir que allí, sumando metros a sus piernas, pedaleando de pie para derrotar aquel desnivel del 16% al inicio de la subida de La Covatilla, nada podía afectarle.

Esa mañana había comenzado a rodar sin un destino en su mente para acabar frente a aquel puerto castellano de nueve kilómetros a un 8,1% de desnivel medio que, en principio, no debería presentar ningún problema para él aun a pesar de estar desentrenado por culpa de una lesión, pero ese pequeño tramo de máxima exigencia en el punto kilométrico tres de la subida auguraba un ascenso de tormento después de los casi cien kilómetros que llevaba a sus espaldas. Rezaba por no tener que recurrir a su salvadora de siempre en los momentos de crisis. No quería tener que llamar a la persona que hacía bullir su sangre, a la culpable de su creciente ira interior y de la paliza que se estaba dando en aquel infernal día. Así que apretó los dientes y siguió pedaleando tratando de acordarse de hidratarse, pero sin echar mano a los geles.

Cada curva que ascendía, cada batalla ganada al peralte, se llevaba consigo unos gramos de su enfado y muchas de sus fuerzas. Pero su mente daba más vueltas que sus ruedas y seguía sin entender porqué su prima no respetaba su espacio. Tenía decenas de escuadras a las que dirigirse, se había hecho un nombre en la comunidad ciclista, casi podía escoger entre los mejores equipos UCI World Tour, estar en las grandes vueltas, pero no, tenía que irse con él, ser su niñera. Braider no entendía qué pintaba una mujer independiente de treinta y tres años dando tumbos por ahí, en un equipo de categoría inferior. Si él fuera, ella nada le habría impedido prosperar, ni que le hubiese pedido un favor su familia, ni que tuviese que cuidar de un primo; nadie ni nada se hubiese interpuesto entre su sueño y él.

Entre tanto pensamiento, después de varios kilómetros de subida y en medio del tramo más complejo de la ascensión de La Covatilla, parecía que sus piernas se querían frenar. El chico metió todo lo que tenía intentando no perder cadencia; con un plato de 34 y un piñón de 28, la dificultad no se encontraba en avanzar en una carretera que hacía algo más que picar hacia arriba, sino en ser capaz de mover ese desarrollo con fluidez. Braider presionaba con todas sus fuerzas y kilos de rabia los pedales, consiguiendo mantener un buen ritmo durante unos metros, aunque comenzaba a notarse vacío, con unos músculos que se negaban a funcionar como debían después de tanto tiempo parados a causa de la lesión que había sufrido.

Si llegaba a la antena de radio lo más duro habría pasado, llegaría a la estación de esquí y podría tomar aire antes de afrontar la bajada y el regreso a Ledesma, al barrio de Los Mesones, sin tener que pedir ayuda, demostrando que no necesitaba una niñera.

Braider era impulsivo, demasiado, y eso le llevaba a situaciones

como la que estaba viviendo. Tenía que aprender a medir sus fuerzas, a no dejarse llevar por el ímpetu que tomaba por él todas sus malas decisiones. Cuando lo ficharon, el director de equipo ya le había advertido que su actitud era un asunto a pulir. Debía aprender a aceptar las directrices del equipo si no quería que su unión fuese flor de un día. Él había porque deseaba estar allí, en esa escuadra, en medio de aquel gran circo, quería llegar a ser protagonista y pasear su nombre por los puertos míticos del ciclismo. Para que eso sucediese tenía un arduo trabajo por delante.

Se serenó. No sabía si porque el recuerdo de este consejo le hizo recapacitar sobre lo bueno que sería tener a su prima a su lado para calmar sus demonios, o porque sus fuerzas le estaban fallando. Cada pedalada era un suplicio, pero quería continuar, coronar aquel puerto; al fin y al cabo, el ciclismo era sinónimo de agónico sufrimiento. Si quería conseguir la gloria, debería aprender a retorcerse encima de la bicicleta, aunque no tuviese ni un gramo de fuerza más. Echó la mano a los bolsillos del maillot recordando que allí tenía sus geles y no había hecho uso de ellos. La furia que le consumía, que inundaba sus pensamientos, le había hecho cometer el peor error de un ciclista, no alimentarse a tiempo.

Echó pie a tierra frustrado por su fallo de principiante, máxime en un día como aquel de tanto desgaste físico debido al calor que ya empezaba a quemar el asfalto. Tumbó la bici en el arcén intentando que molestase lo menos posible y, cuando recuperó un poco el aliento, se tragó su orgullo, tecleando el número de la que siempre estaba ahí para recoger los pedazos de sus fracasos y de sus neuras, tanto en la vida como en sus rutas. Marcó el teléfono de su prima con la férrea convicción de que al final, que ella hubiese elegido quedarse en el mismo equipo que él, sería más una bendición que un castigo.

—¿Ali? —preguntó jadeante Braider—, soy yo, S.O.S.

—¿Dónde estás, cabeza de chorlito?

—Pues verás, es que… tiré y tiré y tiré, y creo que necesito que vengas a recogerme, estoy en medio del puerto de La Covatilla.

—¿Estás loco? ¿Hoy, precisamente hoy, tenías que hacer una de las tuyas? Como no lleguemos a tiempo a la fiesta que te tienen preparada, tu tía y tu madre nos matan —escupía Alicia cogiendo las llaves del coche.

—Pues entonces deja de perder el tiempo y ven a buscarme —sentenció Braider con suficiencia.

—Claro que voy, pero cuando acabe la fiesta yo a ti te mato.

La risa de Braider se escuchó al otro lado del teléfono antes de que su prima colgase la llamada. Él tenía claro que, en cuanto llegasen a tiempo a la fiesta que le habían preparado en el barrio por su fichaje, Alicia se olvidaría de todo y lo colmaría, como siempre, de besos y

abrazos. Era su ojito derecho, nunca había sido capaz de disimularlo, por ruda que su prima intentase parecer.

Capítulo 3

Agosto de 2020, Arrabal de los Mesones, Ledesma

Alicia giró a la derecha en la carretera de Salamanca a Ledesma en el punto en el que esta enlazaba con la de Peñausende. Lo que no se esperaba Braider era ver, poco después de ese giro, cómo estaba engalanado el parque infantil que se encontraba frente a la iglesia de San Pedro y San Pablo de Los Mesones.

En los soportales de esta colgaban carteles que le daban la enhorabuena, guirnaldas, globos y, bajo ellos escondiéndose del calor, mesas llenas de comida y decenas de familiares y amigos que lo estaban esperando para celebrar con él su logro. Para aquel pequeño barrio, el fichaje de Braider era lo más emblemático que había sucedido desde hacía años. En cuanto vieron asomar el morro del coche de Alicia por la curv,a todos los amigos y familiares allí reunidos empezaron a aplaudir y gritar enfervorecidos. Él soñaba con aplausos, con gritos, con que lo jalearan, pero no solo sus conocidos en su pueblo, sino también los desconocidos en las carreteras, en esos puertos infernales que hacían arder cada músculo, que hacían desaparecer el aire de su alrededor dificultando la llegada a sus pulmones. Soñaba con verse rodeado de un pasillo interminable de personas abriéndose a su paso, temiendo que en algún momento no lo hiciese con la suficiente rapidez como para permitirle adentrarse en él. Soñaba con un baño de masas, de aficionados, esos que desean hacerse un selfi contigo aun a riesgo de lanzarte al suelo y acabar con tus aspiraciones. Soñaba con todo eso, pero aquel recibimiento era todavía más emocionante que lo que imaginaba en sus sueños. No había nada comparable a sentirse arropado por los tuyos. Y él pensando que su prima quería eclipsar sus logros mientras lo que hacía era organizar aquel festejo. Porque Braider sabía que, aunque su madre y su tía fuesen las impulsoras, ella había puesto toda su alma para que ese evento fuese perfecto.

Mandó parar a Alicia. En aquel momento no le importaban sus ropas sudadas, ni parecer un pato andando con sus zapatillas que repiqueteaban con las calas en el suelo. Salió del coche emocionado, luchando por mantener a raya a aquellas insidiosas lágrimas que escocían tras sus párpados y que acabaron por correr libremente por sus mejillas cuando se fundió en un abrazo con su madre. Sabía que desde entonces ya no podría disfrutar tanto de su compañía, pero los pájaros deben volar del nido, como siempre decía ella, y él necesitaba volar, perseguir sus sueños, lidiar solo con sus miedos y darse la oportunidad de luchar por llegar lejos en ese mundo tan competitivo.

—Muy bien, señores. Braider va a ir un momento a ducharse y vuelve enseguida, que no queremos que nos llene de sudor con sus abrazos. —Alicia lo sujetó por los hombros para meterlo en el coche según decía estas palabras.

Cuando el chico volvió a la fiesta cumplió con todos y cada uno de los presentes, abrazó, besó y conversó. Tendría que acostumbrarse a las atenciones que debía dispensar a quien se le acercase. Allí todos eran conocidos, pero, si algún día llegaba a hacerse un nombre en ese deporte, estaría rodeado de fans, de medios informativos, de equipo técnico, de compañeros a los que no deseaba ofrecer una mala versión de él mismo. Era conocedor de que era algo que debería trabajar, porque su genio era muy caprichoso y salía a flote en cuanto algo no le gustaba, tal y como le había sucedido esa mañana, enfadándose con su prima. La observó en la distancia, sentada en el poyo de los soportales de la iglesia, al fondo, alejada de toda la acción. Ella era así, nunca le había gustado ser el centro de atención, siempre estaba vigilante, en la sombra, como una hormiguita trabajadora, haciéndolo todo sin que apenas se notase. Sería una gran aliada para él en el equipo. Se acercó hasta Alicia con dos cervezas en su mano, sentándose a su lado.

—¿Ya se ha cansado el príncipe de las masas? —preguntó su prima sonriéndole.

—Apenas unos minutos después que tú. —Le ofreció un botellín a su prima—. Gracias por todo esto. —Braider golpeó el hombro de Alicia con el suyo en tono cariñoso.

—El mérito es de nuestras madres. —Vio con el rabillo del ojo cómo Braider negaba con su cabeza—. Está bien, ayudé un poquito. Disfrútalo, ese es suficiente agradecimiento. —Tomó un trago largo de su cerveza—. ¿Estás preparado?

—Creo que sí. Será duro dejarlos a todos atrás, pero al menos te tendré a ti conmigo. —La miró para ver cómo Alicia arqueaba una ceja—. ¿Qué significa ese gesto?

—Nada, nada, solo que pensé que no te hacía mucha gracia mi presencia. —Volvió a beber con su mirada clavada al frente.

—No seas tonta, es un lujo tenerte conmigo en esta aventura.

—Mientes muy mal, primo, ¿lo sabías? Te faltó tiempo para hacer una locura esta mañana en cuanto te lo conté. —Braider iba a replicar, pero ella lo silenció con un gesto de su mano—. Tranquilo, yo también fui joven y conozco muy bien al bicho que te picó. No voy a estar ahí para vigilarte, voy para cuidarte. —Acabó su cerveza con un último trago—. Bueno, mañana será otro día. Me voy a ir a la cama y tú deberías hacer lo mismo. —Ella se levantó del asiento estirando su espalda a la vez que bostezaba—. Mañana empieza lo bueno.

Depositó un beso suave —apenas un leve roce— en la mejilla de

Braider y se marchó con paso lento abriéndose paso entre la multitud en dirección a su casa de la calle Cervantes. Dejó a su primo sentado en el poyo reflexionando acerca de sus palabras. Él era joven, pero no por eso inexperto. Había luchado tanto como ella o más para llegar al punto en el que se encontraba, se había sacrificado dejando de lado las cosas típicas de su edad. No bebía alcohol, dormía sus horas, apenas salía de fiesta y, ante todo, su prioridad era entrenar. Sabía cuidarse a sí mismo, no la necesitaba para eso. Notaba que su furia comenzaba a esprintar de nuevo por sus venas. Tomó un trago de su cero cero para aplacar el fuego de la ira sin apenas conseguirlo. Clavó su mirada en su madre, en su tía, en sus amigos celebrando el gran evento amenizado con la música de la charanga del barrio. Al día siguiente dejaría todo eso atrás, alejándose de esa vida pedalada a pedalada. Debía hacerlo, tenía que hacerlo, pero ese sentido del deber no aplacaba la añoranza de su alma.

Capítulo 4

4 de mayo de 2021, Asturias Bike Challenge de los Puertos

Había llegado la hora de la verdad. Por fin habían incluido a Braider en una de las carreras de la temporada. Le estaban dando una oportunidad y él no pensaba desaprovecharla. Había debutado en la carrera más exigente de la pretemporada después de más de ocho meses en el equipo y estaba feliz, allí, tumbado en la camilla, mientras su prima masajeaba sus exhaustos músculos.

La Asturias Bike Challenge de los Puertos era una carrera de categoría continental incluida dentro del Uci Europe Tour, con una dureza inusitada a lo largo de sus cuatro etapas plagadas de puertos que recorrían el Principado. Un circuito digno de los equipos Uci World Team que acudían para preparar las Grandes Vueltas, aunque excesivamente exigente para el resto de los que iban en busca de la gloria.

Él sonreía, como si los metros de desnivel positivo que había sufrido no le hubiesen desgastado lo más mínimo. Sonreía mientras sentía cómo la hipertonía abandonaba sus músculos, mientras su prima los preparaba para afrontar la etapa reina. Alicia deslizaba las manos con habilidad por los muslos aceitosos de un Braider casi desnudo que se empeñaba en mantener esa irritante sonrisa en su cara.

—Eres exasperante, primo —le reprendió Alicia llevando sus manos hasta el gemelo derecho.

—¿Primera carrera en la que coincidimos y dos días después ya te tengo harta? Y luego era yo el que me enfadaba por que vinieses —replicó manteniendo su gesto sonriente llevando las manos detrás de su cabeza.

—¿Es que no te cansas nunca? ¿Ni siquiera un poquito? —Él agitó su cabeza negando—. ¿Cómo es posible? Después de 185 kilómetros con dos puertos de primera, uno de tercera y el final en el Cuitu Negro y aquí estás, que estoy segura de que si Sebastián te dejase te marcharías de fiesta.

—Ni por asomo, primita, pero siempre hay que tener buena cara, nunca sabes cuándo un rival puede estar observando.

—Será por eso fantasma. Gírate —le ordenó Alicia—. Yo te veo muy bien. No la fastidies, ¿vale?

—Que no, prima. Sabes que este es nuestro sueño, no lo echaría por la borda por nada del mundo.

—¿Nuestro? —preguntó haciéndose la loca.

—Pues claro, será que no me has metido el ciclismo por los ojos

desde que no sabía ni andar.

—Exagerado —dijo riendo dándole una palmada cariñosa en la nalga.

—¡Ay! Que me lesionas —se quejó Braider entre risas.

—Tengo que irme, primo, no eres el último culito que tengo que lesionar antes de ir a tomar una cerveza.

—Dicho así…

Alicia se limpió las manos en una toalla antes de marcharse de la habitación guiñándole un ojo y sacándole la lengua. Ella agitaba la cabeza pensando en lo tonto que era su primo; al fin y al cabo, aunque su amor por las bicis le había hecho madurar prematuramente, no dejaba de ser un crío para ella, alguien que, habiendo llegado a la mayoría de edad, no había disfrutado de su adolescencia, de las borracheras, de las fiestas, de los amores y ligoteos propios de esa edad. Se parecía tanto a ella. Los dos se habían centrado en conseguir sus metas; habían trazado un plan con la férrea convicción de seguirlo, sin fallos, sin desviarse, hasta que sus sueños se viesen cumplidos. Estar allí, en ese momento, en esa carrera, en ese equipo, era tan solo el principio.

Se había quedado en medio del pasillo del hotel sumida en sus pensamientos, aferrada al pomo de la puerta, ocupando el espacio por el que pretendía pasar el grupo de voluntarios de la organización que se dirigía al salón para cenar. Casi la arrollaron a su paso. El hombro de uno de ellos chocó contra su espalda empujándola hacia el suelo. Solo la rápida reacción del mismo chico que la golpeó, alargando sus brazos para equilibrarla sosteniéndola de la camiseta, evitó que acabase sentada en la moqueta. Él se quedó un momento en silencio, aferrándola por aquella prenda verde que cubría su torso, mientras el resto de sus compañeros continuaban su camino.

—¡Eh, Schumacher! ¿Te vienes a cenar?

El reclamo de sus compañeros apagó el embrujo que los mantenía unidos, estáticos, en silencio, con las miradas cruzadas escaneando sus cuerpos. Él sonrió y, sin mediar palabra, soltó la camiseta caminando unos pasos marcha atrás, admirándola, antes de girarse de nuevo y echar a correr hacia las escaleras alejando sus destinos tras la esquina de un pasillo de un viejo hotel.

Capítulo 5

4 de mayo de 2021, Asturias Bike Challenge de los Puertos

Aún quedaban muchas horas por delante antes del paso del pelotón por el punto de avituallamiento. Alicia ya había preparado todas las bolsas aun a sabiendas de que muchas de ellas, puede que incluso todas, acabasen en el coche de equipo.

Era tan peligroso acercarse a cazar la bolsa en medio de la vorágine del pelotón que esta labor se destinaba a los gregarios. Y aun así, si la carrera iba lanzada, ninguno se pararía a recoger los frutos de su trabajo.

Alicia cogió una bolsa de pipas, se sentó en el asiento del conductor atenta a las notificaciones de Radio Vuelta e hizo lo único que podía en esos momentos: esperar el paso de los ciclistas.

Aquella etapa era de desgaste, un rompepiernas, un recorrido pestoso, una etapa larga pero dura, con 3.200 metros de desnivel positivo y un final épico, digno de aquella carrera, un final en el infierno del norte, L'Angliru. No se esperaban grandes ataques, al menos entre los favoritos que no permitirían ninguna fuga bidón. Su primo, un novato de primer año, no estaba entre ellos por lo que no estaría vigilado de cerca por los gallos del pelotón.

A pesar de que lo había visto levantarse con el mejor de los ánimos y un brillo especial en los ojos, el mismo que tenía de pequeño cuando estaba pensando en alguna travesura, estaba segura de que Braider llegaría a meta rozando el fuera de control, víctima de su inexperiencia y de sus ansias de mostrarle al mundo su valía.

Por eso, cuando escuchó por Radio Vuelta que Braider había atacado sacando algo de distancia al grupo en las primeras rampas de la etapa, continúo destripando pipas a la espera del paso de los ciclistas sin inmutarse lo más mínimo.

Pensó que quizás era una táctica del Ammilie, lanzarle por delante para hacer de enlace de su líder más avanzada la etapa, de cara a que lo llevase por los diversos puertos evitando que gastase más fuerzas de las necesarias y así se pudiese alzar con la victoria. De ser así, tendría que estar muy atenta a su paso, ya que el Ammilie tan solo disponía de un coche, por lo que su primo llegaría hasta ese punto sin ningún tipo de apoyo. Si no conseguía coger el avituallamiento en marcha, si no disponía de ese extra de energía, aquella aventura en solitario no tendría la menor oportunidad de éxito.

Unos quince minutos después, sin ser consciente de sus gestos, Alicia se encontró paralizada con una pipa a medio camino entre el paquete y su boca. Su primo ganaba distancia, el pelotón estaba

dejando que se marchase solo. Un único corredor escapado era fácil de controlar en ese terreno. Necesitaba mucho fondo en esas piernas para lograr algo tan épico como ganar esa etapa yendo escapado desde los primeros compases de la etapa. Alicia conocía su potencial, los vatios que era capaz de mover Braider con sus piernas, las ganas que le ponía en cada pedalada, pero también conocía sus desfallecimientos a media ruta por ese exceso de celo. Y en medio de una carrera no solo hacía falta fuerza física, sino también mental, y frialdad, mucha frialdad para saber regular, para guardarse de los esfuerzos excesivos que te dejan vacío, sin un ápice de energía para rematar la faena. Alicia quería ser racional, pero viendo en esa situación tan ventajosa a su primo no era capaz de atemperar sus nervios.

Más de cinco minutos de ventaja en el último crono anunciado por Radio Vuelta y tan cerca de llegar hasta donde ella se encontraba. Dejó las pipas desparramándose aleatoriamente sobre el asiento. Corrió hacia el maletero. Se hizo con una bolsa, solo una, para las demás aún había tiempo, y se plantó como una estatua a pie de carretera con los nervios correteando por cada extremidad de su cuerpo.

Comenzaban a pasar uno por uno todos los componentes de la caravana. El coche de apertura pasó pitando. Ella sonrió sin ver que, desde dentro del vehículo, también le sonreían. Pasaron las motos de la Guardia Civil con sus banderas, las de los periodistas detrás de estas y, al fondo, iniciando aquel tramo de ligero desnivel positivo, aparecía la figura de Braider en un baile sobre la bicicleta que su prima conocía de sobra. Un vaivén que generaba tranquilidad en Alicia. No era un movimiento ansioso, no estaba desgastando sus fuerzas. Ella levantó su brazo en la distancia ofreciendo el avituallamiento. Él sonrió, se iba acercando. Frenó un poco su ritmo, quería minimizar el riesgo, buscaba evitar caídas o pérdidas del sustento.

Se aferró a las asas de la bolsa con firmeza y, antes de que Alicia sintiese el ligero tirón, Braider le guiñó un ojo. «Así que era eso pequeño niño travieso». Alicia lo supo de inmediato, demasiados años compartiéndolo todo. No hizo falta más que ese pequeño gesto para confirmar que su primo iba a dejarse la piel por ganar la etapa.

El paso del pelotón y de los ciclistas descolgados se le hizo eterno. Los nervios fluían por sus venas y cualquier cosa que no la dejase estar atenta a Radio Vuelta y a la evolución del escapado le molestaba. Apenas se había podido concentrar en su cometido, distribuir las bolsas de avituallamiento, cuando los componentes de su equipo pasaron a su lado. Esperar el paso de los rezagados había sido la peor de las torturas para ella que solo pensaba en subirse en el coche y lanzarse por atajos para llegar antes que nadie a meta. Quería estar allí para abrazar a su primo si ganaba o calmar su rabia si no podía

culminar su gesta.

En cuanto pasó el último de sus ciclistas se sentó al volante tamborileando con sus dedos contra él a la espera de poder volver a la burbuja con seguridad tras la cola del pelotón. Cuando sus nervios acabaron con su paciencia se incorporó entre ellos, adelantando con cuidado a los que habían quedado descolgados, que subían los primeros puertos a ritmo de procesión. Estaba dentro de la burbuja de la vuelta, ahí podía permitirse no cumplir las normas de circulación, pero no podía provocar ningún accidente entre los participantes. Tendría que salir de ese entorno seguro cuanto antes, meterse por *caleyas* estrechas a ritmos de conducción suicidas para llegar a tiempo de cumplir con su labor de apoyo en meta.

No dejaba de pensar que se iba a matar. Sus ruedas chirriaban en cada curva de aquellos estrechos andurriales. El olor a goma quemada la acompañaba desde hacía rato. Conducía de forma más temeraria aún que cuando se encontraba dentro de la burbuja de la vuelta, donde la única conducta cívica que había que seguir era no molestar ni poner en peligro a los ciclistas.

Los cronos anunciados por Radio Vuelta eran alentadores. Braider seguía sumando minutos respecto al pelotón. Los líderes se habían despistado, estaban dejándolo ir, parecía que su guerra no era por la etapa sino por la general. Eso jugaba a favor de su primo que, si llegaba con distancia suficiente a pie de L'Angliru, podría llevarse su primera victoria con tan solo 18 años, y menuda victoria, eran muy pocos los elegidos para alzar los brazos en la meta de aquel coloso.

En Riosa, Alicia consiguió meterse dentro de la caravana de la vuelta de nuevo, un poco antes de los coches de los invitados, aunque bastante alejada del coche de apertura que le había pitado a su paso por el avituallamiento y que ya estaría aparcado en meta. Nunca había subido ese puerto, su error fue creer que la última parte sería igual de dura que los seis primeros kilómetros que llevaban hasta el área de Viapará. Tan solo esperaba que Braider no cometiese el mismo error de cálculo que ella, era muy joven, apenas estaba empezando, tenía mucho que aprender y Alicia deseaba que ese día, en esas rampas, su primo no recibiese su primer baño de humildad. La primera lección de este deporte: grabarte a fuego el recorrido en tu mente.

La Cueña les Cabres y el resto de tramos de aquel maldito infierno pusieron a prueba el motor de su utilitario, así como los embragues del resto de vehículos. No era la única incauta que desconocía aquellas rampas imposibles, el olor a quemado empezaba a flotar en el aire que entraba por las ventanillas abiertas de los coches. Si aquella subida estaba tensando cada músculo de su cuerpo realizándola en coche, no quería ni imaginarse el esfuerzo inhumano al que serían sometidas las piernas de aquellos aguerridos ciclistas. Ese día sin duda iban a

ganarse el sueldo y sus merecidos masajes.

Tenía que concentrarse en la carretera, si algún vehículo se paraba en mitad de esas curvas todos se quedarían atascados y malograrían la épica victoria de su primo que, con cada metro que avanzaba, parecía más probable. No eran muchos a los que se les permitía transitar por aquella carretera serpenteante, tan solo a los coches de carrera y, aun así, era complicado avanzar entre la pendiente y los espectadores que se agolpaban en las cunetas para ver el paso de sus ídolos actuales y futuros.

Podía imaginarse a su primo subiendo por esas cuestas, retorciéndose sobre la bici, empujando los pedales una y otra vez con zapatazos constantes, apretando los dientes, atravesando la marea de aficionados que esperaban su paso, jaleándole. No podía fallar, no estando tan cerca de la cima. Ella también tenía su mandíbula tensionada mientras se abría paso con bocinazos estridentes a través del pasillo de personas que llenaban las cunetas. Los nervios y el calor hacían que su frente estuviese perlada de gotas de sudor que pugnaban por introducirse en sus ojos. Ella las secaba con sus antebrazos intentando no perder ninguno de los impactos sensoriales que llegaban a través de cada uno de sus sentidos. En su oído Radio Vuelta y el bullicio de la gente, en su vista la pendiente infernal a la que se estaba enfrentando, en su olfato el olor a quemado, y así, sin darse cuenta vio cómo la desviaban del camino. Había llegado lo más lejos que podía con el coche. Con el vehículo apenas parado, se bajó corriendo, cogió una mochila refrigerada con botes y avituallamiento y salió disparada hacia la línea de meta sin fijarse en la mirada distraída que se posaba en ella.

Una pequeña pantalla ubicada en la llegada permitió que siguiese los avances de Braider. Su cara reflejaba el agotamiento al que estaba sometiendo a su cuerpo, sabía que tenía que hidratarse en la subida, pero aquellos terribles porcentajes que no le permitían avanzar en línea recta, tampoco le dejaban retirar sus manos del manillar para coger un bidón y llevárselo a la boca. Si se había acordado de comer, Alicia sabía que su primo tenía alguna opción de ganar.

El pelotón reducía la diferencia con cada metro que avanzaba. Braider tenía que echar el resto, no dejarse amedrentar ni ponerse nervioso por tenerlos a tan solo un minuto de distancia a su paso por Les Cabanes. Necesitaba tener la mente fría, mantener su ritmo, no bajar la cadencia, avanzar sin mirar atrás y jugar sus cartas. Si los líderes se controlaban entre ellos tendría una oportunidad, eso era precisamente lo que parecía que estaba sucediendo. Que él ganase la etapa no hacía peligrar el podio para ninguno de los favoritos y eso jugaba en su favor.

Braider subía, sin bajar la vista al suelo, abriendo la boca como si

el aire no encontrase el camino hacia sus pulmones. Parecía que no iba a llegar, que sus piernas iban a decir basta. Pero los gritos de ánimo de los aficionados daban gas a su cabeza y avanzaba, resistía, aunque la distancia ya era apenas de treinta segundos en la curva de La Cueña Les Cabres. El grupo de los líderes se acercaba, pero ese medio minuto en montaña se traducía en muchos metros a remontar y, con ese desnivel, cada centímetro de distancia se hacía un mundo.

Alicia se mantenía inmóvil, con su vista fijada en la pantalla. Alternaba su mirada entre el rótulo de las distancias entre los grupos y la imagen de su primo. Sabía leerlo como nadie, sabía que se dejaría la piel en cada golpe de pedal. Desde atrás, el maillot azul atacaba, un ataque duro, recorriendo más de cien metros de pie, nadie conseguía seguirle a rueda. Ella gritaba, como si Braider pudiese escucharla, y rezaba, rezaba por la victoria de su primo, cuando comprobó que la distancia con el líder era tan solo de 15 segundos al llegar a la curva de El Aviru.

Como si Braider la hubiese escuchado aumentó el ritmo de su pedaleo, la velocidad creció ligeramente impulsando su bici un metro más, y otro, y otro, a punto de coronar, a partir de ahí el terreno era favorable. El maillot azul seguía con su ataque. Se acercaba, se acercaba, el último cronometraje le daba 10 segundos de diferencia, pero sus piernas generaban menos velocidad que las del ciclista del Ammilie, que estaba sabiendo sufrir encima de la bicicleta.

Alicia podía ver como su primo se aferraba con fuerza al manillar. Se retuerce, se pone de pie, se lanza, esprinta contra él mismo dejándose los restos en ese ataque con la esperanza de separarse lo suficiente de su perseguidor, al que ya podía ver al girar su cabeza. Tira de sus últimas fuerzas, tira de cabeza, de corazón y vuela, vuela por el último repecho despegándose del líder, perdiendo de vista esa estela azul que en sus últimos giros de cabeza le había pisado los talones.

Braider sonríe. Alicia se tranquiliza corriendo hacia un lugar seguro donde esperarle. Un kilómetro para la gloria. Su primo sigue desgastándose, volando por el ligero descenso que precede a la llegada. En esa zona vacía de espectadores se siente solo, sin nadie que admire su hazaña. Quinientos metros, en este lugar la distancia corre más rápido de lo esperado, para él y para el líder que vuelve a acecharle. Ya no hay fuerzas, sus piernas se quejan pidiendo cruzar la línea de meta y empieza a pensar que poco le importa en qué lugar. El cansancio comienza a hacerse fuerte en su mente cuando escucha el sonido de la cadena de su contrincante deslizándose entre platos y piñones. Braider sabe que lo tiene cerca, demasiado cerca, pero se niega a mirar hacia atrás. Aprieta de nuevo los dientes, de nuevo se pone de pie, esprinta sin saber si contra el mundo o contra sí mismo.

Ve la meta, esa línea blanca en el suelo del que hace unos minutos que no ha podido despegar su mirada, y la cruza, derrotado, apoyándose en los auxiliares, dejándose llevar por ellos.

Se tumba en el suelo sin darse cuenta de que quien lo ha arropado en la llegada es su prima que le ofrece una bebida, que le abraza, que sonríe, que lo besa. Está aturdido, con una respiración agitada y el calor incrustado en su piel. Su corazón desbocado late al límite de lo posible. Una bici se para a su altura, sobre ella destaca el color del maillot: azul. El líder le tiende su mano. La choca con desgana, y solo al escuchar sus palabras se da cuenta de que lo ha logrado.

—¡Enhorabuena muchacho! —le dice con la voz entrecortada.

Mira a su prima sin querer creérselo, sin saber que es cierto, y al cruzarse sus miradas, al ver sus ojos anegados de lágrimas, al ver las decenas de flashes que saltan a su alrededor, se disipan sus dudas, se ha llevado esa etapa que creía perdida en el último momento.

Capítulo 6

4 de mayo de 2021, Oviedo

—Hasta luego, Braider, procura descansar —ordenó Alicia a la vez que cerraba la puerta de la habitación tras de sí.

Había acabado la ronda de masajes con el de su primo y no se encontraba con fuerzas para encerrarse en la soledad de una habitación de hotel. Su cabeza daba vueltas y en su alma se mezclaban mil sensaciones, sin orden ni concierto, que la mantenían en un estado de inquietud que hacía mucho tiempo que no se apoderaba de ella.

Estaba feliz por ver cumplidos los sueños de Braider, de aquel chiquillo al que vio crecer, al que cuidó y educó desde pequeño. Otras niñas jugaban con muñecos, pero ella tenía a su primo, un bebé de verdad y, a sus trece años, ya se comportaba como una madre perfecta liberando a su tía de muchas horas de cuidado para que pudiese descansar.

Alicia no podía olvidar el día en que llegaron a Ledesma. Se bajaron en una parada en la carretera que unía la ciudad de Salamanca con aquel pueblo. Con la mirada clavada en el suelo y su mano aferrada a la de su madre, se dejaba guiar por unas calles de tierrilla suelta franqueadas por viviendas unifamiliares de una planta. Enseguida quedaron atrás la iglesia del barrio, sus soportales, donde unas señoras esperaban sentadas al panadero mientras charlaban, y el parque en el que se perdió su mirada. Su madre le había dicho que solo iban para ayudar a su tía, pero entonces ella ya sabía que aquello iba a ser un nuevo comienzo.

Sin darse cuenta, perdida en sus pensamientos y en los recuerdos, sus pasos la llevaron a la cervecería que se encontraba frente al hotel. Parecía que muchos de los voluntarios de la organización habían recalado también en aquel lugar. Torció el gesto, no le gustaban los sitios ruidosos, ni la gente en general. Siempre que podía había huido deliberadamente de las aglomeraciones o de cualquier lugar en el que tuviese la más mínima posibilidad de tener que socializar. No se fiaba de nadie, menos aún de los desconocidos, así que buscó la mesa más alejada de ellos, un lugar «tranquilo» en el que poder aferrarse a una cerveza mientras intentaba desentrañar aquellos sentimientos y pensamientos que, como una madeja enredada, la apresaban en su propia indecisión incapaz de saber qué paso sería el correcto.

Apuraba las botellas de cerveza como si estuviesen llenas de agua. Sabía que aún quedaba una jornada de trabajo, la última de esa vuelta llena de puertos encadenados. La Asturias Bike Challenge de los Puertos parecía un fiel reflejo de su vida, subiendo y bajando

continuamente como un viaje interminable en una montaña rusa. Ella nunca había querido ver a Braider metido en ese mundo. El ciclismo era su obsesión y, precisamente por eso, había sido también la de su primo que la imitaba en todo lo que hacía porque para él Alicia lo era todo, el ejemplo a seguir, la persona con la que más tiempo pasaba desde su más tierna infancia.

De sus primeras nóminas fue ahorrando lo que pudo hasta que logró comprarle a su primo la primera bicicleta con ruedines. Una sonrisa furtiva luchaba por instalarse en el rostro de Alicia mientras recordaba la carita de aquel niño de apenas cinco años cuando la vio. Subió con ella a la zona alta de Los Mesones y se dejó caer cuesta abajo intentando mantener el equilibrio sin conseguirlo. Ella salió corriendo a su encuentro temiendo que se hubiese hecho daño y, cuando llegó a su altura, Braider se levantó, aferró su pequeña bici azul y con el ceño fruncido caminó hasta el inicio de la cuesta para volver a intentarlo una y otra vez. A los dos días ya le estaba pidiendo a su tía que le quitase los ruedines.

—¿Celebrando la victoria señora masajista? —La voz del muchacho que se había acercado a la mesa la sobresaltó.

—¿Acaso se celebran las condenas a muerte, Opencar? —respondió ella sin pensar haciendo un mohín con sus labios y sin despegar su mirada del botellín de cerveza.

—Tienes un concepto muy extraño del mundo del ciclismo para trabajar en él —replicó sorprendido enarcando una ceja.

—Bueno, ya sabes lo que quiero decir, lo que pasa cuando logras una etapa como esta, se fijan en ti, te ponen etiquetas, y lo más seguro es que te malogren. Más aun siendo un chaval tan joven si no tienes bien amueblada la cabeza —intentó dar una justificación a su comentario sin dejar de hacer girar la botella de cerveza en su mano ni separar su vista de ella.

—No te preocupes masajista, eso no hará que él se aleje de ti. —Alicia levantó su mirada intentando adivinar qué era lo que insinuaba el chico del coche de apertura—. Quiero decir, que hay muchos ciclistas que tienen pareja, vamos que no tiene que dejarte ni nada de eso… —Ella cortó su discurso alzando su mano en el aire.

—No es de tu incumbencia, pero te aclararé una cosa, es mi primo, no mi novio. —El muchacho exhaló la bocanada de aire que había estado conteniendo desde que ella alzó la mano—. Es como mi hermano pequeño, si está aquí es por su admiración hacia mí, porque siempre me vio obsesionada con este deporte. Por eso me siento responsable de cualquier cosa que pueda sucederle. —Volvió a perder su mirada en el cristal ahumado de la botella.

—¡Ah! Perdona, yo supuse, como celebraste así la victoria con él y te vi salir de la habitación…—Alicia sonrió ante el azoramiento del

muchacho.

—Soy masajista, ¿recuerdas? —contestó sonriendo a la vez que alzaba su mano llamando la atención del camarero para que le pusiese otra ronda de bebidas—. ¿Cerveza?

—Coca-Cola.

—Así que eres un chico sano, Opencar —comentó Alicia dando un largo trago al tercio que acababan de depositar delante de ella—. Me quedo con tu cerveza.

—Me llamo Raúl.

—¿Raúl Schumacher?, no me gusta. —Acabó el primer botellín para atacar el segundo antes de que le trajesen su bebida al muchacho.

—No, Schumacher es un apodo. ¿No deberías bajar un poco el ritmo? Mañana te queda una dura jornada y seguro que madrugas más que yo.

—¿Ya te aburriste de mi compañía? —preguntó mediando con un trago el tercio.

—Creo que, aunque me aburriese, esta noche me quedaría contigo.

—¿Por qué soy una presa fácil? —interpeló con un tono brusco.

—Sí, precisamente por eso. —Ella abrió su boca ofendida—. Porque puedes serlo para alguien al que no le importe tu estado.

Alicia se relajó al escuchar la respuesta de Raúl. No había motivos para hacerlo puesto que tan solo eran palabras, podían ser tan falsas como las suyas y, sin embargo, decidió creer en ellas y en aquel muchacho que se había acercado a su mesa. Era tal la calma que le transmitía estar allí, con él, hablando de temas intrascendentes, que no se dio cuenta en qué momento había perdido el control de la situación.

No era consciente del número de cervezas que había ingerido, ni de cuando comenzó a balbucear frases inconexas. No quiso pararse a pensar en la hora en la que había comenzado a dejar que sus manos cobrasen vida acariciando no solo las botellas sino también los brazos de Raúl, ni de cuando comenzó a dejar que las sonrisas aflorasen en su rostro.

Quiso perder el control esa noche, por una vez en su estructurada vida en la que cada minuto estaba planificado desde hacía años. El triunfo de Braider había supuesto un golpe de realidad para el que no estaba preparada. Dejarse llevar había sido la única estrategia que se le había ocurrido para que fluyese su tristeza sin que devorase cada rincón de su alma.

Por eso se empapó en alcohol aquella noche, para desinhibirse, para salirse de su encorsetada vida, aquella en la que ella misma se había obligado a vivir. Así que, cuando Raúl sujetó su cuerpo de blandiblup entre sus brazos para arrastrarla hasta su habitación, no

dijo ni una palabra, no pensaba oponer resistencia, aunque en su estado, era algo que tampoco sería capaz de hacer aunque quisiera.

Alicia nunca había dejado nada al azar, pero esa noche quería permitirse ser libre, romper sus propias normas, que el destino tomase las riendas de su vida y jugase sus cartas. Por eso, en cuanto Raúl traspasó la puerta de su habitación con ella aferrada a sus hombros, Alicia la cerró con torpeza después de lanzar tres coces al aire. Se colgó del cuello del muchacho y buscó con insistencia sus labios que no dejaban de bailar ante sus ojos. Unos labios en los que se adivinaba una sonrisa traviesa al izar a la chica para lograr avanzar con ella hasta la cama donde la depositó con suavidad.

—Tranquila, masajista —le sugería mientras seguía esquivando los torpes ataques de Alicia que pretendían ser sensuales sin demasiado éxito—. Por hoy ya has trabajado demasiado, ahora toca descansar.

La acomodó en la cama, la descalzó y desvistió con delicadeza, tapándola con las sábanas para resguardarla del frescor de las noches del norte que él tan bien conocía.

—Erues un buuuueeen xico, Opencar —balbuceó mientras sus párpados luchaban por mantenerse abiertos para observar cómo Raúl se daba la vuelta con intención de marcharse—. No te vayaaas. —Y tras decir estas palabras, antes de dejarse vencer por el cansancio y el alcohol, agarró con firmeza entre su puño los bajos de la camiseta del muchacho impidiéndole escapar.

—Está bien, masajista, seré tu despertador por esta vez.

Con suavidad, separó uno por uno los dedos de la chica hasta que la mano quedó totalmente abierta y él, ya liberado, pudo sentarse en la moqueta con su espalda apoyada en la pared al lado de la cama, en la que aquella mujer se había colocado intentando evaporar los efluvios del alcohol que ahogaban sus penas y su cuerpo.

Capítulo 7

5 de mayo de 2021, Oviedo

Alicia no paraba de fustigarse mentalmente por lo sucedido mientras hacía su maleta antes de recoger y entregar todo el material del equipo que aún obraba en su poder. No podía creer que hubiese sido tan tonta. Había tirado por la borda todos esos años por una pataleta de niña pequeña, haciendo lo que llevaba temiendo que Braider hiciese debido a su juventud, olvidarse de todos los sacrificios y fastidiar la gran oportunidad de su vida.

Unos golpes en la puerta de la habitación interrumpieron sus pensamientos dando un ligero respiro a su desánimo. Un respiro que apenas duró el tiempo que tardó en llegar al umbral y ver quién se encontraba al otro lado.

—La has cagado, pero bien, primita —comentó Braider en cuanto se abrió la puerta—. ¿En qué narices estabas pensando? Después de tantas y tantas veces advirtiéndome de que no cometiese locuras vas tú y la cagas a lo grande con esa actitud infantil. Y todo por un hombre.

—Sí, por un hombre, ¡maldita sea!, pero no por el que tú piensas —respondió ella cerrando la puerta para continuar con su tarea.

—¿No? Y entonces, ¿por qué salía esta mañana de tu habitación? —preguntó furioso con sus brazos cruzados sobre el pecho.

—Porque estuvo pendiente de mí toda la noche y, si no llega a ser por él, la hubiese liado más aún. No hubiese llegado ni siquiera a entregaros ese ruinoso avituallamiento. —Alicia seguía de espaldas a Braider llenando la maleta con sus cosas.

—Vamos, que primero te emborracha, luego se aprovecha de ti, te hace llegar tarde y resacosa, que no sé ni cómo pudiste conducir, y encima lo defiendes. ¡Qué ha acabado con tu sueño, prima!

—A ver, —se giró hacia Braider restregándose la mano contra su cara en un vano intento de despejar sus ideas—, me emborraché yo solita, se me fue la olla, ¿vale?

—¿Por qué? —preguntó el chico mientras se acercaba para sostener las manos de su prima entre las suyas.

—No lo sé —mintió—. No lo sé, tu victoria me descolocó. Entiéndeme, me alegro un montón por ti, Braider, pero no sé, quizás fue que me vi en un segundo lugar —siguió mintiendo—. Y ahora, ya ni si quiera tengo lugar.

—Normal, si es que casi hacemos un ridículo monumental. Mira que ir zombi a preparar las bolsas de avituallamiento. Si es que aquello era como los sobres sorpresa, la mía tenía 10 geles y nada

más, otros compañeros solo los botes, … ni que las hubieses preparado drogada. —Ella sonrió sin apenas ganas deshaciéndose del agarre de las manos de su primo—. Por lo menos llegaste a tiempo de entregarlas, aunque también de qué manera, si hasta acabaste espatarrada en el suelo cuando Juanma cogió la suya.

—Primo, lo siento, ¿vale? Solo espero que con esto entiendas porque era tan pesada con lo de los excesos y el sacrificio —dijo cerrando la maleta.

—Ya, pero no hacía falta que me hicieses una demostración práctica. Bueno, tú ahora aprovecha a descansar, que supongo que entre los masajes post etapa, de los que no te libraste, y el mazazo de tu sanción estarás reventada.

—Tengo más tristeza que cansancio. Sabes bien que todo lo que he hecho era para conseguir esto y ahora, ya ves, relegada de cualquier actividad del Ammilie hasta que decidan qué hacer conmigo. —Alicia continuaba recogiendo las cosas que iba a devolver al equipo mientras hablaba con su primo.

—Siempre puede llegarte una oferta de otra escuadra.

—No quiero otro equipo, quiero estar en este, solo en este. Y, además, ¿quién iba a querer contratarme con la que lié?

—No te cierres puertas, ni te pongas en lo peor prima. ¿A dónde irás mientras deciden sobre tu contrato?

—A casa, ¿acaso lo dudabas?

—¿Les darás muchos recuerdos de mi parte?

—Ni que no se los dieses a tu madre todos los días por teléfono —respondió cogiendo con remango todos los bultos antes de abandonar la habitación en la que dejaba enterrado, bajo aquellas sábanas, todos los sacrificios que había hecho para llegar hasta allí.

Capítulo 8

11 de diciembre de 2021, Arrabal de los Mesones Ledesma

Cada vez que veía una noticia del Ammilie en la televisión se sentía gilipollas. Ella debería de estar allí, en la concentración de Colombia que anunciaban a bombo y platillo en todas las cadenas. Era por lo que había luchado durante toda su vida y lo había echado todo a perder por un estúpido sentimiento de culpa, por algo que intuía pero que no sabía si realmente iba a suceder.

Había metido la pata hasta el fondo en la última etapa de la Asturias Bike Challenge de los Puertos. Todos sus esfuerzos, sus planes milimétricamente estudiados, se habrían ido al traste de no haber sido porque los astros pusieron en su camino a Raúl, su caballero de blanca armadura, ejerciendo de niñero/despertador y, aun así, no las tenía todas consigo de que no la expulsasen del equipo.

Aún recordaba avergonzada lo que tuvo que luchar aquel muchacho por sacarla de la cama y meterla en la ducha, vestida claro, porque ella no ayudó lo más mínimo en la labor de desperezarse. Bastante tenía con resistir al badajo que golpeaba con insistencia sus sienes sin darle tregua. Él, lejos de avergonzarse parecía que estaba disfrutando con la escena. Hasta se permitió carcajearse cuando el chorro de agua fría empapó cada poro de la piel de Alicia arrancando de sus labios un largo, alto y sostenido grito formando un nítido «¡hijo de puta!».

Aquello acabó de activarla para que no llegase a sus compromisos laborales demasiado tarde, aunque desprendiendo todavía un ácido olor a alcohol y con sus neuronas a medio gas. Aquella etapa pudo ser la peor disputada de la historia del Ammilie por su culpa. Solo la había salvado, a ella y al equipo, la intervención del resto de técnicos que aportaron desde el coche los geles, sales minerales y bebidas necesarias a los ciclistas para no desfallecer.

Llevaba aleccionando a Braider desde que lo había fichado un equipo profesional para que no fuese un irresponsable ni se dejase llevar por las locuras de adolescencia, si no quería que su sueño quedase aparcado en una cuneta y, sin embargo, la que se había comportado como si estuviese en la edad del pavo había sido ella.

Y ahora estaba allí, en su casa de Los Mesones, viendo por la tele a los que de momento seguían siendo sus compañeros, rodando por las carreteras de Colombia, mientras ella esperaba que le renovasen el contrato o la llamasen tan siquiera para ayudar a los ciclistas que no habían acudido a la concentración.

Al menos su primo había conseguido colarse entre el grupo selecto

de los favoritos. Su actuación en la etapa de L'Angliru y en alguna que otra carrera del resto de la temporada, lo habían catapultado a la fama y a un posible puesto de líder de equipo en las competiciones que se disputarían la temporada siguiente. Al menos uno de los dos conseguiría sus metas, siempre y cuando Braider no siguiese los pasos de su idolatrada prima como siempre solía hacer.

El tono de aviso del WhatsApp la sobresaltó. Sonrió al leer el nombre del remitente en el móvil: «Opencar». Aquel estúpido muchacho había aprovechado su borrachera para grabar su número en el teléfono de Alicia. No era el primer mensaje que le enviaba, ni sería el último, pero cada vez que recibía noticias de él emergía una estúpida sonrisa en sus labios de forma inconsciente.

Opencar:
¿Sigues obsesionada con las noticias?

Alicia:
Obsesionada con mi primo.

Opencar:
Pues él parece que ya te ha olvidado.

Alicia:
(˚ o ˚)

Opencar:
¿No estás viendo la tele?

Cambió la vista de la pantalla del móvil a la del televisor para convertirse en una estatua de sal.

—¡Vieja! —gritó para atraer a su madre a su habitación—. ¿Sabían algo de esto? —le preguntó señalando al televisor.

La sartén que su madre sujetaba resbaló de su mano hasta golpear el suelo arrancándole un sonido metálico, lo único que se escuchó en la habitación durante unos instantes. Su progenitora también se había quedado petrificada ante la imagen de la televisión.

—¿La tía no le contó nada?

—Tu tía se tiene que estar enterando ahora —respondió su madre aún inmóvil.

—Este tío es gilipollas. Ya me parecía a mí que tardaba en darle uno de sus arrebatos —salmodiaba la muchacha mientras comenzaba a marcar el número de su primo —. Nada, que no contesta. Va a joderlo todo por un encoñamiento.

—Niña, no hables así —la regañó su madre recomponiéndose y recogiendo la sartén del suelo.

—Cómo que voy a ser la única que eche sapos y culebras por la boca. Ya verás la tía cuando se entere de que este zopenco se quiere casar con una a la que conoce desde hace dos días.

Capítulo 9

16 de diciembre de 2021, Arrabal de los Mesones, Ledesma

Alicia esperaba la llegada de su familia tumbada en la estrecha cama de su austera habitación. No había querido acudir a buscar a su primo a la Estación de la Alamedilla para no armar un espectáculo a la vista de todo el mundo. Se conocía lo suficiente para saber que no iba a poder contenerse, que la bienvenida por su parte no iba a ser dos besos y un abrazo.

Aquel enamoramiento del adolescente hacía peligrar sus planes. Tenía un objetivo en mente por el que había aparcado su vida, había trabajado como una jabata marcando los pasos a seguir sin desviarse lo más mínimo de ellos. Ni siquiera rehízo sus planes cuando Braider se empeñó en hacer de ella su ídolo y copiarla en todos sus sueños, en parte porque pensaba que el inconstante de su primo jamás sería capaz de sacrificarse lo suficiente para llegar a la élite y no le molestaría lo más mínimo.

Lejos de lo que Alicia imaginaba, él había conseguido luchar para estar en un equipo profesional y, sin embargo, después de todo el esfuerzo, de no disfrutar de la vida como correspondía a su edad, ahora llegaba un amor de juventud que iba a arrasar con todo, haciendo que los sacrificios de esos años no hubiesen servido para nada.

La rabia se iba instalando en cada poro de su piel con esos pensamientos, hasta que sus manos dejaron de ser el apoyo sobre el que reposaba su cabeza para comenzar a golpear el colchón a los costados de su cuerpo, gruñendo mientras lo hacía, mordiéndose los labios para contener su grito. Botaba con cada golpe de sus puños cerrados a la cama, el cabecero golpeaba repetidamente la pared y ella no conseguía evaporar de sus entrañas el enfado que llevaba días consumiéndola. Ni las lágrimas que comenzaron a brotar de sus ojos fueron capaces de apaciguar su alma.

—Conozco mejores formas de hacer ruido con el cabecero —comentó risueño Braider sobresaltándola.

—¿Las que probaste con tu nuevo juguetito? —respondió intentando hacer daño con sus palabras.

—Pensé que irías a buscarme a Salamanca.

—¿Desde cuándo soy tu chófer?

—Desde siempre —contestó su primo con naturalidad.

—No fui porque no quería hacer esto delante de todos —Se incorporó de la cama yendo hacía su primo para propinarle una fuerte colleja.

—Auch, eso duele. —Él se rascaba el cogote con el ceño fruncido.

—Y más que te va a doler, insensato. —Se quedó frente a él con los brazos cruzados sobre su pecho.

—¿Pero por qué me tratas así?

—¿Ya no te acuerdas de lo que cuesta estar en la élite y mantenerse? Me prometiste que esto era lo más importante para ti, qué harías lo que fuese por ser el mejor, que no te interpondrías en mi camino, y vas a fastidiarlo todo por una muchacha a la que apenas conoces. —Alicia abandonó su posición hierática para acercar su cara al rostro de Braider apuntando con su dedo la nariz de su primo mientras soltaba su discurso.

—Ah bueno, que lo que quieres es que no me meta en tu vida. Entonces no querrás que haya intercedido por ti en Colombia ante los jefes del equipo. —Sonrío de medio lado, travieso, sabiendo que eso aplacaría los ánimos de su prima.

—¿Qué? —preguntó manteniendo la boca abierta, dejando caer sus extremidades a sus costados.

—Pues eso, que vuelves al equipo. Te han renovado. —Ella saltó a sus brazos apachurrándole entre los suyos sin controlar la fuerza con la que lo estaba aferrando, llenando la cara de su primo con miles de besos.

—Gracias, gracias, gracias.

—Ya está, vale, déjame ya… —Braider intentaba zafarse del abrazo pegajoso de Alicia empujándola hacia atrás con sus manos.

—¿Y dónde tienes a esa misteriosa dama que te ha conquistado en tan poco tiempo? —preguntó Alicia separándose unos centímetros de él.

—Está en Colombia. Pasará las navidades con su familia. Vendrá al inicio de temporada con los dueños del equipo.

—Qué importante eres. Los jefes siguen tus directrices, traen a tu futura esposa con ellos, vienen a verte correr, … Te has convertido en la estrella. Espero que no se te suba a la cabeza. Sabes que tienes que centrarte, ¿verdad? —Volvió a instalar la seriedad en su gesto. Ella tenía las cosas muy claras y no permitía que no fuese así con los demás.

—Sí, claro, la estrella. Con ellos no solo viene Daniela, también traen a las novias del resto de compañeros.

—¡Joder primo!, ¿vosotros fuisteis de concentración o de caravana de solteros?

Capítulo 10

8 de enero de 2021, Arrabal de los Mesones, Ledesma

No dejaba de mirar las paredes encaladas de su austera habitación mientras acababa de meter unas prendas en la maleta. Cada vez que realizaba aquel ritual, la nostalgia se instalaba en sus huesos. Aquel era su hogar, el que un padre que nunca llegó a conocer, había ido construyendo poco a poco a base de remiendos. Nunca habían tenido grandes cosas, pero tampoco les había faltado de nada. Los tiempos de escasez y el famoso reciclaje, que tan de moda está ahora y que nunca se vivió de forma tan intensa como en los tiempos jóvenes de sus progenitores, habían conformado una casa sin un estilo unificado.

Nunca había pensado en independizarse, ¿para qué si en sus planes de futuro estaba vivir cómo una nómada de carrera en carrera? No tenía sentido gastar dinero en un piso en el que apenas iba a estar cuando, además, los pocos días de descanso que tuviese querría pasarlos allí, en Ledesma, al lado de su familia que tanta falta le hacía durante la temporada.

Y por si su ausencia fuera poco, ella era también la culpable de que su tía sufriese la misma condena que su madre. Aún recordaba la primera vez que el mico de su primo le había dicho que quería ser ciclista, como ella. Cualquier cosa que hiciese Alicia, Braider quería hacerlo. Y es que ese había sido el plan inicial de la muchacha, convertirse en ciclista, pero por aquel entonces, cuando ella aún tenía edad para competir, no había equipos femeninos ni competiciones para chicas. Eso la obligó a cambiar de estrategia si quería estar en ese mundillo, así que no tuvo más remedio que compaginar sus rutas con la escuela para conseguir una formación que la acercase a cumplir el objetivo que se había marcado.

«Ya está», pensó al cerrar por completo la cremallera de la maleta. Giró sobre sí misma con la sensación de que quizás esa fuese la última vez que estuviese allí, que viese a su madre, que durmiese en ese colchón en el que se hundía su cuerpo.

Traspasó el umbral de la puerta de la habitación como quien avanza a través de un portal interdimensional. Su vida seguía siendo la misma, pero, a partir de entonces, todo tomaba otro cariz. Se acababan las estrategias, la planificación, los pequeños pasos para llegar a ese momento. Se acababan los días en los que todo estaba en su mente y comenzaba el tiempo de llevar a cabo su plan, de ejecutarlo, no podía permitirse que temblara su mano. A partir de entonces debería avanzar con paso firme y cabeza fría si quería conseguir lo que se había propuesto.

Era el mismo ritual de siempre, en el salón estaba su madre para despedirse de ella, en la puerta su tía y su primo sufriendo los rigores del invierno, pero Alicia lo sentía distinto. Salió con la mujer que la había cuidado a la puerta de la casa de la calle Cervantes. Abrazó con fuerza a su madre sintiendo como una lágrima escapaba de sus ojos. Se separó ligeramente de ella, acarició las mejillas de su progenitora con suavidad con sus manos manteniéndolas en ellas por unos segundos.

—Te quiero mamá, gracias por todo —dijo antes de darle un cálido beso al que su madre respondió con otro en los carrillos de Alicia.

Los abrazos se sucedieron antes de dejarla partir. Braider no la acompañaría en esta ocasión, le habían dado un par de días más de descanso antes de incorporarse al equipo y comenzar con los entrenamientos previos a la competición.

No sabía el porqué, pero Alicia presentía que, seguir el camino que ella misma había marcado a su destino, haría que nunca más volviesen a estar los cuatro juntos.

Capítulo 11

12 de enero 2022, Aeropuerto Adolfo Suárez, Madrid

No sabía cómo había logrado convencerla su primo para que lo acompañase al recibimiento de la comitiva del Ammilie al aeropuerto de Madrid. No había parado de recordarle que había sido él quien había conseguido que la readmitieran y que tanta insistencia había despertado un gran interés, sobre todo, en la hija del magnate que patrocinaba al equipo.

Para Alicia aquello era un suplicio. Odiaba socializar con el mundo. El hecho de haber permitido a Raúl convertirse en su amigo había sido algo excepcional, fruto del alcohol y de que eran solo dos los sentados en aquella mesa de la cervecería. En esta ocasión no tenía opción, se lo debía a su primo y a sí misma. Llevaba años ansiando coincidir con el dueño de la escuadra y estrechar su mano. Ese día había llegado, el que marcaría el principio, el pistoletazo de salida para conseguir lo que tanto ansiaba. El hecho de que su hija lo acompañase era tan solo un pequeño inconveniente que sabría solventar.

Se encontraba incómoda entre tanto niñato de feromonas alteradas. Además de su primo, otros seis jóvenes ciclistas impacientes la rodeaban. Los siete culebreando con sus cuerpos en el aire mirando con expectación cada vez que la puerta automática se abría en la terminal de llegadas, intentando descubrir tras ella la avanzadilla de mujeres que venían desde el otro lado del charco para encontrarse con ellos.

Alicia, sin embargo, se había ido alejando de los chicos manteniéndose en un segundo plano. Si estaba allí era por obligación, la única sensación que recorría su cuerpo en esos momentos era la de sentirse desnuda sin la pulsera de cuero que siempre llevaba en su muñeca izquierda, esa que no se quitaba ni para realizar los masajes pese a lo incómodo que le resultaba hacerlos con ella puesta. La impaciencia de su primo por llegar al aeropuerto había hecho que se olvidase de lucir ese complemento que ese día sentía más importante que nunca.

A pesar de su manifiesta incomodidad, Alicia no podía dejar de sonreír al ver por primera vez a su primo con un comportamiento propio de su edad. Era difícil observar en las nuevas generaciones de ciclistas algo tan espontáneo, alejado de sus milimétricamente estudiados planes de entrenamiento tan necesarios para ser máquinas perfectas encima de sus bicicletas y llegar a comportamientos de semidioses.

Alicia estaba segura de que entre tanto reencuentro, abrazos y besos ansiosos ella pasaría desapercibida ante sus «jefes» que tanto deseaban conocerla. Por eso, cuando por fin las siete mujeres para siete ciclistas aparecieron por la puerta abalanzándose hacia los brazos de sus parejas, ella se quedó estática, con los brazos cruzados, sin tener la más mínima intención de acercarse hacia aquella cuadrilla que, en esos instantes, le estaba provocando vergüenza ajena. Fue precisamente el grupo de ciclistas y novias dispensándose arrumacos lo que le impidió divisar el avance de los propietarios del Ammilie que rodearon aquel conjunto pasteloso hasta llegar a su altura.

Lejos de lo que Alicia se podía imaginar no pasaron de largo. No lo hicieron porque la hija del magnate frenó a su padre en seco reteniéndole por el brazo al pasar por delante de ella.

—Así que eres tú la fierecilla indomable que casi empaña la imagen de mi equipo —escupió aquella mole de carne musculada mirándola de arriba a abajo con desprecio.

—Esa soy yo —aseveró Alicia retándole con la mirada sin descruzar sus brazos.

—Disculpa a mi padre, detrás de ese rudo carácter hay una persona de lo más amable —comentó la muchacha ofreciéndole la mano—. Emi.

Alicia tardó apenas un segundo en comprender que no responder a ese gesto supondría un desagravio que la devolvería al averno del desempleo.

—Alicia.

El apretón de manos fue firme, con sus miradas desafiantes clavadas la una en la otra y una sonrisa amigable en el rostro de Emi. Alicia sintió como la manga de su camisa se retrajo ligeramente hacia su antebrazo dejando a la vista un pedazo de la escarificación que tenía en la muñeca. Ella retiró con brusquedad su mano deshaciendo un apretón que parecía podía ser eterno.

—Emi, vámonos —gruñó el musculado tirando de su hija.

—¡Oh, papá!, no puedes ser tan desagradable, ¿no ves a los chicos tan enamorados?

—Me dan igual los chicos. Ellos de lo que se tienen que preocupar es de dar pedales y ganar carreras, no de manosear a muchachas. Y yo quiero descansar.

—Desde luego eres insoportable. No sé ni porque me molesto en intentar hacer de ti una persona agradable, solo te importa el dinero.

—Deberías recordar quién eres y quién soy yo. Tratarme así, en presencia de esta gente... —El musculado cogió a su hija del brazo apretando con fuerza mientras le decía estas palabras al oído entre su mandíbula apretada—, podría acarrearte consecuencias.

—Discúlpeme, su eminencia —replicó con sorna ante las palabras

de su padre haciendo una casi imperceptible reverencia—. Está bien, nos vamos. Alicia, —aquella mujer volvió a centrar su atención en ella —, ¿querrás acompañarnos esta noche? Papá organiza una cena para los fichajes del equipo.

—Allí estaré —confirmó ella sin saber porque había aceptado con tanta rapidez.

Alicia no pudo evitar observar a la extravagante pareja mientras se alejaban. Ella, ataviada con unos vaqueros desgastados, una camiseta blanca básica de cuello en V, zapatillas deportivas del mismo color y una larga melena rubia perfectamente alisada. Él una mole de músculo más parecida a un croissant que a una persona, con un traje negro en el que sus costuras parecían ejercer un trabajo titánico por mantenerse unidas, ataviado con ropas de las marcas más caras y un gesto de eterno enfado instalado en su rostro. Ella, una gacela, él, un elefante. Un tándem curioso digno de observar.

Fue entonces, viéndolos marchar a través de la terminal protegidos por su séquito de guardaespaldas, cuando Alicia fue totalmente consciente de que el juego había comenzado.

Capítulo 12

12 de enero de 2021, Museo Nacional Thyssen-Bornemisza, Madrid

Su plan no dejaba de llevarla a situaciones que, en otras circunstancias, Alicia habría evitado. Aquella cena en la terraza del Museo Thyssen de Madrid habría sido una de ellas. Por lo menos no los habían sentado en una mesa con un lugar predeterminado en ella. El evento era un cóctel contratado a un servicio de catering que se encargaría de que la comida llegase a todos gracias a los paseos de los camareros y sus bandejas, tratando de favorecer con ello la integración de los asistentes y la charla entre ellos. Esta situación jugaba a favor de la masajista que había podido arrinconarse en soledad en uno de los laterales, bajo una de las muchas estufas de gas, y observar a todos los asistentes pasando desapercibida.

Lo único por lo que podría destacar era por su atuendo. Nunca había acudido a un evento de ese tipo y se notaba. Sus ojos repasaban la elegancia de la vestimenta de cada uno de los invitados. Incluso su primo vestía con un traje negro de lo más elegante. Ella, sin embargo, se había decidido por unos vaqueros ajustados, una blusa blanca entallada y una chaqueta negra, combinado con unos sencillos zapatos planos. Poner en práctica su estrategia iba a resultar un duro golpe a su economía como siguiese siendo invitada a más eventos de ese calibre.

Alicia no apartaba la vista del musculado y de su hija, que pululaban por el salón mezclándose con todos los invitados sin pararse más de cinco minutos con cada grupo. Ella regalando sonrisas, él con la seriedad cincelada en su rostro, como si la felicidad fuese el bien más escaso del mundo y no estuviese dispuesto a desperdiciarlo con cualquiera. Emi arrastraba de un lado para otro a su padre enfundado en un traje gris claro, parecía que era ella quién dominaba, quién controlaba la empresa y aquel hombre solo la fachada para ser respetados por todos los empresarios aunque, por lo que había podido observar en el aeropuerto, el musculado siempre tenía la última palabra.

Alicia no pudo evitar compararse con aquella mujer. Una dominadora en un mundo de hombres. Sabía adaptarse a las circunstancias. Emi había aparcado su look desenfadado del viaje para aparecer en aquella fiesta con un vestido largo, negro, con incrustaciones brillantes en la tela, abierto por la espalda y con un escote lo suficientemente sugerente para atraer miradas sin enseñar más de lo necesario. Sin más complementos que un sencillo chal, también negro, ni pendientes, ni collares, ni pulseras. Al pensar en

este elemento, Alicia se tocó instintivamente su muñeca izquierda para comprobar que en esta ocasión si se había acordado de vestir la suya.

Un camarero pasó con una bandeja llena de bebidas por el lugar apartado en el que Alicia se encontraba. Aprovechó el momento para coger una Coca Cola. Después del desastre de la Asturias Bike Challenge de los Puertos, no quería ver una bebida alcohólica en su mano ni por despiste. Solo quitó su vista del tándem padre e hija durante unos instantes, el tiempo que tardó en coger la Coca Cola y darle un sorbo, pero fue más que suficiente para que Emi ya no estuviese en su radio de visión. Había dejado solo al musculado por primera vez durante la noche y él se había quedado en medio de todos, rodeado por sus guardaespaldas, dejándose observar por su séquito, cargando su vanidad hasta límites insospechados, mirando por encima del hombro a todos sus empleados, sabedor de que era el dueño de sus destinos.

Alicia se sobresaltó cuando sintió un aire cálido susurrando en su oído. Estaba tan abstraída observando fijamente a su jefe, que no se había dado cuenta de que Emi se había acercado hasta ella.

—Me alegra mucho tenerte aquí.

La rubia se había posicionado detrás de Alicia, con su boca casi pegada a su oreja y sus puños entrelazados en su espalda, con su eterna sonrisa, mirando a la sala que se abría ante ellas. Alicia se giró sobre sí misma estando apunto de derramar la bebida sobre el elegante vestido de la hija de su jefe, que se separó lo justo para que sus caras no se chocasen con ese movimiento.

—Tenía muchas ganas de conocerte. Si es cierto la mitad de lo que tu primo nos ha contado estoy segura de que no me arrepentiré de mi decisión. Llevaba mucho tiempo buscándote.

—Yo, yo, la verdad, es que no sé qué decir.

—No te he pedido que digas nada. —Emi giró a Alicia hacia la sala. Con sus manos en sus antebrazos y su barbilla posada en su hombro derecho continúo susurrando—. Este también es tu mundo y vamos a revolucionarlo juntas.

—No entiendo lo que quieres decir. —Alicia se encontraba desconcertada por la actitud de aquella mujer, tanto que no era capaz de mover ni uno solo de sus músculos.

—Vamos a conseguir que no nos vean únicamente como meros objetos. Alicia, tú y yo, juntas, cambiaremos este equipo.

Sin esperar respuesta, Emi se separó de ella cortando de raíz el efímero contacto que las había unido. Caminó de nuevo hacia el centro de la sala, contoneándose, sabiendo que la vista de Alicia estaría perdida en el movimiento de sus caderas. Los pensamientos de la masajista comenzaron a ser un remolino que no podía parar. Tan

solo en el momento en el que vio que el brazo de aquella mujer se entrelazaba de nuevo con el de su padre, volvió a tener clara cuál era su lucha y que nadie, ni si quiera esa mujer que parecía querer desbancar a su progenitor del poder, iban a hacerla cambiar de idea.

Alicia sabía a la perfección en que mundo se estaba metiendo cuando puso al equipo en su punto de mira, con qué clase de gente tendría que codearse y que necesitaría tragar mucha bilis para obtener el éxito en su empresa. Era consciente de que estaba arriesgando su vida y, sin que él lo supiera, la de su primo. Lo que no esperaba encontrarse era con ese nido de víboras ególatras luchando por el poder que tan siquiera respetaban los lazos familiares. Tendría que tener mucho cuidado con Emi si no quería verse devorada por las prioridades de otros.

La fiesta continuaba sin mayor interés para Alicia, no creía que quedándose por más tiempo consiguiese más información de la que ya había obtenido y, además, la presencia de aquella mujer, que no dejaba de regalarle miradas y sonrisas, estaba comenzando a incomodarla. Ser la persona observada era menos agradable que ser la observadora. Con esa idea en mente había acudido cuando la hija del magnate la había invitado y, sin embargo, aquella mujer había conseguido intercambiar los papeles en su partida de ajedrez particular.

La masajista ya había decidido abandonar el evento haciendo mutis por el foro cuando los bostezos comenzaron a apoderarse de su boca. Se dirigió al baño. Tenía un largo camino por delante antes de llegar a su casa y no quería parar a mitad de trayecto demorando aún más el momento de asaltar su cama.

Salió de los aseos acomodándose la chaqueta, dejando atrás la terraza donde se estaba sirviendo el cóctel. Bajó por las escaleras escabulléndose de allí. Sin saber cómo, se vio dentro de una de las salas del museo. Nadie paseaba ya por aquellos pasillos de paredes engalanadas con cuadros. El silencio y la oscuridad llenaban cada rincón. Alicia tanteaba con sus manos buscando la puerta hacia su libertad. Avanzaba con miedo de estropear las pinturas posando sus dedos en ellas, más insegura con cada paso que daba, hasta que el rumor de unas voces lejanas comenzó a tranquilizarla.

Se dirigió hacia ellas pensando que encontraría a algún guarda de seguridad que le pudiese indicar el camino de salida. Antes de que su sombra se hiciese visible sus ojos descubrieron el perfil de la pareja de la que procedían las voces. Y antes de que pudiese demandarles ayuda una frase paralizó sus movimientos buscando el abrigo de la oscuridad para no ser descubierta.

—¿Entonces es ella? —preguntó el chico a su acompañante.

—Sí, sin duda.

—Ya tienes lo que querías, ¿no podemos dejarlo aquí?

—No, no, no. Sabes perfectamente que no es eso lo que acordamos, Braider —objetó la mujer.

—No quiero que le pase nada a nadie, Emi.

—¿Tienes miedo? —siguió preguntando la hija del magnate.

—No por mí. Sé a lo que me he comprometido —respondió sin titubear mientras se acercaba a ella cogiéndole las manos—. Estoy al cien por cien contigo, pero temo por los demás.

—Todo va a salir bien pequeño padawan. —-Emi besó a Braider en la mejilla—. Confía en mí.

Como si fuese una jugada ensayada, Emi abandonó la sala mientras el joven ciclista esperaba unos minutos antes de seguir el mismo camino que ella. Alicia tardó algo más en reaccionar. Se había quedado inmóvil, procesando aquellas palabras, intentando buscarles algún sentido sin llegar a encontrárselo.

Ella volvía a estar en el equipo, pero lograrlo no había sido gracias a la influencia de su primo, sino al compromiso que él había adquirido con aquella mujer. «¿Qué precio habría tenido que pagar Braider para que yo cumpliese mi sueño?», pensó la muchacha antes de iniciar su huida hacia el hotel.

Capítulo 13

15 de enero de 2022, Sierra de Madrid

Tras el evento del Museo Nacional Thyssen-Bornemisza el Ammilie había comenzado la pretemporada. Hacía frío, no era época de entrenamientos en altura. La eterna amenaza de nieve traía la prudencia a todos los equipos, aunque no era la única razón para demorarlos, en los primeros compases de la temporada todo estaba enfocado a recuperar el estado de forma que se pudiese haber perdido tras un par de meses sin competir.

Esa era la época del año que menos le gustaba a Braider, el momento de realizar series para ganar fondo anaeróbico no era lo suyo, él prefería exprimirse en subidas exigentes que pusieran a prueba sus fuerzas, su resistencia, su capacidad de sufrimiento. Pero aquello también era necesario para ser el mejor y él estaba dispuesto a lo que fuese para llegar a la cima.

Cuando llegó al lugar en el que su prima esperaba a los deportistas para recoger sus bicis y hacerles la puesta a punto antes de la sesión de la tarde, desenganchó la cala del pedal desmontando la flaca con gran agilidad. No había llegado hasta Alicia cuando un abrazo rodeó su cuerpo sudoroso. Ni si quiera se había dado cuenta de que su prometida se le había acercado por la espalda dando saltitos. Lo había estado esperando con impaciencia, tanta, que Braider fue arrastrado por ella hacía el bar en dirección a una mesa preparada para dos.

Él se dejó llevar sin oponer resistencia, sonriente, como si los esfuerzos que había realizado esa mañana no hiciesen mella en su cuerpo. Se sentó frente a ella, de espaldas a la puerta. Por eso cuando la colombiana se levantó agitando su brazo en el aire Braider no sabía a quién estaba invitando a sentarse con ellos.

Alicia observaba desde la calle, a través del ventanal, como Emi se acercaba a los tortolitos bamboleando su cuerpo, haciendo que la mayoría de las miradas de los clientes del local se centrasen en ella. Agitó su cabeza sin dejar de limpiar la bici de su primo. Los veía sonreír mientras conversaban con gran familiaridad. Parecía un encuentro entre amigos, una comida de domingo en un soleado día de enero en un bar de carretera.

La masajista dejó la bici montada en el soporte que utilizaba para el mantenimiento. Se limpió las manos en un trapo y cogió una chaqueta con la intención de acercársela a su primo. Necesitaba una excusa creíble para llegar hasta aquella mesa y descubrir qué estaba sucediendo. ¿Por qué aquella mujer se acercaba a esa mesa y se sentaba precisamente con su primo y la prometida de este? ¿Por qué

no lo hacía con el resto del equipo? Necesitaba conocer qué sabían y el porqué de aquel extraño acercamiento a su entorno, tan conveniente, tan repentino.

Avanzó hacia ellos con la chaqueta en la mano dejando en el *parking*, a mano de cualquier desaprensivo, todas las bicis del equipo. Un botín de más de 50.000 euros que, en caso de desaparecer, podría ser el fin de sus días en el Ammilie. No le importaba lo más mínimo, su único objetivo en ese momento era intentar averiguar las intenciones de aquella crápula que se estaba queriendo colar en sus vidas.

Nada hacía pensar que la conversación que aquel trío mantenía fuese profunda. Sus gestos, sus risas desenfadadas, las caricias fraternales, todo apuntaba a temas distendidos. Pero Alicia no se fiaba, al igual que ella tenía sus propios secretos, no dudaba de que los demás también pudiesen tenerlos ni de que supiesen esconderlos cómo también ella lo hacía. Caminaba hacia la mesa sin perderlos de vista, con un semblante serio que desentonaba con el de los comensales. Emi, sentada al lado de Braider, no vio llegar a la masajista que pretendía escucharlos sin ser vista sin ser consciente de que la prometida de su primo observaba como se acercaba.

—Alicia, cielo, come con nosotros —casi ordenó Emi girándose hacia la masajista tras un gesto silencioso de la futura mujer de Braider.

—Tengo mucho trabajo por hacer —declinó la chica girándose para observar si las bicis seguían en el parking—. Solo venía a traerle una chaqueta a mi primo. —Alargó su mano hacia el asiento que él ocupaba al lado de la cristalera ofreciéndosela.

—Vamos, no seas así, ellos dos estarán encantados y yo también. —En boca de Emi aquello sonaba más a orden que a petición—. Además, ya es hora de que conozcas mejor a Daniela, al fin y al cabo, será tu prima política en breve.

—Lo siento jefa, pero no puedo dejar por más tiempo las bicis sin supervisión, si sucediese algo yo...

—Emi, soy Emi para ti. —Aprovechó su situación en la mesa para sujetar la mano de Alicia y dirigirla hacia el asiento frente a ella, al lado de Daniela—. Siéntate. — Chasqueó sus dedos en el aire captando la atención de uno de los hombres que estaba sentado en la barra. Con un leve gesto de su cabeza se hizo entender consiguiendo que aquel individuo fuese a custodiar las bicicletas—. Eres una gran profesional, a pesar de tu fallo que sé que no se volverá a repetir.

—No, señora —contestó Alicia bajando su cabeza avergonzada.

—Emi, por favor. —Miró a la masajista fijamente con un gesto relajado y una sonrisa de medio lado—. ¿Qué te parece esta pareja tan guapa? Yo los presenté, sabía que se llevarían muy bien.

—Bien, me parece bien. —El tono cortante de su voz no acompañaba a sus palabras—. Si mi primo es feliz yo también lo soy.

—No se te da demasiado bien mentir, prima —replicó Braider entre risas mal disimuladas—. No te preocupes Daniela, no es por ti, es porque piensa que tú serás la culpable de mi fracaso. —Se llevó un trozo de pollo a la plancha a la boca.

—No tiene por qué preocuparse, Alicia, yo solo quiero que mi cielo triunfe.

—Una boda ahora mismo no es lo mejor para que Braider se centre en su carrera —recriminó la masajista girándose hacia su futura prima.

—Vaya, creo que estás un poco celosa —sonrió Emi al decirlo, posando su mano sobre la de Alicia encima de la mesa para reclamar su atención —, debes dejar que tu primo vuele, que tome sus propias decisiones, que cometa sus propios errores, como tú lo has hecho.

—¿Qué sabrás tú? —respondió con el desprecio grabado en cada una de sus palabras—. No vengas a darnos lecciones desde tu trono de oro —siguió reprochándole Alicia levantándose enérgicamente, deshaciéndose del contacto de la mano de Emi—. Braider, en una hora tendrás lista tu bici. Ve por ella cuando quieras.

La chica se alejó de la mesa pateando el suelo con pasos cortos, a una velocidad endiablada, poniendo tierra de por medio, temiendo que aquella odiosa mujer rica pudiese leer sus pensamientos, descubrir sus intenciones, mientras que ella no había sido capaz de adivinar que se traían esos tres entre manos.

Capítulo 14

16 de enero de 2022, Sierra de Madrid

Alicia:
No me gusta nada esta tía.

Opencar:
¿Quién, tu futura prima?

Alicia:
Se llama Daniela, y no, tampoco me gusta esa.

Opencar:
¿Tampoco esa? ¿A quién te referías entonces?

Alicia:
A Emi la insoportable, ¿a quién sino?

Opencar:
¿Ahora se llama Emi?
Para ser insoportable ya la llamas por el nombre.

Alicia:
(⩾﹏⩽)

Opencar:
Ja, ja, ja. Tranquila,
recuerda que yo también te caí mal cuando me conociste.

Alicia:
Tú me caíste mal solo durante media hora.

Opencar:
Sí, el tiempo justo para que te hiciesen efecto las tropecientas mil cervezas que te habías tomado.

Alicia:
Ja, ja, gracioso. No es lo mismo. Esta tía no es trigo limpio.

Opencar:
Es tu jefa. Tómalo con calma, que no te afecte en el curro lo que pienses de ella.

Alicia:
No haría nada que me hiciese perder este trabajo.

Opencar:
A ver..., déjame que piense.

Alicia:
No haría nada que me hiciese perder este trabajo... otra vez.

Opencar:
Mejor así. ¿Ya acabaste por hoy?

Alicia:
No, pero ya me queda poco.

Opencar:
Venga, termina. Hablamos luego. (˘ ³˘)♥

Alicia:
(◕~)

Tras guardarse el móvil en el bolsillo, Alicia acabó de engrasar la cadena de la bici, la última que le quedaba por poner apunto tras el entrenamiento de ese día. Se subió en ella para dar una pequeña vuelta de cara a comprobar que todo estaba correcto. Era una rutina que no podía evitar si quería sentirse a gusto con su trabajo y el mejor momento del día para ella. Era feliz rodando esos minutos, evadiéndose de sus problemas, de sus pensamientos, en un mal simulacro de lo que habría podido ser su vida si en la época en la que comenzó con todo aquello hubiese habido equipos ciclistas femeninos.

El aire en su cara se llevaba todos sus miedos con él, todas sus dudas. Todo lo que la atormentaba desaparecía sustituido por la nada absoluta. Con el girar de las ruedas se paraba el de sus pensamientos aportándole una paz que no conseguía de otra forma. Solo ahí, sentada en el sillín, con el viento acariciando su rostro, era capaz de dejar a un lado los recuerdos que la atormentaban, que se colaban en sus pesadillas, que le desgarraban el alma.

Aquellos momentos eran escasos y, por ese día, se habían acabado al llegar al parking del hotel de la Sierra de Madrid dónde se hospedaban. Se bajó de la bici con un gesto mecánico, plásticamente perfecto, siendo consciente de que con él volvía a la cruda realidad de su día a día. Y en esa ocasión de la forma más brusca posible al comprobar que, en las escaleras de entrada al hotel estaba esperándola Emi, sentada, sonriente, con su rubia melena amarrada en una coleta alta, vestida con vaqueros, blusa blanca entallada, deportivas blancas y un café en cada mano.

—Pensé que se enfriarían antes de que llegases —comentó incorporándose—. Esta vez sí que has ido lejos.

—¿Esta vez? ¿Acaso me estás controlando? —preguntó sin hacer caso de la mano que le tendía un café, alargando más de lo necesario la tarea de acomodar la bici en su sitio.

—¿Tengo motivos para hacerlo? —Emi enarcó una de sus cejas persiguiendo a Alicia con el café—. Venga, acéptalo, te sentará bien.

—No, gracias. Si me disculpas, tengo que retirarme a descansar. No querría volver a llegar con falta de sueño a mi trabajo. —La masajista pasó por delante de la hija del magnate esquivando la mano que sostenía el vaso hacia ella.

—¿Siempre tratas así a quien te da de comer?

—Pensé que no querías que me comportase contigo como con una jefa —le recriminó Alicia girándose para mirarla.

—Así es.

—¿Y rendirte pleitesía y plegarme a todos tus deseos no sería hacerlo?

—Tienes razón, lo siento, Alicia, pero es que...

—Está bien, está bien. —Inspiró profundamente antes de continuar con lo que iba a decir—. Tomaremos ese café, pero vamos a mi habitación, tienes que estar helada. Tendrías que haberte puesto una chaqueta sobre la blusa.

Emi tiró los cafés, ya helados, en la primera papelera que encontró y la siguió, sonriendo como un niño travieso que consigue lo que tanto tiempo lleva anhelando. Entrar en el hall del hotel supuso una bendición para ella. No había estado demasiado tiempo afuera esperando a Alicia gracias a que llevaba días estudiando sus costumbres, pero había sido el suficiente para que el frío calase sus huesos. Cuando entraron en la habitación de la masajista su cuerpo ya se había atemperado pero sus manos aún estaban congeladas.

Alicia se dirigió a su maleta para coger ropa limpia, nunca se molestaba en deshacerla en los hoteles. Cogió unos vaqueros, una muda y una camiseta del equipo. Su fondo de armario era bastante repetitivo y, además, siempre había preferido la comodidad a las ropas elegantes. Ni siquiera se fijó en lo que estaba haciendo Emi en su habitación, su cuerpo funcionaba por rutina, llevando a cabo el mismo ritual de siempre desde que entraba por la puerta hasta que salía de la ducha. En su camino hacia el baño se topó de frente con el cuerpo de Emi que observaba con detenimiento cada detalle de la habitación y cada uno de sus movimientos.

—Perdón —se disculpó la masajista al sentir el choque de sus cuerpos—. Voy a…, voy a la ducha, ¿te importa esperarme? —Señaló la silla que se encontraba junto a la mesa sobre la que ella depositaba sus pertenencias al llegar—. Ponte cómoda, no tardo nada.

La mujer rubia se sentó en la cama mirando hacia la puerta del baño. Siguió paseando su vista por cada rincón de la habitación, sin moverse, analizando cada cosa que veía. No pudo evitar sonreír al ver el desorden que reinaba en la vida de la masajista y que se plasmaba en la disposición de sus pertenencias por toda la habitación.

Llamaron a la puerta. Alicia pareció no escuchar los golpes, al menos no se había molestado en contestar desde la ducha. Quien estuviese en el pasillo insistió golpeando levemente la madera con sus nudillos. Cuando aquel sonido insistente llegó a sus oídos por tercera vez, Emi se levantó dirigiéndose a abrir para encontrarse de frente con Braider. Salió al pasillo entornando la puerta tras ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el joven—. Quedamos en que la dejarías fuera.

—Ya estamos con el quedamos —susurró la chica—. Lo que yo

haga aquí o deje de hacer no es asunto tuyo.

—Claro que lo es, me juego mucho en esto, ¿no pretenderás contárselo?

—No, por lo menos no de momento —titubeó con su mano aferrando con fuerza el pomo de la puerta y su espalda apoyada en ella—. ¿Cómo va todo con Daniela?

—Según lo previsto.

—Pues céntrate en eso, es lo único que tienes que hacer pequeño padawan.

Emi dio por zanjada la conversación girándose para volver a introducirse en la habitación cuando Braider la retuvo por el antebrazo. La rubia se topó de frente con Alicia que la observaba con su media melena morena chorreando sobre las mangas de la camiseta, mirándolos a los dos con cara de no comprender la conversación de la que había sido mudo testigo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó cruzándose de brazos a la espera de una respuesta de ambos.

—Nada —respondió Emi con tranquilidad deshaciéndose de la presa de Braider sobre su brazo.

—¿Cómo que nada? Vosotros os traéis algo entre manos. ¿Braider? —Alicia, con su ceño fruncido y su mirada penetrante clavada en su primo, le exigía una explicación.

—Nada, prima, nada. No tienes de que preocuparte.

—¿Seguro?

—Ay, seguro, Alicia. Mira que eres pesada. Yo le presenté a Daniela, es mi amiga, y no quiero que juegue con ella, pero tampoco que desatienda sus obligaciones con el Ammilie. —Posó sus manos en los hombros de Braider y, después de girar su cuerpo, lo acompañó fuera de la habitación—. Además, tu primo ya nos dejaba solas.

Emi cerró la puerta. En el habitáculo solo se encontraban ellas dos y el silencio. Apenas las separaba medio metro. Se observaban sin acabar de fiarse la una de la otra.

—Te gusta vestir de sport —afirmó Emi señalándola para romper el silencio.

—Y tú nunca vistes con grandes marcas.

—¿Por qué iba a hacerlo? —La rubia se acercó a Alicia mientras lanzaba la pregunta.

—No sé, —la masajista se encogió de hombros sin retroceder ni un paso—, eres rica.

—Eso no tiene por qué condicionar mi forma de vestir ni mi forma de ser, ¿no crees?

—Suele ser así, jefa.

—¿Otra vez? Ven, sentémonos, tenemos mucho de lo que hablar. —Emi la cogió de las manos llevándola con ella a sentarse en el borde

de la cama, una frente a la otra.

—Eso creo, que tienes muchas cosas que contarme. —Alicia, que se había dejado llevar por su acompañante, seguía distante, en alerta, intentando procesar el diálogo que había escuchado tras la puerta.

—No, quiero que seas tú la que me cuentes. Que me cuentes cosas de ti, de tu vida, …

—¿Yo? No tengo el más mínimo interés.

—Eso es lo que crees. Te vi en la fiesta, alejándote de todo, intentando pasar desapercibida. Hace tiempo que te sigo, que sigo tu trayectoria —rectificó atropelladamente—. Eres una gran profesional. Tu primo me dijo que pudiste fichar por grandes equipos y, sin embargo, aquí estás, ¿por qué?

—Por Braider. —Emi arqueó su ceja ladeando su cabeza—. Lo conozco desde siempre, nos criamos juntos, es como un hermano para mí.

—Así que antepones tu familia a tu carrera, interesante, pero creo que mientes.

—No hay más razones. —Alicia separó sus manos de las de Emi para restregárselas compulsivamente.

—Tranquila, Alicia. —Volvió a retomar el contacto físico posando su mano en el hombro de la masajista—. Yo lo sé todo de mis empleados. Mi padre es el dueño de la empresa, pero algún día será mía. Sería muy imprudente por mi parte no tomar precauciones.

—No tengo nada que ocultar. —Se levantó de golpe dejando a la rubia sentada en la cama.

—Lo que ocultes no me importa si no me afecta, pero por lo que sé de ti puedo decirte que eres la persona que estaba buscando. Te lo dije en la fiesta, quiero que lo tengas claro, porque juntas, tú y yo, —señaló a Alicia con su dedo índice—, vamos a cambiar muchas cosas.

—Mire, jefa, Emi, solo sirvo para esto, para lo que hago. No me gusta destacar ni sé moverme en ambientes sofisticados, ese es su, tu mundo. Yo estoy bien en compañía de las bicis. No necesito más.

—¿Y a Braider? —Alicia asintió—. ¿Y a tu familia? —Volvió a asentir—. ¿Y a tus amigas?

—¡Ja!, no tengo de eso, he dedicado toda mi vida a conseguir este trabajo. No tengo tiempo para frivolidades.

—No creo que siempre hayas pensado así. ¿De niña no tenías amigas, Alicia?

—De niña tenía muchos pájaros en la cabeza.

—Sé que no es así. Creo que tuviste que ser una pequeña muy dulce, amistosa y jovial. Algo tuvo que hacerte cambiar. —La rubia se quedó en silencio esperando una respuesta viendo como Alicia se dirigía hacia la puerta de la habitación.

—Creo que es hora de que te marches, mañana tengo que

madrugar. —La hoja de conglomerado se abrió y, con un leve gesto de su mano, Alicia invitó a Emi a marcharse.

—Está bien, cuando estés preparada, no hay prisa. —Aquella mujer pasó a su lado apretando con cariño su brazo—. Ha sido un placer hablar contigo.

Alicia la observó alejarse por el pasillo. Cerró la puerta intentando calmarse. No se esperaba aquella conversación, aquellas preguntas que insinuaban sin contar, como si la hija del magnate quisiese hacerle saber que conocía sus intenciones. Lo que no llegaba a entender era el papel que jugaba Braider en la estrategia de la rubia, ni tampoco el de Daniela. Su cabeza bullía en esos momentos. Era la primera vez en muchos años que dudaba, que pensaba en la posibilidad de no llevar a cabo su plan.

Capítulo 15

26 de enero de 2022, Trofeo Calviá

Alicia llevaba casi dos semanas poniendo toda su alma en rehuir cualquier tipo de encuentro con Emi. El mismo empeño estaba poniendo la rubia en forzar un encuentro con ella. Diez días desde la extraña conversación que habían mantenido en la habitación del hotel. Semana y media en la que no había dejado de wasapear con Raúl, como venían haciendo desde que se habían conocido. Aquellas conversaciones ayudaban a Alicia a pensar en otras cosas. El muchacho siempre tenía una frase amable, algún juego de palabras con doble sentido que la hacía reír y, sobre todo, sabía escuchar y dar buenos consejos. Era su único amigo, la única persona a la que había permitido entrar en su mundo aparte de su familia.

A pesar de que había tenido quiebros de cadera y excusas suficientes durante aquellos días para escapar del acoso de Emi, Alicia sabía que ese día, el de la primera carrera de la temporada, iba a tener que enfrentarse al momento de volver a conversar con la dueña del Ammilie. Eso, junto con la visión repetitiva de su primo enzarzado en melosas situaciones con Daniela, hacían de las siguientes horas los instantes menos apetecibles de su vida en los últimos meses. Al menos el sonido del teléfono le sacó una sonrisa al ver que el mensaje era de Raúl.

Opencar:
No repitas tu hazaña de la última etapa en la que estuviste (←◕).
Suerte.

Alicia:
¿Lo dices por la carrera o por mi más que probable encuentro con mi acosadora particular?

Opencar:
Por ambas cosas.
Y recuerda, ese huevo sal quiere.

Alicia:
Tú y tus teorías.
Sigo con mi trabajo, como bien dices, no estoy para repetir hazañas del pasado.

Guardó el móvil en el bolsillo y continúo sacando soportes y bicis frente al autobús de su equipo. Dentro se encontraban todos los componentes del Ammilie recibiendo el *briefing* de la etapa, comentándola y hablando de las estrategias y la función asignada a

cada uno de los ciclistas. Todos menos su primo, que se acercaba hacia allí sujetando la bici con una mano y rodeando la cintura de Daniela con la otra.

Desde que había vuelto de Colombia dedicaba más tiempo a aquella mujer que a su carrera. Aquel comportamiento, junto con la conversación con Emi que había escuchado a medias tras la puerta entornada de su habitación de hotel, eran un motivo más de preocupación a añadir a su lista.

Al llegar a su altura, Braider le entregó la bici, dio un beso a Daniela y subió al autobús con mucha calma. Aquella actitud no era propia de él, como tampoco lo eran las cifras que estaba reportando en los entrenamientos. Si su primo seguía así pasaría de ser la futura estrella del ciclismo a ser una promesa rota.

Colocó la bici de Braider en el soporte y comenzó a comprobar que todo estaba correcto, que funcionaba a la perfección tal y como lo hacía la noche anterior cuando había dejado aquellos velocípedos a punto para la acción. Se encontraba inmersa en su trabajo, comprobando la presión de los tubulares, cuando Emi se colocó a su lado con las manos entrelazadas en la espalda, inclinándose hacia ella.

—Veo que esta vez si estás a pleno rendimiento —le susurró al oído sonriente.

—Otra, ¿algún día dejaréis de recordármelo? —Alicia siguió centrada en su trabajo.

—Quizás cuando el infierno se congele. Tenemos una conversación pendiente. —Volvió a susurrarle invadiendo su espacio vital.

—Creía que ya la habíamos tenido. —Alicia apartó a Emi de su lado con un gesto delicado para poder comprobar la siguiente bici.

—Teníamos una conversación pendiente que iniciamos en tu habitación, pero si mal no recuerdo me echaste de ella, ergo la conversación sigue pendiente al no haberse finalizado convenientemente. —Emi la seguía como un perrito faldero hablándole al oído.

—Si te eché de la habitación por algo sería, ergo di por finalizada la conversación —contestó girándose hacia la rubia para retarla con la mirada.

—Está bien. —Emi se retiró un par de pasos de ella levantando las manos en el aire con las palmas hacia Alicia—. Esa conversación se acabó. Así que tenemos una nueva conversación pendiente.

—Mira que eres pesada. —Volvió a centrarse en las bicis.

—Perseverante me gusta más. Entonces, ¿crees que podremos hablar?

—Emi, tengo mucho que hacer, por favor, empezamos en un par de horas.

—Está bien, está bien. Sé que no es buen momento, si acabas

pronto, estaré en la zona vip, te vendrá bien relajarte un poco antes de la vorágine de la etapa. ¿Hecho? —Emi alargó su mano esperando que Alicia se la estrechara.

—Buf, espero no arrepentirme —resopló, se limpió su mano en el pantalón y respondió al gesto.

La auxiliar aceptó la propuesta con el convencimiento de que no tendría tiempo de pasarse por la zona vip. Quiso ralentizar su forma de trabajar, pero era imposible para ella bajar el ritmo, siempre había preferido que le sobrase tiempo por si surgía algún imprevisto de última hora.

Habían pasado sesenta minutos cuando acabó de revisar cada una de las bicis del equipo, incluso las que llevaba el coche de apoyo. Buscó alguna tarea más que realizar sin encontrarla. Pensó en coger el vehículo para ir hacia el punto de avituallamiento en carrera, pero era demasiado pronto. Sin ninguna tarea que la excusase de acudir al encuentro pactado con su jefa, no tuvo más remedio que plegarse a sus exigencias. Temía que no hacerlo pudiese conllevar represalias. No conocía bien a aquella mujer. Era una incógnita que había aparecido de repente, sin esperarla. Un nuevo personaje con el que no contaba en aquel juego y al que no había estudiado tan al detalle como al resto.

Avanzó hacia aquel lugar reservado para todos los que participaban en la carrera y para algunos pocos afortunados invitados por los patrocinadores. Detestaba la zona vip. Estaba llena de puestos de los diferentes patrocinadores en los que proporcionaban bebidas, comidas y distintos regalos promocionales a los que acudía la gente de la calle a rapiñar todo lo que podían y participar en mil concursos. Muchos de los deportistas aprovechaban a pasar por allí antes de la prueba para relajarse, charlar con antiguos compañeros de equipo y tomarse algún refresco después del control de firmas. Ella no, Alicia detestaba las aglomeraciones, por eso acercarse a aquel lugar estaba siendo trabajoso, avanzaba con paso lento, arrastrando sus pies por el asfalto. Ese ritmo le permitió observar a Daniela dirigiéndose hacia su mismo destino, encontrarse con Emi y saludarla efusivamente. Aquella visión hizo que sus piernas cambiasen de rumbo pasando de largo por delante de la entrada de la zona vip dirigiéndose a su coche. Se encerró en él, tardando un par de minutos en encenderlo. Recordar a aquellas dos mujeres juntas, mirándose, abrazándose, con más confianza entre ellas de la que Alicia jamás había tenido con nadie, hizo que no dudase ni un segundo más en iniciar su marcha. No estaba preparada para encontrarse en medio del ambiente de mundo de oso amoroso que siempre había rehuido.

No necesitaba ser su amiga, al menos no quería serlo de lobos vestidos con piel de cordero. Prefería enfrentarse a las posibles

represalias que la furia de Emi le tuviese preparadas, que tener que fingir esa cordialidad impostada y verse inmersa en un falso mundo de luz y de color. Enfiló la carretera en pos del punto de avituallamiento sin ser consciente de que Emi la seguía con la mirada, con una sonrisa de medio lado en su rostro, pensando en su próximo movimiento para acercarse a ella.

Capítulo 16

26 de enero de 2022, Trofeo Calviá

No había sido el mejor día de Braider, ni del equipo. Tras más de ciento cincuenta kilómetros y más de dos mil novecientos metros de desnivel positivo, ninguno de ellos pudo entrar en el grupo de los mejores. La primera impresión que el Ammilie y su estrella daban en esa temporada a los aficionados no había sido la esperada. Parecía que, la caravana del amor que había llegado de Colombia, había desviado su concentración a algo que no tenía nada que ver con estar encima de un sillín.

Los abrazos y felicitaciones que se habían sucedido en más de una ocasión en la línea de meta la temporada pasada, habían sido sustituidos por la sobriedad de los gestos de los directores del equipo al ver llegar a sus ciclistas derrotados, sin fuerzas, totalmente fuera de punto y, en el caso de Braider, el líder del Ammilie en esa competición, a más de cinco minutos del grupo principal.

Cuando Alicia corrió hacia él en meta para darle una bebida, el rudo manager del equipo la retiró con brusquedad llevándose de malas maneras a Braider hacia un lugar apartado. Ella los observaba a lo lejos, intentando comprender que sucedía, aunque sin llegar a imaginarse la gravedad de la conversación que Braider y el jefe del equipo estaban manteniendo.

—Se acabó chiquillo. Os hemos permitido vuestros amoríos porque sois jóvenes y a ti en especial más que a nadie. O comenzáis a rendir como se espera de vosotros o dejáis a esas novietas vuestras —amenazaba con su dedo índice al muchacho mientras lanzaba su ultimátum.

–No. —Fue todo lo que el ciclista pudo responder en su lucha por llenar de aire sus pulmones tras el esfuerzo físico de la etapa.

—¿Cómo qué no? Si quieres seguir aquí, si no quieres acabar con tu carrera antes de que apenas haya comenzado dejarás a esa mujer. ¿Estamos? —La cara enrojecida del manager estaba casi pegada a la de Braider cuando escupió aquellas palabras.

—No. —El pecho del ciclista se agitaba al hablar—. Esa cláusula no venía en mi contrato. —El director del equipo lo agarró del brazo llevándolo a la fuerza detrás de uno de los camiones para evitar ser visto.

—Las cláusulas las pongo yo niñato de mierda. —Lo había sujetado de la pechera—. Aquí estás para darnos resultados no para conseguir coños donde meterla. —Bamboleó a un Braider desfallecido después del esfuerzo de la carrera—. No te lo voy a volver a repetir, los vatios

se gastan encima de la bicicleta no encima de tu mujer. O mañana sales y te dejas hasta el último gramo de fuerza en la carretera o te conviertes en el aguador del equipo. —El director lo soltó con un fuerte empujón lanzando a Braider al suelo.

Aquel hombre se marchó del lugar dejando tirado a su líder tras haberlo humillado. Alicia se temió lo peor al ver salir al director solo de detrás del camión. Cuando se cruzó con el manager se interpuso en su camino.

—¿Qué has hecho con él, maldito déspota? —preguntó con sus manos cerradas en puños apretados a sus costados conteniéndose para no golpearle.

—¿Tú me hablas así? ¿La chica que junto a su familia va a joder este equipo? —Intentó rebasarla sin éxito—. Allí lo tienes —dijo señalando hacía el camión—. Anda, corre, vete a lamerle las heridas y alejaros de mi vista.

Alicia se desentendió del hombre sin percatarse de que Emi, que los estaba observando desde la zona vip de la llegada, comenzó a seguirla. La masajista avanzó con rapidez hacia el lugar en el que se encontraba su primo. Cuando Emi llegó a la altura de ambos se encontró con un Braider desfallecido, sentado en el suelo, rojo más por la rabia que por el esfuerzo, y a Alicia asistiéndolo en cuclillas intentando convencerle de que se levantase.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó la rubia agachándose para ponerse a su altura.

—¿Todo bien? Sí, claro, espectacular después de como tratan tus empleados a sus ciclistas —contestó Alicia apartándola de ellos con un ligero empujón.

—Todo según lo esperado, Emi, todo según lo esperado —respondió Braider mirando a la rubia que asintió ante sus palabras antes de marcharse dejándolos solos.

Capítulo 17

27 de enero de 2022, Trofeo Port d'Alcúdia

Alicia localizó a su primo en el pasillo del hotel, caminando hacia su habitación con más energía de la que había demostrado durante la que había sido otra etapa para olvidar del Ammilie. No había podido hablar con él en la llegada. Como en el día anterior, el director técnico del equipo lo había retirado de malas formas detrás de los coches y había mantenido una tensa charla con Braider.

Consiguió alcanzarle cuando llegaban a la habitación, colándose en ella tras su primo antes de que la puerta se cerrase. Necesitaba entablar una conversación con él tras esos dos días tan extraños. Braider comenzó a desvestirse delante de ella sin ningún tipo de pudor. Ni siquiera se había percatado de su presencia hasta que pasó delante de una Alicia convertida en estatua de sal cuando se dirigía directo a la ducha.

La chica se entretuvo recogiendo el reguero de desorden que su primo había dejado a su paso. El sonido del agua cesó a los pocos minutos. A Alicia no le sorprendió verlo aparecer medio desnudo, tapado tan solo con una exigua toalla que cubría lo justo. Si él no se había molestado en ocultar su cuerpo ella tampoco iba a sufrir ningún tipo de vergüenza por verle así. No era ni la primera ni la última vez que tenía a la vista esos músculos, los había manoseado las suficientes veces como para no amedrentarse ante su cuerpo perfectamente perfilado.

—¿Disfrutando de las vistas, prima? —le preguntó secándose el pelo con otra toalla.

—¡Oh, vamos, cállate! —respondió la muchacha lanzándole una almohada que su primo logró esquivar—. Estoy preocupada por ti. No me gusta cómo te está tratando Sebastián.

—¿Tratarme? Solo quiere que vuelva a ser el de antes, dicen que mi rendimiento no es el de la temporada pasada. Se me acabaron los privilegios, prima. Mañana empiezo a compartir habitación. Quieren que deje a Daniela.

—¿Y qué piensas hacer?

—Nada. Ella decidió por mí.

Braider se evadió de la conversación recordando cómo se había despedido de Daniela, con un beso antes de comenzar la carrera, y como Emi le había comunicado, al finalizarla, que había desaparecido.

—Quizás sea lo mejor, primo. Apenas la conocías. —Intentó animarle Alicia.

—Eso ahora da igual. Volveré a centrarme en lo que siempre me ha

importado. Sebastián tiene razón. El equipo no está dando la talla y yo menos que nadie. —Comenzó a vestirse.

—¿Qué haces? Tengo que darte el masaje de recuperación.

—¿Para recuperar qué, prima? Si lo que he hecho ha sido un paseo.

—Pero, pero, …

—Pero nada, Alicia, yo voy a tomar un poco el aire y a pensar. Y tú, tú deberías socializar un poco con la jefa. Escapar de ella tan descaradamente no es bueno para ninguno de los dos.

—No me gusta esa mujer. No estoy a gusto con ella. No sé, creo que esconde algo.

—¿Y quién no tiene secretos, Alicia? —le preguntó posando su mano en el hombro de la chica antes de abandonar la habitación.

Alicia:
Mi primo está muy raro.

Opencar:
¿Tan raro como tú?

Alicia:
¿Qué quieres decir?

Opencar:
Estás muy misteriosa y conspiranoica.

Alicia:
¿Si te digo que su prometida se ha ido y parece no importarle?

Opencar:
Estará haciéndose el duro, o siendo profesional y centrándose en el ciclismo.

Alicia:
¿Mi primo?

Opencar:
Alicia, las cosas a veces son más sencillas de lo que pensamos.

Alicia:
¿Y si te digo que está de parte de la bruja esa de Emi?

Opencar:
¿Qué te ha hecho para que pienses así de ella?

Alicia:
Ella nada, aún, dale tiempo.

Opencar:
¿Ella? ¿Y por quién le estás haciendo pagar los platos rotos?

Alicia no tuvo tiempo de contestarle. Unos golpes en la puerta hicieron que dejase aparcada la conversación de WhatsApp yéndose a abrir sin recordar que la habitación en la que se encontraba no era la

suya. Al abrir se encontró de frente con la persona a la que llevaba tiempo rehuyendo. No le cabía la menor duda de quién había propiciado esa encerrona después de las últimas palabras de la conversación mantenida con Braider.

—Alicia… —la nombró sorprendida.

—Ni que hubieses visto un fantasma. No hace falta que disimules. Supongo que Braider te ha dicho dónde encontrarme.

—Eh, sí, sí, claro, tu primo me dijo que…, bueno, que estabas en su habitación —comentó entrando sin esperar a ser invitada, sentándose en la cama.

—Pues tú dirás, vamos a por esa conversación pendiente. —Cerró la puerta tras de sí sentándose en una silla frente a Emi.

—Verás, yo… —Se inclinó hacia Alicia posando sus manos en la rodilla de la chica—. Alicia, sé que tú quieres lo mismo que yo —le decía con su mirada clavada en la de la masajista—. Llevo años buscándote…, buscando a alguien como tú —rectificó.

—Mira Emi, no sé lo que piensas que… —Alicia se levantó alejándose de la chica—. Jefa, yo no..., tú y yo no… ——decía señalando alternativamente a las dos.

—¿No qué? Si aún no te he contado nada.

—No puedo darte lo que quieres de mí —contestó la masajista dando vueltas sin parar por la habitación.

—Alicia, cariño, siéntate —la chica obedeció volviendo a sentarse frente a Emi —. Ahora cuéntame, ¿por qué no puedes formar parte de un equipo femenino de ciclismo?

—Ah, eso. —El cuerpo de Alicia se relajó—. Tú eres la jefa, puedes disponer de mí como auxiliar para cualquiera de los equipos y pruebas que queráis.

—No te quiero de auxiliar. Te quiero encima de una bici disputando las carreras.

—¿Yo? Qué va, yo no sirvo para eso. Soy muy mayor.

—¿Mayor? Tus piernas seguro que no dicen lo mismo. Piénsalo, tenemos tiempo aún, pero cuando tenga todo preparado te quiero conmigo. El Ammilie necesita nuevos proyectos y una nueva cabeza pensante.

—Y, por supuesto, esa serás tú.

—Por supuesto, querida, ¿quién si no? —Emi se levantó de la cama con resolución avanzando hacia la puerta, la abrió y antes de marcharse se giró hacia la chica—. Piénsalo, Alicia, te quiero conmigo, no contra mí.

Capítulo 18

14 de febrero de 2022, Clásica Jaén Paraíso Interior

Con el ritmo de carreras a las que había tenido que dar asistencia esas últimas semanas, Alicia apenas había tenido tiempo para pararse a ordenar todas las ideas que revoloteaban en su cabeza como molestos moscardones. Era en los momentos de espera como aquel, en la zona de meta de Úbeda, en los que se permitía evadirse del mundo para analizar los sucesos que la inquietaban.

En aquellas escasas horas de soledad, su cerebro se asemejaba a una centrifugadora. Intentaba encontrar explicación a la extraña actitud de Braider. Su prometida había desaparecido sin despedirse y él, lejos de deprimirse, preocuparse por ella o extrañarse, actuaba como si Daniela no hubiese existido o, como mucho, hubiese sido un rollo de una noche al que era sencillo olvidar. Su rendimiento había mejorado desde entonces. El suyo y el de todos los componentes de su equipo una vez que habían dejado o habían sido paulatinamente abandonados por sus parejas venidas de Colombia.

Para ella era comprensible que se centrase en el ciclismo como remedio para olvidarse de Daniela, pero conocía a su primo, era un sentimental y, si la había querido tanto como para comprometerse con ella, sabía que en esos momentos tenía que estar sufriendo, a no ser que otra persona ocupase su corazón. Alicia sospechaba que había algo entre Emi y Braider, no sabía exactamente qué, ni si lo que se traían entre manos había sido el motivo de la desaparición de la prometida de su primo. Lo que no acertaba a encajar era que, si estaban liados, cuando por fin tenían vía libre, Emi apenas se pasase por las carreras.

Aquellas ausencias coincidían también con el momento de la propuesta que la hija del magnate le había realizado a Alicia. Una propuesta que no sabía si había sido real o solo lo primero que se le pasó por la cabeza a Emi para salir del paso cuando la masajista le estaba diciendo que no estaba interesada en una relación con ella.

Quería pensar que nada de aquello importaba, que podía dejar sin resolver esas incógnitas, que no afectaría al resultado final. Pero sabía que no era así, que no podía permitirse ningún despiste, por eso había estudiado minuciosamente a todos los personajes que tenían algo que ver con aquel equipo, a todos menos a Emi, que apareció de la nada para desbaratar todos sus esquemas. Emi que había presionado para que la readmitieran, que le había presentado a Daniela a Braider, que había llegado a un acuerdo con su primo, que quería desbancar a su padre y que, para ello, la quería a ella, a Alicia, de su lado. Esto la

llevó a darse cuenta de que aceptar la propuesta de la hija del magnate podía ser una buena idea. Una que la ayudaría a que el momento que tanto tiempo llevaba esperando estuviese más cerca de lo que jamás hubiese imaginado.

El primer ciclista que cruzó la línea de meta pasó a su lado con tal velocidad después de esprintar por la victoria que casi la tira evaporando de golpe cada uno de los pensamientos en los que había estado sumida. Su cuerpo se activó intentando descubrir entre las estelas de los deportistas los colores de la equipación del Ammilie. Salió corriendo en pos del primero que localizó sosteniéndolo durante unos segundos en cuanto llegó a su altura antes de que este pudiese desenganchase las calas del pedal y posar sus pies en el suelo. Le ofreció una bebida e intentó que pudiese recuperar el aliento que le faltaba después del esfuerzo explosivo que se vio obligado a realizar y que, en esa ocasión, no había tenido la recompensa deseada. Su primo lo había vuelto a hacer, volvía a estar entre los mejores como en las últimas carreras.

—¿Cómo he… quedado? —preguntó jadeante a Alicia.

—Entraste quinto.

—¡Mierda! —Vació el refresco que le había dado su prima—. Tengo que… conseguir una… victoria.

Braider cogió un segundo bote de las manos de Alicia. Cuando iba a avanzar hacia el autobús Sebastián se acercó hacia los primos con una sonrisa de oreja a oreja. Empezaba a estar conforme con los resultados de sus pupilos. Desde que, de una forma u otra, había conseguido deshacerse de las chicas llegadas en la «caravana del amor» parecía que todo fluía, lo que le hacía estar de mejor humor.

—Muy bien muchacho, así sí —le dijo al ciclista palmeando su espalda—. Si nos haces caso llegarás muy lejos. —Braider asintió una vez que terminó de vaciar la lata—. ¿Qué tal la carrera?

—Dura. —Su pecho se agitaba al hablar—. Los últimos kilómetros de tierra… eternos. Repechos duros… y… la llegada… con la rampa… —Giró su bici para marcharse de allí sin terminar con sus impresiones, alejándose de las manos de Alicia que se acercaba a la flaca para cogerla y llevarla al coche—. Jefe, nos vemos en el hotel.

En cuanto comenzó a pedalear Alicia arrugó el ceño. Había escuchado un ruido que no le gustaba en la máquina. Alzó su mano llamando a su primo para que parase. Él continúo sin hacerle caso.

—¡Braider! Espera, hay que revisarla.

—En el hotel, prima —dijo Braider por toda respuesta perdiéndose en el horizonte entre la marabunta de gente, alzando un brazo en el aire a modo de despedida.

Sebastián se dirigió a Alicia con cara de pocos amigos. Sujetó su mano intentando tirar de la pulsera hacia arriba a fin de poder

observar mejor algo que había intuido cuando ella elevó su brazo para llamar la atención de su primo.

—Suéltame, ¿qué haces? —decía la chica intentando zafarse del fuerte agarre del jefe de filas.

—No puede ser. Eres una de ellas —repetía una y otra vez Sebastián para sí sin soltarla.

—¡Déjame imbécil! —Alicia se revolvió hasta que consiguió zafarse de su jefe dándole la espalda con intención de marcharse.

—Quieta ahí, tú no te vas de aquí hasta que me expliques eso —sentenció cogiéndole un brazo con una mano mientras con la otra señalaba la muñeca de la chica.

—No es asunto tuyo —respondió manteniéndose de espaldas a Sebastián.

—Sabes perfectamente que sí lo es, y que tendré que decírselo a…

—No vas a decirle nada a nadie —sentenció con seguridad volteándose para enfrentar su mirada.

—Tú «amistad» con la jefa no te va salvar de esta.

—No, eso no, pero si sabes lo que significa esta marca creo que tengo algo que ofrecerte a cambio de tu silencio. —Acompañó de caricias su voz seductora al decir estas palabras—. Es un buen trato, ¿no crees?

—Si se entera la jefa… no creo que le guste compartir sus juguetes. —Dudaba, pero Alicia sabía que tenía la batalla ganada.

—No soy el juguete de nadie Sebastián y, además, hace casi un mes que Emi no nos sigue tan de cerca, que no para de viajar. —Alicia susurró estás palabras a los labios del técnico.

—Está bien. Te espero en mi habitación, pero solo si la jefa no se entera —sentenció alejándose de allí con la lascivia bailando en su mirada.

Alicia observó cómo se marchaba, había salido del paso como había podido, pero si algo tenía claro era que no iba a darle a aquel Neandertal lo que le había ofrecido.

—¿Si no me entero de que exactamente?

—¡Mierda! —Alicia, asustada, respondió con este improperio a la pregunta de Emi que había aparecido por su espalda sigilosamente—. Eres como un puto ninja.

—Ja, ja, ja, me gusta ser sigilosa, y aun así no he sido capaz de saber de qué no me tengo que enterar.

—De nada —respondió ella tirando de la pulsera de cuero hacia abajo.

—Uhmmmm. —Emi torció el gesto sopesando si seguir insistiendo o cambiar de tema—. Está bien, si no me lo cuentas tendré que averiguarlo.

—Mira que eres pesada. —Emi asintió sonriendo de medio lado—.

Puf, está bien. No quería que te enterases del estricto plan de entrenamiento y dietético que le están imponiendo a Braider para que mejore.

—¿Tú estás de acuerdo con ese plan?

—¿Por qué no iba a estarlo? —preguntó la masajista sorprendida.

—No, por nada. Solo que, creo que todo tiene unos límites. Si no entiendes esto no sé si te querré en mi equipo.

—¿Límites? ¿Todo? —Alicia no podía creerse esa afirmación después de las conversaciones que había escuchado entre ella y Braider—. ¿No será que tú sobreproteges a mi primo?

—Hazme caso, revisa bien su alimentación y su avituallamiento. Sé de lo que hablo. Y toma, dale esto de mi parte —terminó diciendo entregándole una barrita energética antes de hacer ademán de marcharse.

—Espera, Emi. —La hija del magnate se giró con un brillo de esperanza en sus ojos—. Te debo una respuesta.

—¿Y?

—¿Te parece que lo hablemos esta noche? Te invito a una copa.

Emi asintió antes de marcharse de allí dejando a Alicia sumida en la tarea de recoger las bicis que sus ciclistas le habían dejado antes de irse al autobús del equipo. A la chica le quedaba mucho trabajo por hacer antes de poder acudir a sus dos citas de esa noche.

Capítulo 19

14 de febrero de 2022, Úbeda

Alicia estaba más que acostumbrada a deambular por los pasillos de los hoteles. No era ese el motivo por el que esa tarde sentía como si miles de hormigas estuviesen realizando una ruta de senderismo por su cuerpo.

Nunca había tardado tanto como aquella jornada en sacar las bicis del autobús, limpiarlas y ponerlas a punto como ese 14 de febrero. Siempre había sido meticulosa con su trabajo, pero esa tarde, sus esfuerzos porque todo estuviese perfecto, hubiesen enfermado a cualquiera.

A las ocho, cuando ya había alargado más de lo necesario el último de los masajes, no encontraba ninguna excusa para no enfrentarse al destino que ella misma se había creado en la meta de Úbeda. Ni siquiera su primo se convirtió en cómplice inconsciente en esa ocasión, ya que pidió a Alicia que lo dejase solo en cuanto acabó con el masaje y ella le hubo entregadola barrita energética que Emi le había dado para él.

Aquella procesión desde la habitación de Braider hasta la puerta de la de Sebastián se le antojaba demasiado corta. No había encontrado la manera de evitar que su cuerpo fuese el capricho de un hombre al que Alicia despreciaba. Además, la razón por la que había luchado todos esos años para llegar al punto en el que estaba valía más que su dignidad.

Sus pies se arrastraban por la moqueta al andar, como si la fricción de las suelas de sus playeros consiguiera ralentizar su avance por el pasillo. Solo era una sugestión de su mente, la misma que sugestionaba su vista para sentir que las paredes se estrechaban a su paso empujándola sin remedio hacia la habitación de Sebastián.

Sin saber cómo, se encontraba frente aquel trozo de madera, habitación 122. Se colocó en posición de firmes para enfrentarse a lo que la esperaba al otro lado. Inspiró profundamente intentando instaurar en ella una determinación que no poseía. Recordó a su madre, sus sacrificios, ellos le habían llevado al punto en el que se encontraba. Secó la lágrima fugitiva que resbalaba por su mejilla y, tras ese gesto, recomponiéndose, alzó la mano en el aire para golpear la puerta.

Alicia estaba tan absorta en su futura desgracia que apenas reaccionó cuando la puerta se abrió sin que ella llegase a tocarla. Emi apareció de frente, saliendo de la habitación. Sujetó la muñeca de Alicia para evitar que esta la golpease en la cara.

—¡Hasta mañana, Sebastián! —Emi empujó a la chica hacia el pasillo cerrando la puerta tras de sí mientras seguía sujetando la mano de la chica en el aire—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces tú? —preguntó Alicia sorprendida por encontrársela allí.

—¿Jefa de equipo hablando con el manager? Espera que piense, —respondió Emi rascándose la barbilla—. ¿Hablar del equipo? Ahora te toca a ti.

—Había quedado con Sebastián para hablar de unos ajustes en el avituallamiento. —Alicia intentó ir hacia la puerta, pero la hija del magnate le cortó el paso.

—Pues tendrá que ser en otro momento, se estaba acostando. Lo noté algo cansado. Además, tú y yo habíamos quedado, ¿no?

—Sí, pero tengo tiempo de comentar con él… —Alicia hizo ademán de ir hacia la habitación, pero de nuevo aquella mujer se interpuso entre ella y la puerta.

—¿Le entregaste el complemento energético a Braider? —La masajista asintió—. Pues por hoy ya ha acabado tu jornada laboral. ¿Quieres ir a cambiarte?

—¿Un vaquero y una sudadera no es una vestimenta lo suficientemente elegante para ir a tomar una cerveza al bar de la esquina con su eminencia?

—Supongo que eso significa que no —comentó Emi riendo—. Anda, vamos, antes de que me arrepienta de aparecer contigo en cualquier lugar con esas pintas que me llevas —terminó por decir siguiéndole la broma a la vez que se enganchaba del brazo de Alicia para avanzar con paso sincronizado hacia el bar.

Alicia pensaba que irían a la cervecería del hotel, sin embargo, Emi la arrastró fuera de este haciéndola caminar por varias calles antes de decidirse a entrar en un pub que, haciendo gala a la fecha, estaba decorado con globos en forma de corazón por doquier y velas en cada mesa casi como única iluminación del local.

La masajista, que nunca había sido una seguidora de esta celebración, se rio al verse inmersa en ese ambiente empalagoso y pensar que nunca olvidaría ese día de los enamorados. Un día en el que en principio nada especial tendría que haber sucedido y en el que, sin embargo, había acabado sentada en una mesa de un bar con su jefa acosadora a la luz de una vela, y que culminaría con el polvo prometido a Sebastián, que sería cualquier cosa menos pasional o romántico.

Alicia, temiendo que a su acompañante se le ocurriese alguna galantería, se abalanzó hacía una de las sillas de la mesa escogida al fondo del local para retirarla y sentarse en ella. Se quedó frente a Emi, que la miraba sonriendo y agitando ligeramente su cabeza desde la

altura que le confería no haber tomado asiento aún.

—¿Te incomoda este ambiente? —quiso saber Emi a la vez que se sentaba.

—No, solo es que, no soy yo mucho de San Valentín —contestó tirando de las mangas de su chaqueta a la vez que su mirada se dirigía a la mesa.

—Ah, ¿no? ¿Nunca lo has celebrado? —Emi llamó la atención del camarero—. Una jarra de cerveza y dos vasos —gritó por encima del barullo del local—. ¿Y bien?

—No he tenido con quién. —El camarero posó delante de ellas la bebida y los vasos que Alicia comenzó a llenar centrando en ellos toda su atención—. No es algo que me haya interesado.

—No me dirás que nadie, nunca, te ha gustado lo más mínimo. En este mundillo te has tenido que cruzar con decenas de personas que te tirasen la caña. —La masajista se encogió de hombros—. Dime que algún lío de una noche sí, por favor. —Alicia se sonrojó sin responder ante lo que Emi comenzó a aplaudir como una colegiala—. Venga, no hay de que avergonzarse. Son necesidades fisiológicas.

—No sé si me encuentro demasiado cómoda con esta conversación. —La muchacha escondió su cara en el vaso.

—¿Y con qué te sentirías cómoda? Porque, o mucho me equivoco, o en ninguna de las conversaciones que hemos mantenido has estado relajada.

—Yo no…, es que…, —volvió a tirar de sus mangas escondiendo su mirada de la de Emi.

—Hablemos de lo que tú quieras, cielo. Relájate, has trabajado mucho, ha sido un día duro, lo sé. Solo quiero que estés a gusto, ¿vale? —La hija del magnate tomó las manos de Alicia entre las suyas por un momento—. Venga, dime, ¿de qué quieres hablar?

—¿Qué sabes de Daniela? ¿Cómo le va? —Emi retiró de golpe las manos de las de la chica envarándose, apoyando su espalda en el respaldo de la silla.

—¿Y eso? ¿Vas a ir a buscarla para vengarte por haber abandonado a tu primo? —Se recompuso de inmediato disimulando su inquietud rellenando los vasos de cerveza.

—No, simplemente pensé que podrías saber qué había pasado, o dónde estaba, como sois «amigas».

—Ali, Ali, Ali, no me seas vieja del visillo. Lo que sucediese entre tu primo y Daniela son temas que solo les incumben a ellos. Respecto a dónde está no lo sé con exactitud, viaja mucho, pero está perfectamente. Mira —ordenó sacándose el móvil del bolsillo mostrándole la pantalla tras buscar durante unos segundos—, estas fotos las ha colgado hoy en Instagram, ¿ves? Está feliz. —Alicia cogió el móvil y comenzó a cotillear por unos minutos.

—Bueno, ellos sabrán. Solo me extrañó la forma en que se marchó. Ey, para, para —dijo interponiendo su mano entre el vaso y la jarra cuando Emi seguía rellenándolo.

—Relájate, mañana no hay carrera —sonrió apartando la extremidad de su acompañante del vaso —, y si la hubiese yo seré tu coartada.

—No querrá propasarse conmigo, ¿verdad jefa? —Le devolvió el teléfono para pegar sus labios al vaso tras arriesgarse con esa frase.

—¿Yo? —Se llevó una mano al corazón haciéndose la sorprendida —. Alicia, tan solo quiero recuperar el tiempo perdido, ser tu amiga.

—¿Qué tiempo perdido? —interrogó sorprendida.

—El tuyo, cielo —respondió alzando la mano para solicitar otra jarra de cerveza al camarero—, no puedes relegar tu vida al trabajo.

—¿Por qué no?

—Porque hay más cosas en el mundo, mira —dijo señalando hacia la puerta del pub por la que entraba un grupo de chicos ataviados con ropa de un equipo ciclista—, hasta ellos saben disfrutar de un pequeño momento de relax cuando se puede, ¿cuánto me ha costado a mí traerte a tomar una cerveza? Meses.

—Me pagan por hacer mi trabajo, no por socializar. —Alicia comenzaba a cerrarse de nuevo ante las palabras de Emi—. De hecho, creo que por hoy ya lo he hecho bastante. —Se intentó levantar, pero un ligero mareo la obligó a sentarse de nuevo.

—Guauuu, creo que esta media jarra se tendrá que quedar aquí. Espérame. Voy al baño y te acompaño a tu habitación —sentenció Emi al ver el estado en el que se encontraba su compañera.

Alicia se sentía algo mareada, odiaba haberse dejado llevar por la charla y la ingesta de cerveza sin mesura. Tenía control sobre sus actos, pero le costaba más mantenerlo sobre su cuerpo. Odiaba encontrarse en esa situación sabiendo que, esa noche, aún tenía que pasar por la habitación de Sebastián para cumplir con su parte del trato. No tenía ni idea de cómo iba a escabullirse de Emi para acudir a hurtadillas hasta la habitación del manager sin que esta la viera.

Sus pensamientos se movían más que todo lo que la rodeaba cuando la conversación que mantenían los ciclistas que estaban apostados en la barra atrajo su atención.

—¿Esas? Esas se liaron con ellos sabiendo lo que hacían.

—No sabes lo que dices, Juan.

—¿Qué no lo sé? —contestó con seguridad el pelirrojo—. Yo también fui a Colombia con el Ammilie y también vine ennoviado, y también me dejaron al poco de llegar a España. Esas hablan unas con otras, seguro que son putas y tienen el negocio montado para venirse aquí a vivir mejor.

—Pero ¿cómo va a ser eso? Anda, Juan, bebe y calla.

—Yo solo digo que siempre pasa lo mismo. Y luego las ves que viven la vida padre. Te lo digo yo, que se hablan unas con otras y lo tienen todo bien montado.

Un engranaje hizo clic en la cabeza de Alicia cuando una idea pasó fugazmente a través de sus neuronas al escucharlos. Estaba intentando retenerla, atraparla, rescatarla de la nebulosa que había formado el alcohol en su cerebro, cuando la mano de Emi tocó con ligereza su hombro invitándola a acompañarla hasta el hotel.

Cuando se levantó de la silla, Emi se aferró a su cintura. Alicia se dejó llevar hacia el hotel sin evitar el contacto. Intentaba no tropezar a la vez que seguía pensando en que ahora ya no había duda, ninguna duda, de que estaba donde tenía que estar, no se había equivocado.

Capítulo 20

15 de febrero de 2022, habitación de Emi, Hotel de Úbeda.

Estaba acostumbrada a despertarse desubicada. Era la consecuencia de trabajar en algo que te obligaba a pasar cada noche en un hotel diferente. Esa mañana la sensación se acrecentaba por el terrible dolor de cabeza que se había instalado en su cerebro. Se llevó las manos a las sienes intentando mitigar el repiqueteo constante sin conseguirlo.

Se incorporó. La cama olía a su perfume. Instintivamente se palpó el cuerpo, tenía puesto un pijama que no recordaba haberse vestido. Comenzó a mirar alrededor, seguía sin reconocer aquella habitación. Cuando escuchó la voz femenina tras la puerta del baño comenzó a recordar la noche anterior a trazos y a tener una ligera idea de a quién pertenecía la cama en la que se había despertado.

—No, papá, solo digo que estamos desfasados, que hay que cambiar de estrategia, lo que hacemos es demasiado repetitivo, alguien puede darse cuenta. —Alicia se tumbó de nuevo tapándose con las mantas haciéndose la dormida—. Sí, ya te lo he dicho, estoy a muerte contigo, solo digo… —Silencio—. No, yo no… —Silencio—. No, papá, el equipo de ciclismo femenino es nuestra salida, confía en mí. —Alicia no salía de su asombro, si quería desbancarle ¿por qué le estaba contando sus planes?—. Sí, papá, ya estoy trabajando en los fichajes, Alicia, … —Silencio—. Sí, esa… Sí, es muy guapa, pero… Está bien, papá, ya hablaremos.

Alicia cerró los ojos en cuanto la conversación parecía haber acabado. Escuchó el agua correr durante unos instantes en el baño antes de que Emi volviese a la habitación y se sentase a su lado en la cama, acariciando su pelo.

—Juntas, pequeña Alicia, te lo prometo —dijo la rubia secándose una lágrima antes de depositar un beso en la frente de la masajista que abrió lentamente sus ojos—. Perdona, cielo, no quería despertarte.

—¿Qué hago aquí? —preguntó haciéndose la despistada.

—¿Café? He pedido que nos traigan el desayuno a la habitación, te sentará bien. —La rubia se levantó de la cama hacia la mesa dónde el servicio de habitaciones le había dejado el desayuno.

—¿Emi?

—No podía dejarte dormir sola en ese estado. —Le acercó una taza de café solo a la cama—. ¿Leche? —Alicia negó con la cabeza—. ¿Por qué me miras así?

—¿Hemos, hemos dormido juntas?

—Claro, ¿dónde querías que me acostase yo? ¿En el suelo? —

preguntó Emi sorprendida.

Alicia se tomó el café de un tragó posando la taza y el plato sobre la mesita de noche. Se levantó rápido buscando su ropa por la habitación. La encontró y se vistió delante de la rubia sin ningún pudor, rápido y en silencio antes de dirigirse a la puerta.

—Jefa, esto no es correcto, te has aprovechado de mi estado.

—¿Qué me he aprovechado? Pero, pero, espera. —La sujetó del brazo frenándola—. ¿Qué crees que ha pasado?

—Lo que me has dicho, que tú y yo…

—Hemos dormido juntas, Alicia, DOR-MI-DO. ¡Por Dios! —La masajista se volteó y pudo observar su cara de asombro que iba enrojeciéndose más a cada segundo—. ¿Tanto deseas que suceda que no haces más que sacar ese tema en cada ocasión que estamos juntas? —Alicia se sonrojó más aún.

—Yo, es que…

—¿Qué pasa? —preguntó Emi comenzando a asustarse—. Espero que no sea que alguien, alguna vez, se ha aprovechado de ti.

—No, no es eso —contestó la masajista frotándose la muñeca—. ¡Mierda! ¿me has quitado la pulsera? ¿Dónde está? Se revolvió comenzando a buscarla por toda la habitación.

—Tranquila, Alicia, tranquila, —la sujetó por los hombros—, estaba ahí, encima de tu ropa. —Se acercó a la silla donde había recogido las prendas de la masajista perfectamente dobladas agachándose para mirar debajo de la cama—. ¿Ves? Estaba aquí, toma.

—No vuelvas a desnudarme ni a tocar mis cosas —dijo arrancándole la pulsera de las manos para ponérsela.

—No debes avergonzarte de las marcas de tu piel —susurró Emi mirando al suelo.

—¡Tú que sabrás, maldita pija perfecta!

Alicia se giró sobre sí misma abriendo la puerta para alejarse de Emi, huyendo de todo lo que había sucedido desde la tarde anterior. Se llevó la mano al bolsillo, necesitaba su móvil para comentar la jugada con Raúl. Hablar con él le reportaba calma, hacía que se sintiese feliz. Tantas horas sin intercambiarse mensajes se le habían hecho eternas. A un metro de la puerta de la habitación, sin haber podido tan siquiera desbloquear el móvil se chocó de frente con el cuerpo de Braider, lo que la trajo de vuelta a la realidad para darse cuenta del barullo que se estaba formando al final del pasillo.

—¡Mierda Braider!

—Prima, que estabas haciendo tú en, con, … —balbuceaba señalando alternativamente a su prima y a Emi que había aparecido por la puerta con la intención de seguir a Alicia.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, tú, ¿qué hacías viniendo a esta habitación? —preguntó ofendida.

—Manda huevos, prima. Supongo que no os habéis enterado —las dos negaron agitando su cabeza—. Han encontrado muerto a Sebastián en su habitación.

Capítulo 21

16 de febrero de 2022, funeral de Sebastián

Dos días después de la carrera que acababan de disputar, se iniciaba La Vuelta a Andalucía Ruta del Sol en la que estaban inscritos en calidad de equipo invitado. Ese había sido el motivo principal por el que se habían mantenido alojados en el mismo hotel a la finalización de la Jaén Paraíso Interior. Lo que ninguno de ellos se podía esperar era que cambiasen su participación en aquella competición por un velatorio y un funeral improvisado antes de repatriar los restos de su mánager a Colombia.

Alicia había acudido al funeral por una mera cuestión de imagen. En la iglesia se había quedado atrás, apoyada en la pared del fondo del lugar de culto cuyas bancadas estaban atestadas de gente. Aparte de mantenerse al margen de lo que, para ella era un circo, el haberse retirado a esa posición le permitía observar a todos los asistentes, incluido al padre de Emi y jefe del equipo, que había viajado a Andalucía en cuanto le fue comunicada la noticia del fallecimiento.

Sebastián, aunque físicamente era el contrapunto del magnate, tenía una personalidad muy similar a la de este. Era rudo en las formas, miraba siempre por encima del hombro, trataba a todo el mundo como sirvientes, como si le debiesen respeto y obediencia al más puro estilo de los vasallos medievales. En parte por esta aura de superioridad, en parte por su forma de tratar a sus colaboradores, en parte por ser el preferido del magnate, no tenía ningún amigo en el Ammilie, aunque tampoco parecía ser lo que buscase. Por eso, Alicia estaba extrañada del número de personas que llenaban los bancos con un semblante de extrema tristeza en sus rostros.

A ella le daban igual el cuerpo presente de Sebastián, las palabras del cura, las falsas lágrimas de los asistentes y todo lo que rodeaba aquel acto religioso. Su atención se centraba en el padre de Emi, ubicado en el primer banco de la iglesia junto a ella sin nadie más a su lado. Aquel desafortunado suceso había sido una bendición para Alicia. Por un lado, no se había tenido que enfrentar al desagradable encuentro con Sebastián, por otro, su muerte había hecho que el magnate viajase al mismo lugar en el que ella se encontraba.

Alicia jugueteaba con los dedos de sus manos entrelazadas mientras elucubraba como podía llevar a cabo su plan, con su mirada clavada en el cogote del padre de Emi. Cualquiera podría pensar que su semblante serioñera por respeto al fallecido. Nadie podría imaginar que la culpa de la sobriedad de su gesto la tenían los pensamientos que rondaban en su cabeza acerca de ese hombre.

Cuando la congregación respondió al unísono «demos gracias al Señor», Alicia llevó las manos a su espalda esperando de pie a que todo el mundo saliese de la iglesia. Tras unos minutos, todos los asistentes al sepelio habían abandonado el lugar salvo Emi, su padre y el séquito de escoltas que siempre le seguían. La rubia no dejaba de mirar a la masajista mientras avanzaban por el pasillo principal hacia la salida. Alicia, con sus mandíbulas tensionadas y sus manos entrelazadas en su espalda no dejaba de mirar al magnate. Una mirada desafiante que no terminaba por cruzarse con la del padre de Emi hasta que, al fin, cuando la comitiva llegó a la altura de Alicia él giró su cabeza hacia su dirección. Sus ojos de puro fuego se cruzaron con la mirada de hielo de Alicia en un duelo que apenas duró unos segundos antes de que el magnate perdiese todo el interés en aquella mujer que tan poco significaba en su vida y tanto parecía significar para Emi, que sonrió a su paso dulcificando aquella tensa lucha de titanes.

Capítulo 22

17 de febrero de 2022, chalet de Deimer, Sevilla

A Emi le había parecido una gran idea invitar a Alicia a su casa a pesar de que Deimer, su padre, estaría allí por tiempo indefinido. La rubia la invitó, sin convencimiento, pensando que Alicia no aceptaría la invitación después de todos los desplantes que había recibido de su parte y de la última conversación que habían mantenido, que había derivado en discusión.

Tras dirigir a Alicia hasta la que sería su habitación y mostrarle cada recoveco del chalet dejó que esta descansase hasta la hora de la cena. Emi no conseguía mantenerse quieta mientras que esperaba a que llegase la hora de volver a estar acompañada por Alicia, por lo que había acudido al despacho preferido de su padre de los muchos que tenía en aquella mansión. Se sentó en la silla que solía ocupar Deimer tras la mesa que presidía la estancia. Se reclinó en el asiento dejando resbalar ligeramente su cuerpo manteniendo su mirada clavada en el techo.

Odiaba aquel despacho y todo lo que representaba. Esa pulcritud, la obsesión por el orden, los negocios de su padre que la habían mantenido alejada de él y de su madre, de la que tan poco tiempo pudo disfrutar antes de que muriese. Cuando era pequeña, su padre siempre le decía que los había abandonado, cosa que a la rubia nunca le extrañó, incluso ella se hubiese escapado de aquel ambiente si hubiese tenido las agallas suficientes y su economía y su conciencia se lo hubiesen permitido. Tardó años en conocer la verdad, que la habían asesinado. Emi quería sustituir a su padre, ser la que llevase las riendas del negocio, dirigirlo por otros derroteros, pero sabía que Deimer nunca daría su brazo a torcer ni le cedería el mando.

Se acomodó en la silla revolviendo los papeles que estaban encima de la mesa, abriendo los cajones y rebuscando en ellos sin encontrar nada que llamase su atención. El sonido del último cajón cerrándose se solapó con el de la puerta del despacho abriéndose. Aquel ruido sobresaltó a Emi que elevó ligeramente su trasero del asiento a la vez que posaba de golpe sus manos sobre la mesa. Al ver quién aparecía tras la puerta se levantó rápidamente de la silla para dejarla libre.

—Me alegra encontrarte aquí. Tenemos que hablar —comentó dirigiéndose hacia la silla en la que acababa de estar Emi.

—Tú dirás, papá —Deimer encajó su voluminoso cuerpo entre los reposabrazos del asiento.

—Serás la nueva directora del Ammilie —sentenció.

—Imposible, papá.

—No te lo estoy proponiendo, te lo estoy ordenando. —La seriedad de su rostro no invitaba a discusión.

—No voy a hacerlo. Sabes que estoy en mil proyectos que me obligan a viajar, no puedo estar atada a las carreras. —Emi se fue al otro lado de la mesa inclinándose hacia su padre con las manos apoyadas en ella.

—¿Cuánto tiempo llevas pidiéndome algo así?, y ahora, ¿lo rechazas? —Acercó su cara a la de su hija incorporándose con los brazos apoyados en la mesa, retándola.

—Esto no es lo que te pido. Quiero que confíes en mí, que cambiemos nuestros métodos obsoletos que van a llevar a que nos descubran. Quiero un equipo femenino de ciclismo y quiero a Alicia en él. —Mantuvo la mirada de su padre.

—Y yo te quiero de mánager del Ammilie. No confío en nadie más ahora mismo.

—¿Confías en mí? —Emi soltó una carcajada—, primera noticia, papá. Tú no confías ni en tu sombra. —Deimer gruñó sin apartar su mirada—. Está bien, te propongo algo, —se separó lentamente de la mesa dándole la espalda a su padre—, yo dirigiré el equipo en la sombra. Estaré cuanto pueda en las carreras. Pero a quién nombrarás públicamente para el puesto será a Alicia.

—¿Alicia de nuevo? —Emi se giró para observarle antes de asentir con un ligero movimiento de su cabeza—. No.

—¿Por qué papá? Ella es la mejor —suplicó la chica.

—Porque es la prima de ese maldito ciclista —refunfuñó.

—¿Qué pasa con Braider?

—Te he dicho que hay filtraciones, que no me fio de nadie, y menos aún de él. —Volvió a tomar asiento.

—¡Oh, vamos, papá! Puede ser cualquiera. Y aunque fuese él, ¿qué tiene que ver Alicia en todo esto?

—Eso mismo pienso yo, ¿qué tiene que ver ella en todo esto? —Deimer alzó una de sus cejas.

Alguien llamó a la puerta esperando unos segundos antes de abrirla y adentrarse en la estancia con un par de pasos.

—Señor, la cena está lista —dijo el sirviente dirigiéndose al magnate.

—Ahora mismo vamos. Puedes retirarte —contestó él agitando su mano en el aire.

—Perfecto, así podrás conocerla y saber porque la quiero en el equipo —comentó Emi dando palmadas.

—¿Conocerla?

—La he invitado a pasar un par de días aquí.

—¡Eres una inconsciente! —Lanzó su puño contra la mesa con rabia—. ¿Qué pretendes?

—Que la conozcas, papá. —Sentenció antes de iniciar su camino para abandonar el despacho.

—No quiero a ningún desconocido en mi casa. Si mañana sigue aquí no me hago responsable de nada —Emi se giró para mirarle.

—Entonces espera también que mañana yo tampoco siga aquí ni en tus negocios.

Tras aquella advertencia Emi se alejó de su padre con determinación escuchando como gritaba su nombre mezclado con amenazas mientras ella se alejaba.

Capítulo 23

17 de febrero de 2022, chalet de Deimer, Sevilla

Al acabar la cena Emi le había comunicado a Alicia que al día siguiente abandonarían la casa para acudir a la concentración del equipo. Tras el anuncio la masajista no lo había dudado ni por un segundo, no podía perder esa oportunidad de finalizar a sus planes. Esa había sido la única razón por la que había aceptado sin dudar la invitación de Emi a su casa.

Alicia se había deshecho de Emi con excusas peregrinas atrincherándose en su habitación hasta que el silencio de la noche confirmó que el día había llegado a su fin para los habitantes del chalet. Fue entonces cuando salió de sus aposentos descalza, ansiosa, dubitativa, para avanzar a través de la oscuridad de los pasillos desafiándola con la tenue luz de la linterna de su móvil. Caminaba con el temor instalado en cada uno de sus imprecisos pasos. Cada sonido que llegaba a sus oídos la paralizaba por el temor de haber sido descubierta.

No había elaborado ninguna explicación creíble para su paseo nocturno por aquel laberinto por si era descubierta, cosa que se hacía más probable con cada minuto que transcurría fuera de su habitación. Emi le había hecho un tour por toda la mansión. Le había mostrado sin tapujos lo que había detrás de cada puerta. Aún así era incapaz de ubicarse, de recordar la situación de cada estancia, de saber dónde se encontraba con exactitud la alcoba a la que pretendía llegar.

El móvil vibró en su mano. Se asustó dejando que resbalase entre ellas. Comenzó a manotear en el aire intentando evitar que cayese al suelo consiguiendo atraparlo en el último momento. Se quedó inmóvil en medio del pasillo esperando a que su corazón volviese a su cadencia de latidos habitual. Cuando su respiración se normalizó deslizó su pulgar por la pantalla para descubrir quien le escribía a esas horas.

Emi:
¿Estás dormida?

Alicia comenzó a mirar a su alrededor. Aquel WhatsApp, justo en ese momento, hacia que se sintiese observada. El móvil volvió a vibrar.

Emi:
No puedo dormir, ¿hablamos?

La chica sabía que tenía que contestar, el doble check azul la

delataba.

Alicia:
No creo que sea buena idea jefa. Mañana tenemos que madrugar.

Emi:
Si cambias de opinión ya sabes dónde está mi habitación.

Alicia no contestó. Inspiró fuerte y continuó avanzando por el pasillo apuntando con la luz de su móvil bloqueado al frente. Intuía que la puerta tras la que se escondía el ansiado premio se encontraba cerca, muy cerca. Caminó hasta que se encontró frente a ella, frente al regalo que, sin saberlo, Emi le había servido en bandeja. Giró el pomo deteniéndose momentáneamente cuando las bisagras protestaron. Maldijo para sus adentros y, cuando el silencio volvió a inundarlo todo, se adentró en la habitación. Caminaba de puntillas con la luz del móvil apagada. El frío del suelo se filtraba por sus pies descalzos aunque era atenuado por el fuego de la ira que la consumía con más fuerza cuanto más cerca se encontraba de la cama donde dormía el demonio que la atormentaba.

Se paró en uno de los laterales del lecho. Allí estaba, durmiendo plácidamente entre ronquidos que hacían temblar las paredes. Su pecho subía y bajaba acompasado. Alicia se preguntaba cómo podía yacer plácidamente dormido alguien que desataba infiernos en la vida de los demás.

Ella sentía bullir en su interior la furia que intentaba controlar a través de su inmovilidad. Bufaba cada vez con más fuerza, el único movimiento que se permitía realizar mientras se mantenía estática con los brazos colgando a sus costados y los puños cerrados con tanta fuerza que temblaban ligeramente. Unas lágrimas furtivas intentaban aplacar el fuego interior que la corroía. Sus puños se deshicieron para secarlas.

Aprovechando este gesto avanzó eliminando los escasos centímetros que la separaban de la cama. Se inclinó hacia la pacífica figura del magnate, tan poderoso, tan intocable y, en ese momento, tan indefenso. Alargó sus manos hacia su cuello, despacio, sin prisa, disfrutando de cada uno de esos segundos.

Estaba a punto de rozar su piel, a punto de acabar con esa indeseable vida, cuando sintió el roce de un brazo rodeando su cintura y una mano tapando su boca. El aroma que inundó sus fosas nasales acabó también con su consciencia sumiéndola en una nebulosa de irrealidad antes de que la nada absoluta lo invadiese todo.

La luz acarició sus ojos con delicadeza. Los abrió despacio estirándose para desentumecer sus músculos después de haber pasado la noche acostada en el sillón. Se giró. Allí seguía ella, en su cama, durmiendo como si el mundo no se estuviese desmoronando a sus pies.

Emi sonrió, se regaló unos minutos observándola antes de acercarse a despertarla. Tenían que marcharse de la mansión. Su padre se lo había ordenado y, aunque le gustaba enfrentarse a él, sabía de sobra que había límites que no debía sobrepasar. Si Emi obedecía esa orden quizás estuviese a tiempo de conseguir lo que le había pedido.

La rubia se aproximó a Alicia. Guardó un mechón de pelo tras su oreja antes de zarandearla con delicadeza. Alicia gruñó sin abrir sus ojos. Emi insistió volviendo a moverla.

—Alicia, cielo, despierta —susurró en su oído.

—Uhm. —Alicia tiró de las sábanas para cubrirse la cabeza con ellas—. Es muy pronto.

—No, cielo, no lo es. Tenemos que irnos. —Retiró las sábanas mientras se lo decía.

—¿Dónde estoy? —preguntó la chica al abrir sus ojos.

—En mi casa.

—No, quiero decir, … ¿En tu habitación? ¿De nuevo? —Se incorporó despertando de golpe—. ¿Cómo narices he llegado aquí? Tú, tú, … —Amenazó con su dedo índice a Emi.

—¿Yo? Solo me faltaba oír eso. Si estabas tirada en medio del pasillo, espatarrada, durmiendo.

—¿Y cómo llegué hasta allí? —Se sujetó la cabeza con las manos. Todo le daba vueltas cuando intentó incorporarse.

—Yo también me lo pregunto, Alicia, yo también me lo pregunto.

Capítulo 24

18 de febrero de 2022, camino de Sevilla a O Carballiño

Alicia estaba muy confundida con lo sucedido aquella noche. Había estado a punto de culminar su plan estrangulando al padre de Emi, no obstante, alguien lo había impedido llevándola a la inconsciencia para dejarla tirada en medio del pasillo de donde Emi la recogió. La masajista se preguntaba quién estaría interesado en evitar la muerte de aquel hombre y, sobre todo, por qué. Tampoco podía pasar por alto el hecho de que su «aventura» no había trascendido y que, quien la había narcotizado, no le había proferido ningún daño, alejándola del lugar donde iba a cometer su delito. Ninguno de los habitantes de la casa tendría interés en parar el asesinato y no delatarla.

Por más que lo intentaba no conseguía frenar la noria incansable de sus pensamientos y en nada ayudaba la situación en la que estaba inmersa, metida en aquel coche en el que el silencio era el tercer acompañante con Emi conduciendo y ella de copiloto. Dejaba vagar su mirada por los paisajes que pasaban veloces ante sus ojos al igual que sus razonamientos que no sabía acallar. Se notaba cansada. Tenía en su cabeza a un enano martilleando sus sienes, sus párpados pesaban. El móvil se deslizó entre sus manos golpeando el suelo arrancándole un sonido amortiguado.

Se desperezó con rapidez divisando por el rabillo del ojo como Emi la había mirado de soslayo manteniendo su gesto adusto y su ceño fruncido. Alicia sentía que no dejaba de ofender a su acompañante con su desconfianza y sus acusaciones fundadas que ella siempre desmantelaba con maestría. Giraba el teléfono en su mano, escondiéndose en él y en la ventanilla lateral, de los rayos de furia que escapaban de la mirada de la rubia. Una mirada que, hasta ese momento, siempre había destilado ternura cuando ella era la destinataria.

La chica se sentía incómoda en esa situación, con su acompañante enfadada, su mente en plan centrifugadora y con el móvil en la mano tentada de hablar con Raúl de todo lo sucedido, pero sabiendo que no podía hacerlo. No quería implicarlo en sus problemas y ponerlo en peligro. No soportaría ser la culpable de que le sucediese cualquier desgracia a alguien a quien quería. A pesar de ello no consiguió vencer esas ganas de contactar con su amigo. Necesitaba hablar con él de cualquier cosa, no necesariamente de lo sucedido. Sus conversaciones siempre lograban rebajar su ansiedad, se sentía feliz cuando intercambiaban WhatsApp. No había sido consciente de la

necesidad que tenía de un amigo hasta que Raúl había aparecido en escena.

Alicia:
No me llamas, no me escribes... Me tienes olvidada.

Opencar:
¿Puedo copiarte el mensaje? ¿Cómo estás?

Alicia:
Hecha un lío.

Opencar:
Perdona, no pensé que te afectase tanto lo de Sebastián.

Alicia:
Sebastián puede irse al infierno.

Opencar:
No llames al diablo que igual le da por venir.

Alicia:
¿Y si el diablo soy yo?

Opencar:
Ya sabía yo que querías algo de mí. Pues no te pienso vender mi alma. Como mucho conseguirás que te preste el corazón.

Alicia:
U

Opencar:
Aunque creo que ahora te vendrán mejor mis orejas.
Cuéntame, ¿qué te pasa?

Alicia:
Que bien cambias de tercio

Opencar:
¿Yo? Serás idioto.
Si la que está cambiando de conversación eres tú.
Venga, cuéntame. Me tienes sin mi ración de salseo.
¿Qué has hecho estos días?
¿Qué se sabe de la muerte del bicho?
¿Sigue Emi en plan acosadora?
Quiero saberlo todo.

Alicia sonrió. Sabía que aquel insulto tenía toda la intención de causar ese efecto en ella. No era la primera vez que Raúl usaba ese sencillo truco para hacerla sonreír. Releyó las preguntas antes de decidirse a contestar intentando no desvelar más de lo necesario. No

quería que supiese que ella no era la dulce e inocente niña que él creía, la muñeca rota a la que cuidó aquella noche en Asturias. No quería contarle que estuvo a punto de vender su cuerpo en Úbeda a cambio de no ser descubierta a la misma persona que amaneció muerta a la mañana siguiente, ni que estuvo a punto de convertirse en asesina, ni que había amanecido en la cama de Emi carente de recuerdos en dos ocasiones. Tenía que contarle sin contar para poder descargar el peso de su alma, para conseguir que no perdiese el interés por ella, porque, aunque no lo quisiese admitir, necesitaba a Raúl, a sus atenciones, sus cuidados y su cariño, en su tortuosa vida. Y sin embargo era consciente de que acabaría contándoselo todo.

Alicia:
¿Por dónde empiezo? La acosadora está a mi lado ahora mismo.

Alicia no pudo evitar mirarla al escribir ese mensaje.

Opencar:
🛢🛢🛢🛢

Alicia:
Está enfadada. ಥ_ಥ Es que la he acusado de propasarse conmigo.
Dos veces.
Vamos de camino a Galicia.
Y no me ha hablado en todo el trayecto.
Dos horas llevamos ya.
Y yo me meo.
Pero como para decirle nada.

Opencar:
Ja, ja, ja.
Eres mundial.
Al final si va a ser verdad que eres idioto.
Mira que hacer enfadar a la jefa.

Alicia:
Tenía mis razones para pensarlo.
Dos mañanas amanecí en su cama.

Opencar:
Alaaaaaaa.

Alicia:
Y no recuerdo nada.

Opencar:
Y en vez de acusar directamente,
¿no se te ocurrió preguntarle?

Alicia:
Encima, si eres tú el que me está calentando la cabeza con que este

huevo sal quiere. Serás...

Opencar:
Vaya mierda de diablo que estás hecha si no eres capaz de decir una palabrota. .

Alicia:
¿Vas o te mando?

Opencar:
Ja, ja, ja.
Anda deja de hablar conmigo y prueba suerte con tu acompañante que al final vas a empapar el asiento.
Hablamos luego idioto.

Parecía que Emi tenía telepatía porque al instante de recibir el mensaje de Raúl el coche se desvió para coger la salida de la autopista hacia un área de servicio. Aunque el motor se había parado Alicia no se atrevió a bajar del automóvil, como si tuviese miedo de que la rubia arrancase dejándola allí abandonada en cuanto posase un pie en el asfalto.

Emi la miró, impaciente, esperando a que se moviese. La masajista desabrochó con lentitud el cinturón de seguridad y, al mismo ritmo, abrió la puerta del Renault para posarse. La hija del magnate no pudo evitar sonreír ante los gestos timoratos, dubitativos, de su acompañante adivinando lo que podía estar pasando por su cabeza, así que, para evitar que Alicia siguiese temiendo ser abandonada a su suerte, la conductora salió con decisión.

Cuando ya estaban las dos fuera del vehículo un pitido anunció la recepción de un mensaje en el móvil de la rubia. Amplió su sonrisa antes de comenzar a caminar hacía la cafetería del área de servicio. Cuando vio que Alicia no la seguía se frenó girándose hacia ella.

—¿Te vas a quedar ahí, jefa? —La masajista la miró sin comprender el porqué de aquel calificativo—. No me mires así, me acaban de confirmar que eres la nueva manager del equipo.

Capítulo 25

20 de febrero de 2022, concentración en O Carballiño

El equipo se hospedaba en el hotel O Xardín ubicado a la orilla de la carretera nacional que atravesaba O Carballiño, en uno de los márgenes del río Arenteiro. A la otra orilla del río se encontraba el parque municipal por el que discurría el inicio de la senda fluvial que llegaba hasta la zona de los molinos. Ese fue el camino que tomó Alicia cuando finalizó la reunión en la que la Emi la presentó como la nueva directora del Ammilie, lo que significaba que sería la responsable de la preparación que estaban realizando previa a su próximo compromiso, y de los resultados en la siguiente carrera que afrontarían, O Gran Camiño.

Aquella carga extra de responsabilidad inesperada la abrumaba, se sentía oprimida, enclaustrada, encerrada entre las paredes de aquel hotel. Ese nuevo rol, además de sumirla en un trabajo que desconocía, la obligaba a reordenar toda su estrategia. Había valorado coger una de las bicis y salir a dar una vuelta, o ponerse a prepararlas para la jornada del día siguiente, pero ese ya no era su cometido dentro de la escuadra por mucho que hacerlo la ayudase despejar sus ideas. Así que finalmente optó por caminar, primero un mínimo tramo por la nacional para acabar cruzando el río a través de un pequeño puente antes de girar a la derecha y comenzar a caminar hacia los molinos.

No era muy tarde, pero las sombras de la noche amenazaban con acabar engullendo sus pasos en un breve espacio de tiempo y la helada ya comenzaba a sentirse en sus huesos. Aunque Emi había tratado de pararla en la entrada del hotel sujetándola por el brazo al verla marcharse cabizbaja, Alicia se zafó de su agarre con un giro un tanto brusco de su cuerpo y continió caminando mientras la rubia se quedaba paralizada en el umbral de la puerta, viendo como la masajista se alejaba de aquel lugar sin atreverse a seguirla. Los pasos de Alicia no se detenían por más que la noche comenzaba a aparecer y la oscuridad atrapaba cada rincón de aquella senda fluvial que transcurría por la ribera del río. Se frenó al llegar a una especie de monumento apartado de la orilla al que se accedía por a través de unos escalones de piedra resbaladizos. No se había cruzado con nadie a lo largo del recorrido aun así, necesitaba apartarse, hacerse invisible ante todo, incluso ante las sombras que empezaban a hacerse dueñas del ambiente lóbrego y misterioso que seguía sus pasos. Subió por aquellas escaleras con mucho cuidado escondiéndose en aquel rincón. Acuclillada, con su espalda apoyada en las piedras, comenzó a jugar con el móvil girándolo en sus manos.

Mantenerse en el equipo se volvía más complicado, era más fácil cometer errores en un puesto para el que no se había preparado y en el que nadie, salvo Emi, la quería. Se preguntaba porque aquella mujer había insistido en que ocupase aquel lugar en el Ammilie tras el fallecimiento de Sebastián. La hija del magnate, cada vez que hacía de las suyas, le complicaba la vida. Frenó el giro del teléfono. Se quedó por unos segundos con la vista clavada en la pantalla negra, sabía lo que necesitaba en ese momento, no quería depender tanto de él, no quería encariñarse con nadie, aunque era consciente de que, quizás, ya era demasiado tarde para cuidarse de eso. Mientras se debatía entre llamarle o no recordó la frase que Emi le había dicho en susurros antes de deshacerse de su agarré en la puerta del hotel: «Cuida de Braider, es nuestra mejor baza».

Era normal que Emi pensase en el arma principal que el Ammilie tenía para sumar victorias, pero sin saber porque esa frase la inquietaba, del mismo modo irracional que la inquietó la victoria de su primo la noche en que conoció a Raúl.

Suspiró y, cuando el aire salió totalmente de sus pulmones, pulsó el botón de llamada. Los tonos se sucedían acrecentando su impaciencia. Estaba a punto de colgar cuando escuchó de fondo la voz de su amigo.

—¿Qué pasa, idioto? ¿Ya me echas de menos?

—No hemos empezado a hablar y ya te estoy echando de más. —La carcajada de Raúl retumbó desde el otro lado de la línea—. Iba a escribirte, pero, hacía mucho que no escuchaba tu voz.

—Uy... la crisis de hoy es seria entonces. Dispara. —Aquel chico sabía mezclar la dosis perfecta de broma y empatía para que Alicia estuviese cómoda a su lado.

—Me han nombrado directora del Ammilie.

—¡Enhorabuena! —El silencio se instauró entre los dos—. O no —continúo Raúl ante la falta de respuesta de su interlocutora.

—A ver, sí y no.

—Explícate, libro cerrado —reclamó Opencar.

—Que está muy bien el puesto y eso, pero que no creo que esté preparada para ello. Que es una cabezonería de la niñata rubia. Que mi sitio, lo que sé hacer, es la mecánica y los masajes. Que la voy a cagar y me van a echar. ¿Será eso lo que quiere la pija?

—Alto ahí. Conoces a los ciclistas muy bien, sus virtudes y sus defectos. Estás harta de analizar las etapas para elegir el mejor equipamiento de la bici. Tienes los conocimientos necesarios para dirigirlos, no vas a cagarla, ¿ok?

—Será —contestó Alicia envolviendo la palabra en un suspiro.

—Es. Así que no te van a echar —aseveró el chico con total confianza—. ¿Por qué piensas que la rubia te quiere echar si fue ella la

que te dio este cargo de responsabilidad? A mí me parece que confía en ti.

—No lo sé, creo que me oculta cosas.

—¿Como que te quiere en su cama? —preguntó Raúl destilando picardía con su voz.

—¡Oh, vamos! Ni de coña —respondió con rapidez levantándose para comenzar a caminar.

—¿Es lo que crees o lo que quieres creer? —Silencio—. No hay más preguntas, señoría.

—Que no, que eso no es, si la vieras con mi primo no pensarías lo mismo.

—Poliamor, poliamor, poliamor —jaleó Raúl riéndose.

—Tú estás enfermo, Opencar, de verdad.

—Ni que fuese tan raro.

—No, si no fuese porque Braider es mi primo, solo de pensarlo, buag, ¡qué asco! —Alicia agitó sus hombros y cerró sus ojos al imaginárselo.

—¿Tú no sabes eso de «a la prima se le arrima»? —Raúl no dejaba de picarla y ella no dejaba de entrar al trapo a pesar de las risas de aquel chico.

—Ja, ja, ja, gracioso. Tengo mejores árboles a los que arrimarme. —Se arrepintió al instante de haber dicho eso.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién es el afortunado o afortunada? ¿Lo conozco?

—¿Alicia? —La llamada de Braider la liberó del enredo en el que se había metido.

—Tengo que dejarte, mi primo acaba de llegar a mi escondite —le dijo al teléfono susurrando, tapando su boca y el micrófono del móvil con su mano—. ¿Raúl?

—¿Sí? —preguntó él.

—Gracias —contestó antes de colgar.

Alicia encendió la luz del móvil antes de acercarse a los peldaños resbaladizos por los que hacía unos minutos había subido. Al llegar a la mitad de la escalera se topó de frente con su primo que la miraba con una sonrisa en su boca y la furia encerrada en sus ojos.

—Tú no estás bien, ¿qué haces aquí a estas horas y sin decirle a nadie a dónde vas? —Su prima se encogió de hombros avanzando por los escalones en dirección a la senda—. Es curioso que necesites venir hasta la Pena Dos Enamorados para hablar con Raúl.

—¿Qué dices? —Braider enfocó al cartel con la linterna de su móvil como única respuesta—. Que manía tenéis todos de querer emparejarme.

—¿Todos? Cuenta, ¿con quién te quieren emparejar? —inquirió divertido su primo.

—Raúl se ha empeñado en que Emi quiere algo conmigo, —el

ciclista se río sin disimulo—, pero yo pienso que vosotros dos estáis liados. —La risa cesó en ese mismo instante.

—Pero que tonterías dices, prima. —Braider echó a andar hacia el hotel sin esperarla.

—¿Tonterías? No sé, no sé. Hay muchos secretitos entre vosotros. —Alicia aceleró su paso ponerse a su altura trastabillando continuamente.

—¿Tú crees que estoy yo para amoríos después de que Daniela me dejase? —Se giró para confrontarla con gesto adusto a tiempo de ver como ella negaba con la cabeza—. Pues eso. —Braider continúo caminando.

—Perdona, pero es que lo de Daniela, no me digas que no es extraño. Se iba a casar contigo, Braider, y de repente, puf —Alicia gesticuló abriendo exageradamente en el aire sus manos—, desaparece, sin más, sin explicaciones, y su amiga y su prometido lo toman como lo más normal del mundo.

—¿Y qué quieres que haga? Tengo una carrera, tú misma me has dicho mil veces que no la estropee. —Se frenó girándose hacia la masajista.

—No lo sé, preocuparte por ella, quizás le ha pasado algo o...

—O nada, Alicia. —Braider giró el móvil para activar la pantalla entrando en Instagram—. Mira, ¿ves? Está pasándolo de puta madre —le decía mientras pasaba una foto tras otra que Daniela había colgado en las redes—. Así que no te preocupes tanto por ella y preocúpate más por el equipo. Nuestro éxito, mi carrera, ahora depende de que te dejes de tonterías y te centres en lo importante.

—Esto es importante —replicó sujetando el teléfono de su primo para observar con más detenimiento los carteles de las tiendas que se veían tras Daniela en la foto. Estaban en portugués—. Si la sigues en Instagram es que no te has olvidado de ella, ergo puede que sea lo está afectando a tu rendimiento. Mírate, estás muy delgado, los entrenamientos son excesivos, tus cifras...

—No, Alicia, no. Basta ya. Estoy haciendo todo lo que me dicen en el equipo. Me han dicho que baje de peso y lo he hecho, diseñan entrenamientos para mí y los sigo, todo para mejorar, —arrancó el móvil de las manos de su prima—, Daniela no tiene nada que ver con eso que me estás diciendo. —Su prima levantó las manos al aire en señal de rendición.

—Está bien, Braider, todo está bien, Daniela, tu rendimiento, todo. No pasa nada. —Alicia enredó su brazo en el de su primo y tiró de él para avanzar en dirección al hotel—. Vamos, creo que es hora de volver, Emi quería decirme algo cuando me marché. —Él se dejó llevar por la senda mientras los dos desafiaban la oscuridad con la exigua luz de sus móviles alumbrando el camino.

—Pues va a ser difícil que hables con ella, se ha tenido que marchar de viaje.

—¿Ahora? —preguntó sorprendida.

—Sí, justo después de que te fueses. Fue Emi quién me pidió que saliese a buscarte y me indicó la dirección por la que te vio marchar.

—Al final va a ser verdad lo del poliamor —susurró para sí misma sin apartar la vista de la senda.

—¿Qué dices?

—Nada, Braider, nada, que mucho se preocupa esta mujer por los dos.

Capítulo 26

23 de febrero de 2022, O Carballiño

Los días previos a su debut oficial como directora del equipo habían resultado caóticos, aunque había logrado salvarlos creando su pequeña rutina diaria: Desayuno con sus ciclistas, reunión con el equipo técnico, charla post entrenamiento con todos los componentes, análisis de datos, estudio del libro de ruta de la carrera cotejado con los valores arrojados por sus deportistas, paseo por el sendero que discurría a la vera del río Arenteiro y vuelta a la habitación para seguir peleándose con la estrategia.

A menos de veinticuatro horas del inicio de O Gran Camiño en la localidad de O Porriño, había decidido parar de garabatear el libro de ruta con diversas anotaciones para regalarse unos minutos de relax. El agua caliente de la ducha barrió los miedos que parecían haberse grabado a fuego en su piel. Apartó los fantasmas de su mente permitiéndose disfrutar de aquella efímera sensación de paz que rara vez se colaba en su vida.

La lluvia artificial que acariciaba su cuerpo le hacía recordar que nunca había añorado esas caricias que te abrazan el alma hasta entonces. Había disfrutado de aquellas que hacen hervir tu vientre y explotar las entrañas, pero nunca había buscado esas otras y, sin buscarlas, habían aparecido para desordenar la perfecta coreografía que había diseñado para su vida. Sonrió al recordar a la persona que había llegado a sus días enredando su estructurada existencia mientras enjabonaba su pelo. Bajó su cabeza para ofrecer sus cervicales al repiqueteo continuo de las gotas que relajaban esa zona de su cuerpo y volvió a pensar en aquella persona, deseando que fuesen sus manos y no el agua quien arrancase la tensión de su cuello, los gemidos de su boca, la soledad de su corazón y los gritos ahogados de su alma. Aquel deseo generó una idea apresurada que no iba a dejar pasar por alto. Se aclaró el jabón, enrolló una toalla en su pelo y otra alrededor de su cuerpo y salió de aquel baño directa a la mesita donde había depositado el móvil. Necesitaba enviarle un mensaje, que supiese cuanto deseaba sus besos. Quería que estuviese allí, con ella, tantos días de ausencia y, sin embargo, hasta aquel mundano momento no había sido capaz de desenmarañar sus sentimientos.

Alicia:
Me encantaría que durmieses a mi lado una noche más.

Las fuerzas que le había insuflado la ducha de agua caliente se

iban enfriando tan rápido como su piel. Mantuvo su vista fija en la pantalla durante varios minutos antes de decidirse a pulsar el botón de enviar. Una vez hecho, se llevó el móvil a sus labios rozándolo con la respiración entrecortada que salía de su boca entreabierta, anhelante de una respuesta que despejase sus temores. Tras medio minuto agitó su cabeza sonriendo, regañándose mentalmente por aquella actitud de quinceañera. Separó el móvil de su cálido aliento, arrepentida de su acción, rezando para que no fuese tarde para anular aquel mensaje. Seleccionó el WhatsApp y, cuando estaba a punto de señalar el símbolo del cubo de basura, observó que en la conversación había un doble check azul y una palabra que encendió todos sus anhelos: «escribiendo...». Lanzó el teléfono a la cama alejándose de él por pura vergüenza. Una vergüenza que creció al escuchar a la vez el sonido de un mensaje entrante y los golpes en la puerta de su habitación. Su corazón palpitaba acelerado. Intentó ralentizarlo avanzando lentamente hacia el umbral. Los golpes retumbaron de nuevo en su habitáculo.

—¿Alicia? ¿Estás ahí?

Aquella voz la paralizó a medio camino. Se tocó su muñeca sintiéndose desnuda. Rebuscó con la mirada por cada rincón hasta dar con la pulsera de cuero.

—Alicia, ábreme por favor —suplicó desde el otro lado.

—Estoy, estoy en la ducha, un momento.

—Vamos, no me voy a escandalizar por verte sin ropa a estas alturas.

Emi no había acabado la frase cuando Alicia abrió recibiéndola con las toallas tapando su pelo y la porción justa de su cuerpo mientras luchaba con nerviosismo por ajustarse la pulsera en su muñeca. La hija del magnate recorrió la habitación con su vista esperando encontrar algo o alguien que no debía ver.

—¿Qué me escondes? —preguntó Emi caminando lentamente alrededor de la habitación sin perder detalle, pasando sus dedos por cada superficie que quedaba a la altura de su mano.

—¿Por qué tendría que esconderte algo? —respondió Alicia a la defensiva sentándose frente a la mesa en la que había dejado abierto el libro de ruta, acariciando sin descanso su muñeca.

—No lo sé. Dímelo tú. —Emi se acercó quedándose de pie frente a ella adoptando deliberadamente aquella posición de superioridad.

—Emi, entre tú y yo solo hay una relación laboral, nada más. —Alicia se levantó para confrontar su mirada según le decía estás palabras, con tan mala suerte que la toalla se deslizó hasta sus pies.

—¿Nada más? Ajá, —la rubia se agachó a recoger del suelo aquel paño de algodón que hasta hacía unos instantes cubría el cuerpo de Alicia—. Ten. —Se la ofreció manteniendo su mano en el aire hacia

ella—. Tápate o acaba de vestirte antes de que cojas frío, porque la conversación «laboral» que quiero mantener contigo va a ser muy larga querida Alicia.

La masajista cogió la toalla entre sus manos lanzándola contra la cama con rabia. No soportaba recibir órdenes de nadie y menos aún de aquella snob. Gruñó y, sin amedrentarse por la sonrisa de medio lado de Emi, comenzó a vestirse delante de ella.

—Y bien, ¿de qué narices quieres hablar? Porque estoy de ti y de tus malditas conversaciones pendientes hasta las narices —comentó Alicia cuando acabó de ponerse la última de las prendas antes de volver a sentarse frente a la mesa y comenzar a tamborilear con un boli.

—No he dicho que esta sea una conversación pendiente, si no laboral. Recuerda que yo también soy directora del Ammilie, así que quiero contrastar contigo tus estrategias. Aunque veo que lo tienes todo milimétricamente pensado —dijo pasando sus dedos por las páginas abiertas del libro de ruta—. ¿Te la jugarás todo a una carta? ¿En Ézaro quizás? —Alicia agitó su cabeza en señal negativa—. Entonces, ¿cuál es tu idea?

—Atacaremos en la primera etapa. Es un recorrido rompepiernas con dos puertos de montaña de tercera categoría enlazados, cortitos, justo después de la meta volante de Nigrán. Ese será nuestro momento. Tras el sprint por la meta volante, cuando se calmen los ánimos, Braider atacará —Emi aplaudió fuerte marcando tiempo entre palmada y palmada.

—Gran idea. Una que ningún equipo habrá tenido. Basas toda la estrategia en el potencial de Braider. ¿Y si no está a la altura? ¿Si no es el ciclista del L`Angliru? ¿Y sino hay sprint si no una escapada desde el inicio?

—Mi primo estará a la altura.

—¿Y si no lo está? Verás, querida Alicia, tienes que tener siempre un plan B y no puedes atacar de mano con tu mejor carta, hay que tener un as en la manga. Siempre, recuérdalo, en cualquier escenario de tu vida, siempre, tienes que tener un plan B y un C, y así hasta la Z. Hay que tenerlo todo previsto.

—Ah, ¿sí? ¿Eso se te da muy bien? —Alicia no pudo evitar tocarse la muñeca.

—Soy hija de un gran empresario —respondió Emi dibujando con sus manos la figura oronda de su padre en el aire a la vez que decía la palabra gran. Ambas se rieron—. Eso está mejor —continúo diciendo a la vez que le acariciaba la mejilla apenas por un segundo—. Mira, no digo que sea la mejor estrategia, pero quizás lo primero sería estar atento a cualquier ataque. Si hay una escapada intentar meter a alguien, si es Braider mejor, que pelee por los puntos de la montaña.

Si no hay escapada intentaremos formarla tras el sprint de la meta volante como dijiste, y ahí, salvo que haya mucha diferencia de tiempo, no gastar más fuerzas, dejar la etapa a otro. Segunda etapa, —posó su índice encima del perfil de la etapa Bertamirans Ézaro—, esta tiene que ser nuestra. El final es explosivo. Un señor puerto. No llega a los dos kilómetros, pero con unas rampas… según giras la primera curva te quedas clavado. Solo la visión de aquel muro te deja sin fuerzas. Y todo precedido de un puerto de montaña en el que debemos destacar, no podemos perder ni un punto. Alguien en la escapada, no quiero a Braider en ella si se forma, salvo que sea cerca del primer premio de montaña. Acabado el puerto, a guardar fuerzas, si hay fuga, metemos a alguien, tendrá que hacerle de enlace para acercarle a pie de Ézaro. Y allí, en las primeras rampas ataque, ataque y ataque, hasta que nadie pueda seguirle.

—Para el carro. Si se deja todas sus fuerzas en estos dos primeros días, el tercero con un puerto de segunda y dos de primera categoría no vamos a llegar. Braider no está tan en su mejor momento. Va mejorando, pero aún le falta mucho para llegar a los niveles de la temporada pasada—replicó Alicia.

—Dos cosas, una: el papel lo aguanta todo, hay que teorizar, pero donde se ve la calidad de un director no es aquí, garabateando unas hojas, si no sabiendo adaptarse a las situaciones de carrera. Estás haciendo muy bien la primera parte. Estudiar cada detalle del trazado, los perfiles, los puertos, visitándolos como estos días has hecho. Los conoces, sabes qué punto es el ideal para cada uno de tus ciclistas. Dónde avituallar, dónde asistir, dónde deben comer, incluso dónde deben pararse a mear. Ahora te falta la segunda parte, estar en el coche de equipo adaptándote a las situaciones. Y eso, hasta mañana, no podrás controlarlo —Emi se había inclinado hacia Alicia para poner sus ojos a la altura de los de la masajista mientras le daba este discurso cogiendo sus manos.

—Y, ¿la segunda cosa? —preguntó la masajista tragando saliva, incómoda por la cercanía de la rubia.

—Que no has cuidado de Braider como te aconsejé. He visto sus cifras, los vatios que está moviendo, sus pulsaciones, la potencia que desarrolla y le falta chispa.

—¿Y qué quieres que haga, jefa? —preguntó mirándola fijamente.

—Que con él no delegues. Tú pones su bici a punto, nadie más la toca. Tú le das los masajes, controlas su bolsa de avituallamiento, sus botes de bebida, tú le das los geles, … Te quiero encima de él en todo momento.

—No puedo hacer eso —protestó Alicia.

—No sé si puedes o no, pero vas a hacerlo. Te hago responsable de su rendimiento a partir de hoy —sentenció Emi ante lo que Alicia se

deshizo de la sujeción de las manos de la rubia.

—Estás loca, nunca lo he controlado de esta manera y no voy a hacerlo ahora. No soy su madre. —Alicia se incorporó desafiando la orden de la rubia que la tomó por los hombros antes de continuar hablando calmadamente con la chica.

—No, no eres su madre, eres su jefa y tienes que velar por él, por su seguridad. Sin Braider podemos hacer cosas pero no ganar. Esa sería la excusa perfecta para quitarte de en medio. Yo he apostado por ti, por eso tienes que cuidar de nuestra mejor baza.

—Hablas de mi primo como si fuese una pieza de ajedrez.

—Todos lo somos Alicia y tú, mejor que nadie deberías entenderlo. —La masajista se giró llevando su mano a la muñeca—. Todos tenemos cicatrices en el alma y en la piel, pero no podemos escondernos tras ellas, ni tras nuestros miedos. —Emi la abrazó por la espalda.

—¿A qué viene ahora eso? ¿A qué cicatrices te refieres? —preguntó Alicia enfurruñada encarándose a la rubia que le respondió señalando hacia la muñeca de la masajista.

—A esa que intentas ocultar continuamente. Yo también tengo marcas en mi piel, cicatrices que nunca se cierran y quizás, algún día, si logras confiar en mí, compartiré contigo su historia.

Emi se alejó de ella caminando marcha atrás sin apartar su mirada de la de Alicia que la atravesaba, desafiante, en silencio, con sus puños cerrados a ambos costados de su cuerpo. Al llegar a la altura de la puerta se giró y, ya de espaldas, se despidió con una orden antes de abandonar la estancia:

—Te quiero mañana conmigo. No llegues tarde. Compartiremos el coche de equipo.

Alicia gruñó ante el imperativo de su jefa que la obligaba a pasar todo un día a su lado en un espacio tan reducido como el de un automóvil. Se sentó en la cama, derrotada, temiendo que la hija del magnate supiese más de lo que a simple vista podía parecer. Al posar sus nalgas en el colchón sintió algo duro bajo ellas. Era su móvil, el mismo que había sonado cuando Emi había aparecido en escena. Fue entonces cuando se acordó de que por un momento había pensado que esos golpes en la puerta eran la respuesta al WhatsApp que le había enviado a Raúl. Se levantó ligeramente para rescatar el teléfono del peso de su cuerpo. Abrió la aplicación para encontrarse con la respuesta a su mensaje.

Opencar:
Me encantaría idioto, pero solo si esta vez no me toca dormir en el suelo.

Capítulo 27

25 de febrero de 2022, camino de Ézaro a O Carballiño

Después de la primera etapa de O Gran Camiño Alicia se había temido lo peor en aquel final en alto en Ézaro. A pesar de que su primo había conseguido el maillot de la montaña en O Porriño tras cumplirse con éxito la estrategia fijada por Alicia, este se había desmoronado tras el sprint en el último puerto puntuable de la jornada dejándose caer a cola del pelotón para acabar al límite del fuera de control.

Esa forma de finalizar la etapa de Braider había instaurado en su prima un aura de preocupación, generándole serias dudas acerca de que el resto de días pudiesen cumplir con el plan previsto para el Ammilie. Y lo peor de todo para Alicia era que no contaba con Emi, que se había vuelto a marchar a uno de sus misteriosos viajes de negocios. Eso la privaba de la aportación de estrategias alternativas que cubriesen las posibles eventualidades que pudiesen surgir.

Alicia no se equivocaba en sus previsiones. Braider se había roto en la primera curva de la ascensión final. El muro al que se tuvo que enfrentar tras aquel giro se le atragantó desde el primer momento y, al llegar al tramo del 26% de desnivel, tal parecía que unas manos invisibles estuviesen saliendo del asfalto hacia sus ruedas para frenar su avance convirtiendo aquellos pocos kilómetros finales en un infierno interminable que hizo pensar a Alicia en varias ocasiones que su primo acabaría echando el pie a tierra.

En esos momentos, en el coche detrás de Braider, viendo in situ el esfuerzo titánico que estaba realizando para poder mantenerse en carrera, habría cambiado una y mil veces su cargo actual por su anterior trabajo en el equipo, en el que esperaba en meta sin tener que sufrir viéndolos retorcerse sobre la bicicleta, apretando los dientes, luchando contra el desnivel, para ganar pequeñas batallas contra el asfalto y acercarse centímetro a centímetro a la meta en la que finalizaría la agonía a la que se sometían los ciclistas.

Ahora era la directora del Ammilie y le tocaba sufrir con ellos, con Braider, y pensar en porque se había desmoronado de aquella manera. Tenía todo el viaje de vuelta hacia el hotel para reflexionar en ello. No entendía cómo tras la marcha de Daniela había vuelto a cifras de rendimiento similares a las del año anterior y días después había comenzado a perder fondo. Se había machacado en sesiones de entrenamiento fuera de lo normal, quizás eso le había generado un sobreesfuerzo que lo había dejado fuera de punto. De ser así la culpa no sería de él, si no de los que planificaban cada milímetro de su vida

dentro del Ammilie, de los que diseñaban su dieta, de los que marcaban los entrenamientos, de aquellos que preparaban sus bicis. Las palabras de Emi resurgieron nítidas en su cabeza como una revelación, ella debía controlar todo lo referente a su primo. Aquella rubia sabía algo que Alicia no llegaba a comprender, algo que hizo que le diese instrucciones claras respecto a Braider. Unas directrices que habían pasado a ser de vital importancia y obligado cumplimiento. Temía que, de no hacerlo así, no solo estuviese en peligro la carrera de Braider sino también su vida.

Capítulo 28

25 de febrero de 2022, Hotel O Xardín, O Carballiño

Opencar:
¿Qué tal estás?
Vi la etapa por la tele.
No salió según lo esperado.

Alicia:
No, más bien todo lo contrario.

Opencar:
Sabes que no es culpa tuya, ¿verdad?

Alicia:
Lo sé, ya he comenzado a ponerle remedio.

Opencar:
Miedo me das.
No la líes.
Braider tampoco tiene la culpa.

Alicia:
Lo sé.

Opencar:
Ni la rubia.

Alicia:
Eso no lo tengo tan claro.

Opencar:
No la líes que te conozco.

Alicia:
Tranquilo Raúl, solo voy a tomar las riendas de la situación. Para algo soy la directora, ¿no?

Opencar:
Bueno, ten cuidado.
Estuviste con un pie fuera una vez…

Alicia:
No te preocupes, ¿vale? Tengo mucho que hacer antes de irme del equipo.

Opencar:
Está bien, pero si me necesitas, sílbame, (*⁻ ³⁻*)♡.

Alicia se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón. Miró una última vez la bici de su primo y asintió mostrándose conforme con el

trabajo de puesta a punto que había realizado. Solo entonces se permitió pensar en ir hasta la habitación de Braider con una bolsa llena de complementos alimenticios que le obligaría a ingerir. No estaba dispuesta a que sus reservas de glucosa estuviesen bajo mínimos en la etapa del día siguiente.

Se limpió las manos en un trapo, guardó la bici junto a las otras y se encaminó hacia su destino. Con suerte llegaría a tiempo de darle el masaje a Braider. Iba a seguir los consejos de Emi, aunque aún no confiase en ella al cien por cien. Cuando pasó por el hall del hotel vio reunidos a muchos de los ciclistas del equipo. Que su primo no se encontrase entre ellos no le resultó extraño. Braider era todavía menos sociable que ella y ese día no era el mejor para desear hacer amigos. Alicia imaginaba que necesitaba una recuperación física y mental para poder afrontar la etapa que le esperaba al día siguiente. Una etapa muy exigente en la que tendría que enfrentarse a tres puertos que debería coronar en primer lugar si quería recuperar el maillot de la montaña. Conociendo lo combativo que siempre había sido, no dudaba de que Braider iba a dejarse la piel para lograr ese premio costase lo que costase.

Llegó hasta la puerta de la habitación de su primo. Tras ella se escuchaba el rumor de un par de voces. Braider estaba acompañado y el tono de la conversación se adivinaba tenso. Las opiniones de su primo y su acompañante parecían encontradas. Se mantuvo atenta durante unos segundos intentando descifrar alguna palabra, pero los sonidos llegaban demasiado atenuados desde el otro lado de la puerta. Eran como un rumor indescifrable, así que, ante la imposibilidad de descubrir de que estaban hablando, alzó su mano y la dejó caer sobre la puerta. Poco después Braider apareció ante ella ocupando todo su campo de visión, bloqueando la entrada.

—¿Tú también vienes a echarme la bronca? —preguntó hastiado.

—No, vengo a darte el masaje y a traerte esto —respondió alzando sus manos para mostrarle la bolsa—. Sé que algunas de estas cosas no son demasiado sanas pero necesitas cargar tus depósitos de energía.

—Tengo energía de sobra y ya me han dado el masaje. —Comenzó a entornar la puerta con intención de cerrarla.

—No, no la tienes. —Alicia interpuso su mano para impedir que se la cerrase en las narices—. Si no me haces caso como la familia que soy, me lo vas a hacer como tu jefa, así que o me dejas pasar de una vez o mañana no tomas la salida. —Braider se mantuvo inmóvil, dubitativo.

—Déjala pasar. —El sonido de aquella voz que tan bien conocía sorprendió a Alicia—. Yo ya me iba.

—¿Tú no estabas de viaje? —preguntó la chica sin saber cómo reaccionar al verla en la habitación con su primo.

—Sí, Portugal es hermoso. Es una lástima que me necesites por aquí y haya tenido que acortar mi estancia —respondió Emi pasando a su lado mirándola a los ojos con una sonrisa pícara en sus labios—. A ver si eres capaz de aflojarle esa cabeza tan dura que tiene y bajarle ese orgullo de machito que se gasta.

Emi pasó delante de ella sin despedirse de ninguno de los dos. Alicia se había quedado con la boca abierta, intentando digerir la presencia de aquella mujer que parecía el Guadiana, tan pronto aparecía como desaparecía ante sus ojos. Alicia no quería aceptar que los resultados paupérrimos del equipo bajo su mando fuesen la razón de su presencia.

—¿Vas a pasar o pretendes quedarte toda la noche en el pasillo? —preguntó Braider franqueándole la entrada.

—Toma —dijo Alicia tendiéndole el arsenal de azúcar e hidratos que portaba dentro de la bolsa a la vez que entraba a la habitación—. No me iré hasta que acabes con todo.

—¿Pretendes que me dé una indigestión? —Cogió lo que le ofrecía su prima lanzándolo encima de la cama.

—Pretendo que no te quedes vacío en la etapa de mañana. Tú no eres el de hoy, ni el de ayer. A ti te pasa algo, así que he decidido hacerle caso a Emi y voy a asumir el control de todo lo que tenga que ver contigo. Ya he estado revisando y preparando tu bici. Ahora me toca controlarte.

—Espera, espera, ¿qué has hecho con mi bici? —preguntó con un tono de preocupación en la voz.

—Ponerla a punto yo misma. No me fio de nadie ahora mismo.

—¿Y encontraste algo?

—Nada de lo que debas preocuparte. Está a punto para mañana —respondió Alicia dirigiéndose hacia la cama para coger una barrita energética que posteriormente le ofreció a su primo.

—¿Y de lo qué no deba preocuparme? —respondió Braider aceptándola después de bufar.

—De verdad, no te preocupes de nada. Céntrate en la etapa de mañana y ya está. Come —le ordenó al ver que su primo sostenía la barrita en su mano sin acercársela a la boca.

—Eres muy pesada, Alicia, ¿qué crees que puedes hacer tú que no hagan los nutricionistas? Estoy siguiendo sus órdenes, ellos saben lo que es mejor para mí. —A pesar de la respuesta mordió aquel «manjar» con ganas.

—No me fio de ellos, primo. Hay algo…—Alicia se mantuvo en silencio, se sentó en la cama apartando ligeramente la bolsa antes de continuar—. Hay cosas que no sabes, Braider. No he sido del todo sincera contigo.

—¿Cosas qué no sé? Venga, Alicia, creo que conozco bastante bien

el mundillo del ciclismo, al menos tanto como tú. —Se sentó a su lado cogiendo una chocolatina más de la bolsa comenzando a dar buena cuenta de ella.

—No tiene nada que ver con el mundo del ciclismo, o bueno sí, pero no en general, si no con el Ammilie. Yo, el otro día, escuché una cosa que…, no puedo dejar de pensar en ello.

—Por Dios, Alicia, trata de arrancarlo —sonrió poniendo una mano encima de las de la chica intentando infundirle ánimos.

—Verás, es que, hablaban unos antiguos compañeros tuyos del equipo. Habían pasado por lo mismo que vosotros. Habían ido a la concentración de Colombia. También volvieron con novias, y sus novias también desaparecieron al llegar aquí. Ellos pensaban que eran prostitutas que os habían escogido para poder venir a España.

—Eso no tiene ningún sentido prima. ¿Cómo se organizan? ¿Por qué el equipo lo permite si es tan recurrente y va en contra de nuestro rendimiento?

—Tiene sentido Braider. Tiene mucho sentido si sabes lo que yo sé. Creo que ha llegado el momento de contártelo todo.

Capítulo 29

25 de febrero de 2022, Hotel O Xardín, O Carballiño

Cerró la puerta tras de sí. Después de contarle su historia a su primo necesitaba estar a solas, respirar. No se sentía con fuerzas para enfrentarse a la mirada escrutadora de Braider en esos momentos. Sabía que había hecho lo correcto, lo necesario para que le hiciese caso y no se dejase llevar por las órdenes de los asistentes del Ammilie. Hacía tiempo que sentía que le debía esa conversación, que necesitaba contarle la verdadera razón por la que eligió ese camino que sin querer acabó arrastrándole a él también. Alicia había sido para su primo como un tsunami que llegó a su vida arrastrándolo con él sin que Braider pudiese hacer nada por evitarlo. Por eso creía que, al menos, merecía saber la verdad aunque nunca pensó que tendría el valor de contársela, de abrir su alma como lo había hecho esa noche.

No debía, pero sus pasos la llevaron a través del pasillo hasta la entrada del hotel. Atravesó las calles de O Carballiño hasta que acabó entrando en uno de los muchos bares de ese pueblo. En aquella estrecha calle que daba a la Fuente de las Flores había un pub pequeño, de dos plantas, con solera, en el que casi todo el mundo pedía licor café. Alicia se paró frente a la entrada antes de que una misteriosa fuerza la invitase a entrar. Esa situación le resultó similar a la vivida en Asturias tras la etapa que había ganado su primo. Sentía la misma angustia, la misma opresión en el pecho, las mismas ganas de vaciar su mente en alcohol que había sentido aquella noche.

Buscó un hueco en la barra en el que acomodarse. Pidió una cerveza sin dejar de mirar los vasos llenos de licor café que ocupaban las manos de muchos de los clientes de *A Bodega*, un bar que parecía gozar de gran popularidad en el pueblo a pesar de encontrarse ubicado en aquella calle escondida. No era consciente de cómo había podido llegar a él, aunque la respuesta era bastante evidente, siguiendo, como un autómata, los pasos de las personas que avanzaban delante de ella en aquella dirección.

Nada más acabar el primer botellín pidió otro. Llevaba el mismo ritmo que la noche en la que conoció a Raúl. Sentía que había pasado toda una vida desde aquello, pero continuaba en el mismo punto, sin apenas avances, sin saber escoger otra opción más que el alcohol para calmar su frustración. El sonido del móvil la abstrajo de sus pensamientos por un momento. Llevó su mano al bolsillo. La lectura del mensaje entrante iluminó su rostro.

Opencar:

Deja ya el alcohol.

Alicia:
¿Qué?

Opencar
Que cambies la botella de cerveza por un Trinaranjus, o un mosto, o un café, pero sin que sea licor, solo café.

Alicia:
¿Eres vidente?

—No, te escuché silbar y vine corriendo a tu lado —le susurró al oído desde su posición a la espalda de Alicia a la vez que apartaba la cerveza de su mano.

La chica se giró sobre sí misma y lo abrazó con todas sus fuerzas aferrándose a él como si fuese su tabla de salvación, sin comprender como era posible que Raúl estuviese allí.

—Está bien, está bien, idioto. —Depositó un beso en su frente antes de apartarla ligeramente para poder observarla mejor.

—¿Cómo es posible? Son muchas horas las que hay de Las Mazas hasta aquí, no te puede haber dado tiempo…

—¿Crees que no me olía lo que podía pasar en la etapa de hoy viendo lo que sucedió ayer? No quería dejarte sola. —Acarició con suavidad la mejilla de Alicia colocando un escurridizo mechón de pelo tras su oreja.

—Pero, pero, tú no tienes coche, ¿Cómo has venido?

—Chantajeé a mi hermano. —Señaló a un chico que estaba conversando con una joven en el otro extremo de la barra—. Aunque en cuanto ve la posibilidad de ligar se olvida del resto del mundo. —Sonrió—. Llegué al hotel justo a tiempo de ver que te marchabas, te seguí hasta aquí. Pensé que necesitarías un hombro en el que apoyarte y cómo Emi tampoco estaba…

—Llegó hoy. —Alicia no sabía porque había dicho eso.

—Bueno, así tendrás dos hombros en los que llorar.

—Ja, estás obsesionado con el poliamor. Ni lo sueñes —dijo sonriendo.

—No lo había pensado, pero ahora que lo dices… —Raúl elevó su mirada al techo acariciándose la barbilla, lo que le supuso recibir un ligero puñetazo en su pecho que hizo que los dos comenzasen a reírse sin control.

Cuando Alicia pudo cesar su ataque de risa volvió a abrazarlo, fuerte, posando su cabeza en el hueco del hombro de Raúl. Se perdió en la calma que aquel sencillo gesto le reportaba, en la fuerza que le transmitían los brazos que rodeaban su cuerpo, en el ritmo calmado de los latidos del corazón de Opencar, que había acudido a ella cuando más lo necesitaba, como si pudiese leerle el alma, para librarla

de sus fantasmas y alejarla de otra noche de alcohol y varios días de resaca.

—Vamos —ordenó Alicia rompiendo el abrazo, cogiéndole de la mano—. Has hecho un viaje muy largo. Estarás cansado. Además, ¿te había dicho que me encantaría dormir otra noche más contigo? —Tiró de él, arrastrándolo, con una sonrisa pícara en su rostro que Raúl no llegó a ver.

Caminaron de nuevo por las calles heladas de aquel lugar, sintiendo el frío de la noche en sus rostros mientras en el interior de sus cuerpos se avivaba el fuego del deseo. La distancia se hacía eterna, buscaban rincones en el camino en los que esconderse, deteniéndose a atenuar sus ganas devorándose a besos que no hacían más que acrecentar la pasión que los poseía y los apremiaba a llegar al hotel que, encontrándose cada vez más cerca, se les antojaba cada vez más lejano.

Traspasaron la entrada con sus dedos entrelazados. En el ascensor sus manos exploraron sus cuerpos sin traspasar la frontera de sus ropas. Entraron en el pasillo abrazados, perdiendo el pudor, devorándose a besos, susurrando anhelos, manoseando sus pieles con la complicidad de las paredes en las que apoyaban sus espaldas, mientras de sus gargantas brotaban gemidos lastimeros que demandaban nuevos terrenos que conquistar. Las luces se iban encendiendo ante el paso del torbellino de dos cuerpos entrelazados luchando por llegar a la puerta de la habitación, donde les esperaba Emi sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared, ojiplática por el espectáculo que ambos llevaban un rato desplegando ante su mirada.

—Creo que ya has elegido compañía para esta noche.

Tras estas palabras se levantó alejándose de ellos que, sobresaltados, habían separado sus cuerpos quedándose paralizados ante la puerta de la habitación con su mirada fija en el vaivén del cuerpo de la rubia adentrándose en su cuarto situado al fondo del pasillo.

Capítulo 30

26 de febrero de 2022, Lugo

—No, no, no, papá. No es necesario. Tenemos todo controlado… Ajá… Sí… Por supuesto, ni lo dudes. Alicia es una gran profesional. Esta etapa ha sido mejor… Que sí papá, que sí, pero yo creo… No, no, pero insisto en que… Está bien, está bien, tienes razón, llevas mucho tiempo en el negocio, lo sé… Lo que tú digas papá, se hará lo que tú digas.

Emi colgó estrujando el móvil en su mano. Era consciente de que nunca podría convencer a su padre, y el hecho de que la valorase tan poco la exasperaba sobremanera. Si no fuese por el pasado, por la culpabilidad que sentía Deimer, no le habría consentido a Emi ninguna de lo que a sus ojos eran excentricidades. A pesar de esa culpabilidad manifiesta Emi no era capaz de lograr que escuchase sus propuestas para el futuro del negocio familiar. Ella quería cambiarlo todo, pero su padre nunca consentiría aquel giro en sus vidas. Amaba demasiado el lujo como para perder la oportunidad de ganar las ingentes cantidades de dinero que acumulaba día tras día en sus arcas.

—¿Estás bien? —Braider posó una mano en su hombro. Ese simple gesto consiguió que dejase de sentirse abatida. Ella asintió. —¿Podemos seguir con nuestra conversación?

—Sí, pero no comprendo lo que pretendes conseguir. No podemos hacerlo.

—Tenemos que contárselo todo. No puedes seguir mintiéndole, no después de que se abriese a mí de ese modo.

—¿Quieres que la maten? ¿Es eso lo que quieres? —preguntó furiosa enfrentándolo.

—¡Vamos!, no seas tan dramática. Tú no la conoces, se lo digamos o no va a ponerse en peligro. No va a parar, lleva muchos años planeándolo.

—Va a parar. Ya me encargaré yo de que lo haga.

—Sois las dos igual de tozudas —comentó el ciclista cruzándose de brazos.

—Dijo el cántaro a la fuente.

—¿Y eso a qué viene ahora? —preguntó molesto.

—A qué no entiendo porque sigues al pie de la letra las instrucciones de esta maldita gente. Va a pasarte algo maldito cabezón. —Emi daba golpecitos en la frente de Braider según se lo decía—. Si no es por la tozudez de tu prima con la alimentación, hoy no habrías hecho la etapa que hiciste, has estado a punto de conseguir el maillot. No he visto en ti la debilidad de estos días.

—Sabes que no puedo levantar sospechas, tengo que seguirles el juego.

—Ya has levantado sospechas, ¿acaso crees que te debilitarían deliberadamente si no fuese así? Solo espero que tengas todo a buen recaudo.

—Tranquila, lo está.

—Estás muy seguro —comentó enarcando una ceja sin acabar de creerle.

—Si Alicia no lo encontró ayer nadie podrá localizarlo. —Emi asintió más tranquila al escucharle.

—Esto no es un juego, Braider —lo sujetó por los hombros—. Espero que lo tengas en cuenta. No le digas nada. Es mejor así.

—Creo que te estás equivocando. Merece saberlo todo, no puedes dejar que piense que tú…

—Me da igual lo que piense de mí, maldita sea. Lo importante es que no le pase nada, no podría soportarlo de nuevo. —Braider la abrazó.

—No fue tu culpa Emi, tienes que dejar de cargar con ese peso. —La aferró más fuerte entre sus brazos.

—Da igual Braider, no podemos destrozarle la vida, no ahora. —Se separó de él limpiándose las lágrimas con sus dedos temblorosos.

—¿Por qué no ahora?

—Porque ya no está sola.

—Nunca lo estuvo. Nosotros, su familia siempre estuvimos a su lado.

—Cierto, parte de su familia siempre estuvisteis a su lado, pero ahora, en realidad, no es que no esté sola, es que creo que, ahora, podría llegar a no sentirse sola, a no sentirse vacía, y no estoy dispuesta a que lo pierda, Braider. No puedo permitirlo, aunque eso signifique que me odie.

El muchacho comprendió lo que quería decir Emi. Dejó de insistir en contarle todo a su prima porque, aunque creía que era la decisión más justa, entendía a la rubia y sabía que había que tener mucho valor para anteponer a los demás ante los deseos de uno mismo.

Capítulo 31

1 de abril de 2022, antesala del GP Indurain

Una estúpida sonrisa acompañaba a Alicia desde que había amanecido aquella lejana mañana con su cuerpo desnudo enredándose con el de Raúl bajo las sábanas. Ni siquiera el hecho de haber encontrado a Emi en la puerta de su habitación esperándola, había podido apagar las llamas que bailaban en su interior. Nada podría haber estropeado aquel encuentro ni la sensación de placidez que llevaba corriendo por sus venas desde entonces.

Emi era consciente de ello, de la felicidad que parecía ser un estado constante en la vida de Alicia desde aquel entonces, de la paz que la envolvía, de la alegría con la que afrontaba cada segundo de su vida. Era consciente porque seguía observándola en la distancia desde aquel día intentando no perturbarla. Pero ya no podía esperar más, no podía permitir que ese estúpido estado de enamoramiento de la masajista hiciese que no se fijase en lo único que le había pedido con insistencia desde que la nombraron directora del Ammilie, cuidar de Braider, algo que no estaba haciendo. Aquel muchacho estaba cada vez más delgado, más exprimido, con el mismo aspecto de los corredores que finalizan una de las tres grandes. Ese aspecto que lucen los que, tras tres semanas de carrera dejándose la piel en la carretera, acaban gastando cada gramo de sus fuerzas entre las rugosidades del asfalto: cuencas oculares hundidas, pómulos marcados, las venas de las piernas en relieve a través de la piel y el deseo de aparcar la bicicleta grabado a fuego en sus exiguos cuerpos.

Emi le había pedido a Braider que no siguiese al pie de la letra las instrucciones del Ammilie, que solo le hiciese caso a su prima, y a esta que lo cuidase, que se encargase personalmente de todo lo que tuviese que ver con él y, cuando parecía que Alicia empezaba a tomarse en serio esa orden, llegó Raúl, arrollándolo todo a su paso, y la muchacha perdió el norte por amor.

No podía culparla. Sabía lo mucho que había sufrido en su corta vida, aun así, Emi la necesitaba a pleno rendimiento, en las mismas condiciones en las que había llegado al equipo, con la misma decisión, con las mismas ganas, con la misma furia y la misma necesidad de cuidar a Braider por encima de todas las cosas. La necesitaba con esa desesperación que la arrastraba a vencer cualquier imprevisto para conseguir sus metas.

Había estado dilatando el momento de intervenir, de tener que comportarse como la jefa que siempre le había dicho a Alicia que no era. Pero había llegado la hora de tomar cartas en el asunto, Emi

tendría que enfrentarse a la masajista para que abriese los ojos y no desatendiese sus obligaciones con el Ammilie y, ante todo, con su primo. Así que, tras observarla durante varios minutos desde la distancia, Emi se armó de valor para acudir hasta donde se encontraba Alicia limpiando y engrasando la bici de Braider.

Según se iba acercando la escuchó canturrear. Nunca la había visto así, feliz. Desde que la conocía un aura de tristeza la ensombrecía, opacaba sus sentimientos, como una barrera que tan solo le permitiese sentirse desdichada, cargando en todo momento con una culpabilidad que la lastraba y no le correspondía sentir. Por eso, porque sabía que desde que Alicia había dejado entrar a Raúl en su vida aquella oscuridad había desaparecido, precisamente por esa razón, los pasos de Emi se habían vuelto lentos, dubitativos, temiendo traer de nuevo la tristeza a sus días al recordarle sus obligaciones. Pero había demasiadas vidas en juego y, por mucho que le doliese sumirla de nuevo en la oscuridad, estas pesaban más en su balanza que la felicidad de aquella muchacha.

—Alicia… —la llamó suavemente cuando estaba frente a ella sin que recibiese respuesta por parte de la chica—. ¡Alicia! —insistió un poco más fuerte colocando su mano sobre la de la masajista que reposaba en el sillín.

—Uy, perdona —respondió alzando su rostro engalanado con una gran sonrisa a la vez que con la mano libre se retiraba los auriculares —. No te vi llegar.

—Tenemos que hablar —comentó Emi con gesto adusto.

—Deberías ampliar tu catálogo de frases para iniciar una conversación. —La rubia no cambio su rictus de seriedad ante el amago de broma—. Está bien, jefa. Acabo con esto y nos tomamos un café.

—Ahora —ordenó Emi arrastrándola de la mano que sujetaba la bici haciendo que esta cayese al suelo.

—Espera, Emi, espera… —repetía Alicia mientras luchaba con el arrastre que ejercía la rubia para poder ir a recoger la flaca del suelo.

—Deja la bici tranquila. —Siguió arrastrándola hasta que las dos estuvieron dentro del autobús del equipo—. ¡Fuera de aquí! —ordenó Emi con un grito a todos los que en ese momento estaban dentro.

—¿Qué narices te pasa, Emi? —preguntó Alicia preocupada, mientras observaba como la rubia examinaba cada hueco del vehículo hasta comprobar que tan solo quedaban ellas dos.

—A ver, te pedí una cosa, solo una cosa, que te encargases de Braider en exclusiva, ¿sí o no? —La masajista asintió con un gesto sin comprender que estaba pasando— ¿Por qué no lo has hecho? —preguntó susurrando.

—Oye, que si lo he hecho, ¿con qué bici crees que estaba cuando

me arrastraste hasta aquí?

—¿La bici? Eso es lo único que te preocupa de tu primo, ¿verdad? No sabía que el sexo cegase el raciocinio de esta manera. Bueno, y la vista, ¿es qué no ves cómo está Braider?

—¿Perdona?

—¿No te has fijado en el cuerpo de tu primo? Ni un gramo de grasa, excesivamente delgado, y su rendimiento ha bajado, ¿por qué? —Alicia se encogió de hombros ante lo que Emi bufó con sus mejillas enrojecidas por la ira—. Porque no te estás ocupando de él como te pedí. ¿Sabes que come? ¿Qué va en su avituallamiento? ¿Qué llevan sus bidones? Maldita sea, ¿sabes lo que le exigen en los entrenamientos? —Alicia la miraba sin comprender ante lo que Emi se dirigió a las neveras del autobús rebuscando hasta que encontró lo que buscaba—. Toma, bebe —ordenó.

—Esto es agua.

—Mira el nombre del bidón.

—Es de Braider —comentó Alicia sin comprender girando el objeto sobre sí mismo como si eso pudiese ayudarle a dar con una respuesta.

—Deja de darle vueltas, eso no va a cambiar nada. Solo tú puedes hacer que cambien las cosas, que no jueguen con la salud de tu primo.

—Tiene que ser un error. —Alicia se levantó hacia las neveras buscando los bidones de Braider, probándolos uno a uno para lanzarlos al suelo acto seguido.

—Son todos iguales, Alicia —explicó con los brazos cruzados frente a ella mientras dejaba que se convenciese de lo que le intentaba decir.

—¿Pero por qué? No hay ningún motivo para que… —Alicia se giró hacia Emi con un bidón en la mano congelando su gesto antes de continuar—. No, no, no, esto no puede ser por…

—¿Por qué Alicia? ¿Por qué no puede ser? —La masajista lanzó el bidón al suelo con rabia dirigiéndose al lugar dónde estaban los geles y las barritas energéticas.

—Para —ordenó Emi sujetándola por los brazos—. Esto es lo que quería que comprendieses. No importa la razón por la que lo están haciendo, solo que está sucediendo. Te dije que Braider era nuestra mejor baza, que había que cuidarlo, te pedí que te dedicases a él en cuerpo y alma, ahora te lo ordeno, es tu responsabilidad.

—Siempre lo ha sido, Emi, aunque ahora mismo no lo creas —comentó bajando su mirada, rendida ante la evidencia, con la tristeza instalada de nuevo en sus ojos.

—Lo sé, lo sé, cielo, por eso… —Emi puso un dedo en su mentón consiguiendo que Alicia alzase el rostro para mirarla—, por eso sé que esto no va a volver a ocurrir. Yo no te voy a pedir que te olvides de Raúl, no soy como ellos, quiero que seas feliz, me importas mucho, pero también Braider, él también es mi responsabilidad. Yo no puedo

interponerme en las órdenes del equipo, tú sí, y necesito, quiero que lo hagas, Alicia, ¿Sí?

La masajista asintió. Emi la abrazó y, cuando el gesto fue correspondido por la chica, la rubia inspiró con fuerza, llenando sus pulmones de aire y su alma de calma a pesar de que había traído de regreso a la persona taciturna de antaño. Era consciente de que Alicia se permitiría una fuerte amistad con Raúl pero sin dejar que este traspasase de nuevo las férreas barreras impuestas a su corazón.

Capítulo 32

2 de abril de 2022, GP Indurain

—No vas a participar, me da igual como te pongas, no estás en condiciones de correr. —Se giró con la intención de dejar a Braider sin oportunidad de replicar su decisión.

—Ni lo sueñes prima, voy a tomar la salida. —Él sujetó a Alicia frenando su avance para que lo escuchase—. Estoy aquí para algo y voy a seguir con mi propósito.

—No tengo bici para ti —respondió con decisión de espaldas a él.

—Invéntate una excusa mejor.

—No estás en condiciones de correr, ya te lo he dicho, mírate. —Se giró para ponerse frente a él subiendo y bajando su brazo en el aire señalando el cuerpo de Braider—. Te estás exigiendo tanto que apenas te quedan fuerzas para las carreras. Así no me sirves. Quiero que cuando acabe el GP Indurain te vayas a casa, a Ledesma, y descanses una semana. Después hablaremos. —Alicia comenzó a caminar por el hall del hotel hacía el autobús.

Sin saber que hacer, visiblemente nervioso ante la decisión de su prima, Braider buscó con la mirada a Emi por toda la estancia. La encontró sentada en uno de los butacones cercanos atenta a todo lo que sucedía entre ellos, escuchando cada palabra de aquella escueta conversación. Braider la miró alzando sus brazos en el aire implorando una respuesta. Un asentimiento con la cabeza de la rubia fue todo lo que obtuvo. Fue suficiente para que el ciclista reaccionase comenzando a caminar a prisa en dirección a Alicia a la que paralizó con su voz.

—¡Prima! Está bien, me voy cuando acabe la carrera, pero con dos condiciones.

—No creo que estés en situación de pedir nada… —Braider elevó su mano en el aire haciendo que se callase.

—Una: voy a ir con vosotras en el coche hoy. —Alicia asintió aceptando la primera petición—. Dos: me llevo mi bici a Ledesma.

—¿Eso es lo que significa para ti descansar?

—Si no viene conmigo yo no me marcho —sentenció esperando una respuesta.

—No, Braider, no creo que esa sea una buena idea.

—Mira, no puedo dejarlo de golpe, si estoy una semana sin entrenar lo pierdo todo.

—¿Qué pierdes? ¿Pero es qué no te has visto? Necesitas recuperarte Braider, estás así por el exceso de entrenamiento.

—Alicia, por favor, te prometo que serán rutas cortas, en días

alternos, ¿Sí? Por fa, por fa, por fa.

—Puf, está bien. —Alzó las manos en señal de rendición, nunca había podido resistirse cuando su primo le ponía esos ojitos de Gato con Botas.

Braider la cogió en brazos alzándola del suelo y comenzando a girar sobre sí mismo con ella en el aire. Alicia estaba sorprendida por el arrebato de su primo y la alegría desmesurada que mostraba por lograr algo tan nimio después de haberle expulsado de la carrera, algo que, a cualquier ciclista le hubiese enojado más de lo que él había demostrado.

Mientras giraba, Alicia observó a Emi de forma intermitente. La vio sentada en una butaca del hall mirando hacia ellos hasta que, unos segundos después, recogió el periódico que, a pesar de estar abierto en su regazo no estaba leyendo, y se incorporó alejándose en dirección a la salida, el mismo camino que Alicia había intentado recorrer y que Braider no le había dejado hacer hasta que no cedió ante sus exigencias.

Demasiadas dudas, demasiadas preguntas dando vueltas en su cabeza como ella lo estaba haciendo sobre aquel parqué a la espera de que su primo decidiese parar. No sería tan sencillo frenar sus pensamientos que discurrían a un ritmo frenético, advirtiéndole de que algo raro estaba sucediendo a su alrededor sin que ella fuese capaz de discernir con claridad que era, en realidad, lo que la estaba alarmando.

Capítulo 33

29 de abril de 2022, Vuelta a Asturias

Mientras solicitaba permiso al juez de carrera para superar con su coche al pelotón para poder dar asistencia a los escapados, Alicia no dejaba de pensar en lo bien que le había sentado la semana de vacaciones impuesta a Braider. Era complicado encontrar un lugar en el que rebasar a los ciclistas con seguridad en aquel sinuoso terreno rompepiernas de una etapa en la que parecía que los puertos se encadenaban uno tras otro, por lo que no podía permitirse perderse demasiado en divagaciones, aunque la sorpresa por el rendimiento de su primo en aquella carrera en la que se volvía a incorporar a la competición, no hacía más que atraer demonios a su cabeza.

Aquella recuperación milagrosa en tan poco tiempo podía deberse a múltiples factores, pero solo uno acababa por convencerla a tenor de todo lo sucedido desde que Braider volvió de Colombia. Una única razón ligada a la insistencia de Emi porque fuese ella la que se dedicase en exclusiva al cuidado de su primo. Aquella mejora en el rendimiento tan solo podía deberse a haberlo alejado de los técnicos del Ammilie, aquellos que tenían que velar por sus corredores y que, sin embargo, parecía que estaban malogrando con sus malas decisiones la carrera de Braider, algo que ella no llegaba a entender.

Llegados a Sotrondio, una vez pasado el punto de avituallamiento, el juez autorizó al coche del Ammilie a avanzar y ponerse a cola de la escapada. Con eso estarían cerca de Braider y de sus dos compañeros de equipo, que se habían colado en cabeza de carrera a la altura del primer puerto puntuable de la jornada en el Alto de la Gargantada a pesar de que la escapada venía formada casi desde el inicio de la etapa, en las suaves rampas del Alto de la Miranda.

En ese momento Alicia dejó de divagar para centrarse completamente en la conducción. Adelantó a los ciclistas poco antes de cruzar un paso a nivel que se cerró al poco de que Alicia lo rebasase y que obligó al pelotón a detenerse hasta que la barrera volvió a levantarse. Los minutos que este infortunado incidente mantuvo parado al pelotón obligaron a a neutralizar la etapa, lo que le sirvió a la masajista para llegar hasta los componentes de su equipo con tranquilidad, parándose detrás del coche de carrera en el que viajaban el juez y la directora de La Vuelta a Asturias, y de varios coches de invitados.

Pudo ver a sus corredores a lo lejos aprovechando para alimentarse con tranquilidad y vaciar sus vejigas. Giró la cabeza para comprobar que la neverita con los bidones de Braider se mantenía a los pies de

Emi, que ocupaba el asiento del copiloto. Alicia suspiró, tamborileando con sus dedos contra el volante. Estaba inquieta por el desarrollo de la etapa, por verse con la posibilidad de que Braider se colgase un nuevo triunfo y, a la vez, nerviosa por ser la responsable de su seguridad. Aquella parada no había servido para atenuar sus nervios. Emi, consciente de las emociones que asediaban a su compañera, tomó su mano entre la suya evitando que siguiese con el repiqueteo, ayudándola a que se centrase en la carrera. Sus miradas se cruzaron, inmóviles por un segundo, ancladas la una en la otra. Emi soltó la mano de Alicia tomando el walkie de la radio del Ammilie para tendérsela a su acompañante en el mismo instante en que Radio Vuelta anunciaba que se iniciaba de nuevo la marcha.

Sin tiempo para nada arrancó el motor dejando a Emi con el aparato en su mano. La rubia no dudó en transmitir a sus corredores su posición, dejando que Alicia se concentrase en las siguientes subidas y en las instrucciones que quería dar al equipo. Braider marchaba agazapado a cola de los escapados sin gastar más fuerzas de las necesarias. Mientras tanto, sus compañeros daban relevos al resto con la intención de desgastar a sus rivales. Nadie recriminaba a Braider su actitud poco colaboradora. Parecía que todos pensaban que en cualquier momento se desmoronaría como si aún retuviesen en sus retinas la imagen de su primo en las últimas carreras, viniéndose abajo, golpeado por el tío del mazo, sin fuerzas para rematar la jugada. Alicia sabía que ese día no iba a ser así, había podido vislumbrar de lejos el gesto que vestía la cara de su primo mientras estaban parados. Estaba tranquilo, concentrado, había tomado un gel y se había hidratado, había seguido rodando en círculos con lentitud para que sus piernas no se enfriasen y el corazón recuperase de forma natural las pulsaciones sin llegar a niveles que le impidiesen retomar con fuerza la carrera.

Lo que no se imaginaban era que el juez determinaría una nueva neutralización justo antes de comenzar el puerto de La Colladona. Aquello era un jarro de agua fría para sus aspiraciones. El parón anterior los había cogido en una zona llana, un buen terreno para volver a comenzar a rodar. En esa ocasión se encontraban prácticamente al inicio del puerto, lo que supondría un sobreesfuerzo que no tendrían que asumir sus perseguidores. Braider bajó hasta el coche visiblemente contrariado, sabía que ese nuevo cambio de ritmo podría hacer mella en sus aspiraciones de ganar la etapa.

—¿Qué está pasando? —preguntó el chico algo enfadado.

—Parece ser que no tomaron bien el tiempo perdido por el pelotón en el paso a nivel —contestó Emi que estaba atenta a lo que contaban en Radio Vuelta.

—Joder, pues podían haberlo visto en Blimea.

—¿Tienes agua? ¿Necesitas algo? ¿geles, comida…, algo? —indagó preocupada Alicia—. Acércame un bidón, Emi.

—¿Cómo vamos?

—Vas bien, vas muy bien. Sigue así, resguárdate atrás, que Lucas y Jaime hagan el trabajo. Que endurezcan la carrera mientras aguantes. Hay que sacar tiempo y desgastar a los rivales. Si todo sigue así, en Carabanzo atacas y en el descenso a tumba abierta, ¿me oyes? A tumba abierta. Sin miedo, que es una bajada buena para ti. —Braider asintió con la bici entre sus piernas, una mano apoyada en la ventanilla y con la otra llevándose el bidón a su boca—. Vamos, primo, este si eres tú.

Braider las dejó justo antes de que por Radio Vuelta comunicasen que se reanudaba la marcha.

—Bueno, Emi, espero que no haya más paradas.

—Sí, eso trastocaría todos los planes.

—Sí, por eso también, pero yo estaba pensando más bien en que, como esto se alargue mucho más de lo esperado, mi vejiga va a reventar —comentó Alicia.

La rubia sonrió observando por el rabillo del ojo como Alicia se reía también de su propia gracia a la vez que arrancaba el motor intentando aprovechar ese momento para adelantar a algún coche de invitados que se había colado tras la escapada. Necesitaban estar lo más cerca posible de sus ciclistas. Solo eso podría darle la tranquilidad que necesitaba y que ni siquiera la presencia de Emi podía aportarle.

La velocidad escasa del coche en la subida contrastaba con la inercia endiablada con la que tenían que afrontar las bajadas de los puertos. Los ciclistas rodaban en esos descensos como auténticos kamikazes, tumbando las bicis y sus cuerpos en busca de la mejor trazada que les hiciese ganar unos segundos. Braider estuvo a punto de perder la estabilidad en un par de ocasiones al frenar fuera de tiempo y ver como la rueda de atrás patinaba ligeramente. Una en la bajada de La Colladona, otra en el descenso del puerto de Fresneo que precedía a aquel en el que Alicia había ordenado el ataque. Por suerte, pudo controlar su bici a tiempo y enlazar de nuevo con los escapados en ambas ocasiones sin que ello le supusiese el desgaste de los vatios que había ido guardando a cola de la cabeza de carrera durante toda la etapa.

Cuando iniciaron la subida a Carabanzo los nervios volvieron a instalarse en Alicia, la distancia con el pelotón era suficiente para poder ganar la etapa, solo faltaba reducir el número de aspirantes a la victoria y ella conocía el punto exacto donde eso podía suceder. Antes de llegar a él, Emi cogió la emisora lanzando una orden.

—¡Ahora!

Tras esa instrucción Braider demarró dejando clavados a sus

compañeros de escapada que vieron como la estela de su maillot pasaba delante de sus narices alejándose de ellos, ganando una distancia que fueron incapaces de reducir a pesar de los intentos de varios perseguidores.

Braider se puso de pie en la bici. Aquellos desniveles no eran rivales para los músculos de sus piernas. Tenía energía más que de sobra para afrontar sin problemas el duro ataque que había iniciado. Pedaleó en esa posición más de trescientos metros. Con un ataque tan largo corría el peligro de quedarse vacío, pero en esa ocasión, Braider sabía que no iba a suceder.

Durante aquella semana se había ocupado de mantener todas las precauciones que Alicia y Emi le habían ordenado tomar, su alimentación, sus horas de descanso, sus momentos de relax y de entrenamiento, y había vuelto a su estado de forma habitual, aquel que le permitía romper a los rivales con ataques imposibles.

Sin apenas darse cuenta, se había plantado en el puerto dispuesto a iniciar el descenso. No había conseguido mucha distancia respecto a sus rivales, pero era suficiente para que, si jugaba bien sus cartas, pudiese lograr una nueva victoria que añadir a su palmarés.

En el coche, Alicia contenía sus nervios y sus ganas de adelantar al resto de escapados. El tiempo que los separaba de Braider no era bastante para que el juez autorizase su paso por delante de ellos y, de todos modos, en ese tramo de la etapa tampoco podría avituallar a su primo. Intentó mantenerse tranquila mientras Emi jaleaba a Braider por la radio para que se exprimiese, para que no bajase el ritmo hasta que cruzase la línea de meta alzando los brazos al cielo.

Aquellos últimos cinco kilómetros estaban siendo frenéticos. Alentado por las arengas de la rubia, Braider estaba descendiendo desde Carabanzo tomando más riesgos de los necesarios. El sudor recorría cada poro de su piel y el aire, que frenaba ligeramente su cuerpo en el descenso, le traía el frescor necesario para poder seguir recalentando su cuerpo con el sobreesfuerzo que estaba realizando.

Cuando llegó a la recta de meta, giró su cabeza para comprobar que nadie le seguía a pesar de que, desde el coche de equipo, Emi le estaba cantando los tiempos. Emocionado por el triunfo que estaba a punto de conseguir soltó sus manos del manillar para ocultar por un segundo su rostro cargado de lágrimas. Después, con uno de sus dedos índices tocó su muñeca mientras que el otro apuntaba al cielo. Un gesto que quedó inmortalizado para la posteridad en las fotos que recordarían esa victoria.

Capítulo 34

29 de abril de 2022, Oviedo

Las manos aceitosas de Alicia recorrían en círculos el gemelo izquierdo de Braider. El silencio invadía la estancia y no por falta de preguntas, sino porque ella estaba ordenándolas en su mente, buscando una forma de iniciar una conversación que no tenía ganas de comenzar.

Su primo se hallaba perdido en sus propios pensamientos. Había tenido mucho tiempo para ordenar sus ideas durante la semana que pasó en Ledesma al lado de su familia. Todo parecía distinto desde que había vuelto de Colombia, él se sentía distinto, como si aquel viaje hubiese añadido años de experiencia a sus espaldas, como si la responsabilidad con la que se había cargado le hubiese hecho madurar de forma acelerada. Pero el detonante que había acabado de abrir sus ojos por completo fue escuchar la historia de su prima saliendo de sus propios labios.

Ella había sufrido más de lo que le correspondía a nadie en la vida y, si estaba en sus manos que no tuviese que hacerlo más, que la felicidad inundase cada uno del resto de sus días, lo haría fuesen cuales fuesen las consecuencias.

Ese había sido el motivo de aquel gesto impulsivo en la línea de meta, ser su escudo, desviar las miradas, protegerla, aunque Alicia nunca fuese consciente de la gravedad de las consecuencias que podían acarrear aquellos escasos segundos.

Las manos de Alicia pasaron al gemelo derecho, en silencio, sumida en sus pensamientos, percatándose de que su primo había recuperado el tono muscular de antaño, y sonrió. Sonrío porque parecía que al fin las cosas seguían su curso de nuevo, a pesar de que comenzaba a dudar de que fuese capaz de llevar a cabo que había perseguido durante tantos años. En ese momento se estaba comenzando a dar cuenta de todo lo que podía perder. No se trataba de ella sola contra el mundo, esa soledad que parecía perseguirla era algo que tan solo habitaba en su mente. Siempre había sentido que nada la completaba, sin amigos, sin amor, sin nada más que retazos de cariño dispensados por su familia, que hasta entonces no había sabido ver como lo que en realidad eran, su gran tesoro. Y mientras tanto, había estado dejando toda una vida de lado porque nada le importaba, nada tenía sentido más allá de la venganza que había estado planificando durante años.

Braider notó como las manos de Alicia se quedaban inmóviles en su gemelo, como si el revuelo de razonamientos que pululaban por su

mente hubiese paralizado su cuerpo. El chico alcanzaba a comprender la razón de aquella inmovilidad en medio de aquel opresivo silencio.

—¿Alicia? —Se giró sobre sí mismo tapándose con la toalla con rapidez para encontrarse con la cara de su prima bañada en lágrimas —. Ven. —Se incorporó guareciéndola entre sus brazos.

—Perdona, Braider.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con la cabeza de su prima hundida en su pecho.

—Nada, tranquilo, es que, nada, que me ha emocionado tu celebración. Gracias.

—¿Seguro? —Ella asintió—. Pues acaba el masaje, límpiate esas lágrimas, aséate y vete en busca de Raúl. ¿O me vas a decir que, estando tan cerca de él, no te vas a dignar a ir a verle cuando él se comió más de cuatro horas en coche para estar a tu lado?

—Me encantaría primo, pero estamos en medio de una competición y tú eres mi prioridad. Además, tengo que hablar con Emi para preparar la estrategia de mañana y…

—¡Venga ya! Que no estás ni a veinte minutos en coche de su casa. Vas a ir con él que te quiero ver con esa cara con la que amaneciste en Galicia de nuevo. Alicia, te mereces ser feliz, no hay excusas que valgan para evitarlo, ¿entiendes? Si tú eres feliz yo te hago caso en todo, sin rechistar. Además, Emi ha tenido que marcharse. —La muchacha se apartó para mirarle con sus ojos excesivamente abiertos —. Ya sabes, sus negocios. Así que damos el masaje por acabado y te vas. De la bici ya me encargo yo. No te preocupes, creo que seré capaz de dejarla a punto para mañana.

—¿Tú? —preguntó sorprendida.

—Sí, yo. Será que no te he visto hacerlo miles de veces. Anda, tira que libras. Mañana quiero esa sonrisa en tu cara.

El estridente sonido de llamada del teléfono de Alicia interrumpió la conversación. Alicia torció su gesto al comprobar que en pantalla aparecían las palabras: número desconocido. Colgó e intentó seguir con la charla, pero al otro lado de la línea alguien volvía a marcar su número, el mismo interlocutor. Alicia bufó antes de descolgar con una frase pensada para cortar con elegancia al comercial de turno.

Tras descolgar y comprobar quien era la persona que la requería de forma tan insistente, la chica se encerró en el baño de la habitación para poder conversar con más tranquilidad, sin la presión de la atención constante de su primo en cada una de sus escasas palabras.

—¿Quién era el admirador secreto que te ha hecho esconderte de mí? —preguntó Braider cuando regresó a la habitación.

—¿Admirador? Ojalá. De hecho, me voy a quedar sin ver a «mi amante» porque nuestro querido jefe requiere de mi presencia en su casita.

—Vaya, pues alguien se va a llevar una gran decepción.

—Y otro alguien un gran cabreo. —Braider frunció el ceño sin entender—. Emi, me va a matar cuando sepa que no estoy pendiente de ti.

—Por mí no te preocupes, me cuidaré yo solito.

—Claro que sí, Braider, claro que sí.

—Bueno, no creo que tardes mucho en volver, seguramente que para la Asturias Bike Challenge de los Puertos de la semana que viene ya estás por aquí.

—E incluso antes, si es que me dejan —respondió marchándose de la habitación sumida en sus pensamientos.

Capítulo 35

1 de mayo de 2022, chalet de Deimer, Sevilla

Después de haber sido requerida con urgencia para reunirse con Deimer, Alicia había tenido que esperar dos días para ser recibida por aquella mole de músculo. Y aún seguía esperando, sola en el despacho del padre de Emi, a que este apareciese para mantener esa conversación tan trascendental que la había obligado a dejar solo a Braider en aquel nido de víboras que era el Ammilie. Podía haberse negado a ir, incluso a esperar a que la recibiese, pero sabía que eso conllevaría su expulsión inmediata del equipo dejando a su primo en la estacada para siempre.

Se había cansado de esperar sentada frente al escritorio en aquella habitación vacía en la que ya llevaba más de media hora. Se inclinó hacia adelante para observar con parsimonia cada objeto que se encontraba encima de la mesa hasta que su vista se topó con un ornamentado abrecartas plateado.

No tardó en alongar su mano hacia él, cogiéndolo, acariciando las filigranas, sopesándolo, pasando su dedo por el filo y la punta para comprobar que, a diferencia de la gran mayoría de los que podías encontrar en el mercado, con ese se podrían abrir cartas y carnes. Estaba sumamente afilado, tanto, que con una ligera presión una gota de sangre apareció en la yema de su dedo. Sin dejar de aferrar el objeto se llevó el dedo a su boca.

Mientras succionaba, limpiando con su saliva aquella pequeña herida, jugueteaba con el abrecartas en su otra mano y, sin ser consciente de ello, calibraba la posibilidad de convertirlo en un arma, de acabar con la vida del padre de Emi allí mismo, con aquel abrecartas plateado. Ese había sido su objetivo desde hacía años, matar a ese cerdo con sus propias manos, mirarle a los ojos fijamente mientras la vida le abandonaba, decirle, cuando su último hálito de vida saliese de su boca, quién lo había mandado al infierno en el que le esperaban con las puertas abiertas de par en par.

Tan sumida estaba en sus pensamientos, en forjar un plan que la dejase lo suficientemente cerca de aquel hombre como para hundir el filo de aquella daga improvisada en su corazón, que no fue consciente de que alguien había entrado en la habitación hasta que una cálida voz susurrante acarició su oreja.

—Si tú y yo estamos aquí, juntas, ¿quién está cuidando de Braider?

Alicia giró su rostro, sus labios quedaron a escasos milímetros de los de Emi. Esta se separó de la cara de la masajista antes de volver a inclinarse hacia ella con la intención de retirar de la mano de la chica

el abrecartas.

—No deberías jugar con esto, podrías hacerte daño.

Alicia seguía en silencio, viendo como su piel y la de Emi se rozaban a través de sus ropas, viendo como el abrecartas desaparecía de su mano, momento en el que la rubia separó su cuerpo para ir a sentarse en el borde del escritorio, frente a ella.

—Y bien, ¿qué haces aquí? —Alicia se encogió de hombros—. ¿Por qué has dejado solo a Braider?

—Quizás porque he sido requerida por tu padre. Perdona si he tenido que hacerle caso a mi jefe mientras tú estás de un lado para otro cuando te da la santísima gana.

Emi presionó el puente de su nariz intentando calmarse antes de responder a la masajista.

—Por si lo has olvidado yo también soy tu jefa. —A Emi no le gustaba jugar esa baza, pero tampoco estaba dispuesta a que Alicia la juzgase—. Puedo hacer lo que quiera cuando quiera y no tengo porque darte explicaciones.

—Yo tampoco a ti —respondió ella inclinándose hacia delante en la silla enfrentando la mirada de Emi—. Si tu padre me llama tengo que venir y punto.

—¿Y no será que te venía bien venir? ¿Qué por lo que sea querías estar aquí independientemente de las consecuencias?

—¿Qué insinúas? —Alicia se levantó de golpe poniéndose frente a Emi con sus puños fuertemente cerrados y pegados a ambos costados de su cuerpo.

—¿Yo? Nada —respondió cogiendo el abrecartas de encima del escritorio punzando con su punta bajo la mandíbula de Alicia sin hacer presión—. No insinúo nada, te lo muestro. Esto es lo que querías, ¿verdad? Utilizarlo contra mi padre.

—Estás loca —dijo Alicia con la respiración agitada sin separarse de ella.

—¿Seguro? Mira Alicia, —posó el abrecartas en el escritorio antes de sujetarla por los bíceps—, no sé qué piensas que estás haciendo, pero esto no es un juego, ¿vale? Solo hazme caso, sigue mis instrucciones y lo cambiaremos todo.

—¿Cómo? ¿Con un equipo de chicas?

—Como sea, con lo que haga falta, pero no así.

La puerta se abrió. Emi separó sus manos de Alicia que giró instintivamente su cabeza hacia la entrada.

—Muy bien, veo que ya estáis aquí las dos. Podemos empezar.

—No, papá, nosotras nos vamos.

—Quieta Emi, no creo que estéis en disposición de decidir nada y menos después de la debacle de La Vuelta Asturias. —Alicia enarcó una ceja sin comprender.

—¿De qué narices hablas papá?

—De lo vergonzoso de nuestra participación. El Ammilie no puede estar asociado a esta miserable actuación —respondió la mole de carne lanzándole un periódico a la cara a Emi.

—¿Y qué esperabas, papá? Has traído a la directora del equipo hasta aquí en medio de una carrera en la que estando ella al mando se ganó la primera etapa. Nos vamos, no voy a aguantar más esta actitud.

—Emi —gruñó expirando el nombre a través de su dentadura fuertemente cerrada—siéntate.

—No, papá, tú me has puesto al frente del equipo y yo confío en ella. No voy a permitir que la eches ni que malogres al mejor ciclista que tenemos —respondió la rubia agarrando a Alicia de la mano, arrastrándola hacia la salida.

—¡Te ordeno que te sientes!

El golpe de su mano en el escritorio retumbó por toda la habitación frenando en seco a las dos mujeres. Emi giró su cuerpo hacia él manteniéndole la mirada a pesar de que la ira desbordaba los ojos de su padre.

—¿Esto va a ser así, papá? Si no obedezco, ¿recurrirás a la violencia? Ya no te tengo miedo. Se acabó, ese miedo se acabó hace años.

Los ojos de la rubia brillaban, su mandíbula tensa retenía las palabras que se moría por decirle y que la prudencia mantenía encerradas en su boca, mientras el fuego de la rabia abrasaba su garganta y sus pupilas.

—Emi, …

—Vamos, Alicia, tenemos mucho trabajo por hacer para que mi padre se sienta orgulloso de mí.

Emi apretó la mano de la masajista que asistía como un mero espectador a aquella lucha de titanes sin entender cuál había sido el detonante. Ella se dejó llevar a través de las estancias por la rubia hasta que llegaron al coche. Allí Emi tomó su teléfono, buscó en internet la página de un periódico deportivo y se lo mostró a Alicia. Después de la gran actuación en la primera etapa, Braider había ido a menos en las dos siguientes no llegando a acabar tan siquiera la última y rozando el fuera de control en la anterior.

—Por eso te quería aquí. Para poder reventar de nuevo a tu primo. Braider está en peligro.

Capítulo 36

3 de mayo de 2022, Las Mazas de Morcín

Cuando Raúl era pequeño, Las Mazas de Morcín era un pueblo con mucha vida, lleno de gente joven, de niños, de alegría. Hoy, el vacío provocado por el envejecimiento pasea a sus anchas por sus calles y por sus escuelas abandonadas, que no tienen paredes ni niños que aprendan en ellas.

El Pozo Monsacro fue el principal culpable de la creación de aquel poblado que, en la actualidad, es poco más que unos cuantos bloques de casas, que, aunque en gran parte sin ocupación, aún albergan las historias de aquellos mineros que arriesgaban sus vidas arrancando carbón a la tierra y las de sus familias, que los esperaban en las casas con miedo a escuchar el *turullu* a deshoras.

Hoy, las tolvas del Pozo Monsacro lucen vacías, y el castillete se erige hacia el cielo como un fantasma, testigo mudo del paso del tiempo y del cambio que conlleva la modernidad. Una modernidad que trae el progreso y espanta a las nuevas generaciones que viven sueños de ciudad.

Alicia no sabía de estas historias, ni del censo de aquel lugar. Ella tan solo era consciente de que allí vivía Raúl, de que necesitaba hablar con él, perderse entre sus labios, sentirse protegida entre sus brazos. Solo sabía que necesitaba la paz que él le transmitía con cada roce de su piel, con su tibia mirada que encendía cada uno de sus sentidos.

Aparcó sin dificultad en una de las primeras plazas que encontró en la parte baja del pueblo. Se apeó del coche. No había nadie en las calles, el frío no invitaba a pasear aunque a ella no le impidió comenzar a caminar siguiendo la carretera que rodeaba Las Mazas. No era un lugar muy grande, pero tampoco pensaba dedicarse a llamar puerta por puerta hasta dar con la vivienda de Raúl.

Alicia ascendía sin dificultad por la ligera cuesta que llevaba hasta los bloques de casas intermedios. No podía dejar de admirar el paisaje que rodeaba aquel lugar. Era tan diferente de su Salamanca. Aquel poblado parecía estar engastado en medio de las montañas cubiertas de un verde intenso.

El sonido inconfundible de la cadena de una bici hizo que perdiese el hilo de sus pensamientos. Giró la cabeza para descubrir a un ciclista subiendo por la misma cuesta que ella lo estaba haciendo. La superó girando hacia la derecha en la calle que nacía al final de la pendiente.

Alicia se dirigió en aquella dirección. Aceleró el paso con miedo a perder la mejor ocasión que había tenido desde que llegó al pueblo de preguntar por Raúl. Aceleró el paso para acercarse más a él.

—¡Oye! ¡Perdona! —gritó llamando la atención del ciclista que se giró de inmediato al escucharla.

—¿Masajista? —Dio la vuelta a su bici dirigiéndose hacia ella con sus labios trasmutados en sonrisa.

—¿Raúl? —Él asintió quedándose quieto a su lado con la bici entre sus piernas y un pie posado en el suelo—. No te conocía así.

—¿Así cómo?

—Disfrazado. —Raúl río ante la ocurrencia de Alicia.

El chico se acercó a ella con la indecisión que provoca el primer encuentro después de una noche juntos. Sus labios se acercaban al rostro de Alicia indeciso en el destino a elegir, si su boca o su mejilla. Un movimiento, casi imperceptible, de la cabeza de la chica le hizo decantarse por la ruborizada mejilla permitiéndose el atrevimiento de rozar la comisura de sus labios.

—Perdona —se disculpó ella—, no debí venir sin avisar, pero yo…

—¿Perdonarte? ¿Por venir? —Se bajó de la bici posándola contra un banco de madera cercano—. Lo que no te perdono es haber tardado tanto sabiendo que estabas por aquí. Te echaba de menos, masajista —confesó acariciando el brazo de la chica.

—Y yo a ti —respondió ella con la mirada clavada en el suelo.

—Eh, eh, mírame. —Raúl tocó la barbilla de Alicia obligándola a levantar la cabeza hasta que sus miradas se cruzaron—. ¿Qué está pasando, Alicia?

—Todo esto es una locura.

—¿Lo nuestro?

—Lo nuestro también, aunque sea lo único que me hace feliz.

—Entonces no lo entiendo, porque si tú eres feliz, y tú me haces a mí feliz, ¿dónde está la locura?

—En que cuando estoy contigo me olvido de mis obligaciones, de mis objetivos, y puedo poner en peligro a la gente que quiero. —Raúl limpió con sus pulgares las lágrimas furtivas que escaparon de los ojos cristalinos de Alicia.

—Shhh, tranquila, shhh. —La arropó entre sus brazos, en ese pequeño espacio en el que Alicia se sentía a salvo de todos los males del mundo—. No pasa nada, ¿vale? No va a pasarle nada a nadie.

—No lo sabes, Raúl, yo, no puedo dejar a Braider, no puedo dejar de cuidarle.

—Mira, no importa, ¿vale? No importa, aunque no hablemos todos los días, aunque no me pienses todos los días, aunque apenas nos veamos, yo estaré aquí, ¿vale? Así que haz lo que tengas que hacer, céntrate en lo que necesites y, después, cuando todo acabe, yo estaré aquí, ¿sí?

Alicia asintió con su cara escondida en el hombro de Raúl, más tranquila, aunque con mil demonios bailando en su mente, robándole

la valentía y la decisión que siempre había tenido hasta ese momento. Antes no tenía nada que perder, ahora podía perderlo todo.

Se separó de él limpiándose las lágrimas que no habían llegado a mezclarse con el sudor de Raúl en su maillot. Se acercó hacia la bici posada contra el banco, lentamente, como si su alma no acabase de atravesar una tormenta. Se agachó para admirar cada detalle.

—Es como las que tenemos en el Ammilie. El grupo es inferior, los pedales automáticos son para calas de montaña, como los de Braider, y tienes un buen desarrollo, con esto tienes que subir bien.

—Sí, supongo —respondió encogiéndose de hombros quedándose de pie al lado de Alicia.

—No soy buena persona, Raúl —comentó cambiando de tema con su vista aún fija en la bici.

—Alguien que antepone el bienestar de los demás a su propia felicidad no puede ser malo, Alicia.

—¿Haga lo que haga para conseguir el bienestar de los que ama?

—No todo vale, hay líneas que no se deben cruzar.

—¿Y si las cruzas? —Raúl volvió a encogerse de hombros—. Si las cruzas, Raúl, no hay marcha atrás, no vuelves a ser la misma persona. No todo vale Opencar, pero a veces es necesario hacerlo.

—Sí, a veces es necesario Alicia, pero nadie te obliga a hacer nada, es uno mismo el que decide lo que está dispuesto a hacer y lo que está dispuesto a perder por haberlo hecho.

—Ese es el problema, Raúl, —se levantó poniéndose frente a él—, que ahora mismo hay cosas que no estoy dispuesta a perder, pero solo puedo elegir un camino.

—Pues elige el que nos lleve a estar juntos, por muchos rodeos que te haga dar.

Alicia asintió antes de deshacer sus labios en los de Raúl, aferrándose a su cuerpo en un beso infinito.

Capítulo 37

4 de mayo de 2022, Asturias Bike Challenge de los Puertos

Tras las lentes oscuras de las gafas de Sol se ocultaban unas marcadas orejas producto de la falta de sueño provocado por dos poderosas razones: el deseo y la desconfianza.

El deseo de pasar cada segundo junto a Raúl. Después de tantas semanas sin verse, había alargado la visita a Las Mazas más de lo que Alicia tenía previsto, a pesar de que aquel lujo le había supuesto acostarse más tarde de lo que era habitual para ella. Restarle horas al sueño por pasarlas con aquel hombre que espantaba sus tormentos, había sido un trueque de lo más acertado, o al menos así se lo había parecido unas horas atrás, antes de tener que pelearse con las sábanas y con su pereza reuniendo toda su fuerza de voluntad para comenzar la mañana en cuanto sonó el despertador.

La desconfianza, la otra razón de su falta de energía, porque después de lo sucedido en la mansión del padre de Emi, cuando la había retenido a la espera de la reunión, aislada de todo lo que sucedía en el exterior de la casa, no quería dejar nada al azar en cualquier asunto que concerniese a Braider.

Le había resultado sumamente sospechoso que Deimer la llamase a su presencia a mitad de una competición, que no le hubiese dejado conocer el avance de esta y que la hubiese retenido en la mansión durante varios días sin poder interactuar con su equipo. Cuando llegó al hotel tras su visita a Raúl y sus ojos se posaron en la imagen demacrada de su primo, decidió que tenía que estar presente en la toma de cualquier decisión que pudiese afectarle. La seguridad de Braider era su responsabilidad y no pensaba eludirla.

Su primo parecía un alma en pena, sin apenas fuerzas para caminar. Intentó convencerle de que no compitiese, pero la testarudez de Braider era aún mayor que la suya. Así que, ya que no había forma de alejarlo de la competición, tenía que hacer todo lo que estuviese en su mano para que llegase en las mejores condiciones a la línea de salida. Lo dejó en la habitación tras obligarlo a cenar más de lo que le pautaba el nutricionista del equipo y darle un masaje relajante en el que pudo comprobar que su tono muscular no era el mejor para afrontar la primera etapa de esa exigente competición.

La noche antes del recorrido que finalizaba en el L´Angliru, Alicia se tomó muy en serio su labor de protectora de Braider. Preparó a conciencia la bolsa de salida. Revisó cada componente de la bicicleta de su primo montando los más adecuados para la ocasión con un desarrollo de cassete de 11x33 y una combinación de 33x48 que

esperaba que, esas piernas con menos fuerza de la habitual, pudiesen mover manteniendo la cadencia adecuada para ascender aquel coloso. Acabó de preparar el avituallamiento específico que iba a entregarle desde el coche y, solo cuando revisó todo por segunda vez comprobando que estaba a su gusto, se se permitió irse a dormir.

Esa era la razón por la que le había costado tanto levantarse, por la que llegó con el tiempo justo a la zona de salida para realizar las tareas básicas del día. Se maldijo a sí misma por su pereza cuando comenzó a echar en falta esos minutos que gastó remoloneando en la cama cuando, al llegar al lugar en el que estaba su equipo, comenzó con el ritual de rutinas previas a la carrera.

Una vez allí, hizo un repaso rápido por la zona en la que se había instalado el Ammilie intentando localizar a Braider y a Emi sin éxito. El tiempo era escaso por lo que no se permitió gastar ni un segundo más de lo necesario en su búsqueda. Sabía que, si no era antes, los encontraría en el autobús a la hora de dar el briefing de la etapa. Suspiró con fuerza centrando su atención en lo realmente importante en ese momento. Hizo acopio de las escasas fuerzas que tenía esa mañana y se dirigió a comprobar que todo estuviese en orden, revisando las bicis de todos sus ciclistas y, en especial, la de su primo.

Cuando estuvo frente a ella pensó que la somnolencia que adormecía sus sentidos le estaba jugando una mala pasada. Se frotó los ojos con fuerza antes de aceptar que aquello no era una pesadilla. Después de haber perdido valiosas horas de sueño para que aquello no estuviese sucediendo, se encontraba con que la bici no estaba preparada tal y como ella la había dejado la noche anterior. Sin poder precisar si había algún cambio más, lo primero en lo que se fijó fue en que habían modificado el desarrollo que ella había elegido para afrontar la etapa. Con aquel juego de platos y piñones Braider no podría subir ni un puerto de segunda sin dejarse en él gran parte de su mermado depósito de energía.

Miró el reloj calculando el tiempo del que disponía asintiendo con un gesto de su cabeza. Quizás aquella idea fuese una auténtica locura, pero aunque cambiase el desarrollo no confiaba en que esa bici no tuviese ninguna otra manipulación que pusiese en peligro la integridad física de su primo. La visita improvisada a Raúl se convirtió en algo providencial ya que gracias a ella había surgido aquella absurda idea en su mente. No se encontraba tan lejos de Riosa, si él podía estar allí en menos de media hora su idea sería viable.

Alicia:
S.O.S., ¿dónde estás?

Opencar:
Tomando algo en Viapará

mientras espero para veros pasar.

Alicia:
¿Llevas tu bici?

Opencar:
La duda ofende.

Alicia:
Sé que te va a fastidiar lo que te pido, pero necesito que bajes a Riosa.

Opencar:
¿Para qué?

Alicia:
Baja, por favor. Luego te lo explico.

Alicia guardó el móvil en el bolsillo del pantalón, cogió la bici de Braider y la subió en el portabicicletas del coche. Ella prefería que no tomase la salida antes de que lo hiciese con una bici en la que no confiaba, pero sabía que quedarse fuera de la competición no era una opción válida para su primo. Encendió el motor y con una conducción temeraria, rozando los límites de velocidad, llegó al pueblo en el que había quedado con Raúl. El evento había llenado de ciclistas aficionados las carreteras que llevaban a Riosa, lo cual había sido una dificultad añadida para alcanzar el punto de encuentro. Cuando llegó, Raúl ya estaba esperándola.

Frenó a su lado sin importarle si interrumpía o no el tráfico. Pitó antes de bajarse del coche logrando que el chico cortase la conversación que mantenía con un vecino y se acercase a ella sonriendo, avanzando con la bici a su lado. No hubo tiempo para saludos ni para explicaciones. Alicia arrebató la flaca de sus manos dejándole inmóvil sin saber cómo actuar ante la actitud impulsiva de Alicia. La chica revisó la máquina de arriba abajo, bajó la bici de Braider del coche y comenzó a comparar medidas para ajustarla a lo que requería la aerodinámica del cuerpo de su primo. Cuando finalizó, trasladó el dorsal de una bici a otra y subió ambas al soporte en el techo del coche.

Raúl continuaba mirándola sin entender lo que estaba sucediendo. Ella montó en el automóvil, se puso el cinturón de seguridad y, antes de girar la llave de contacto, miró al muchacho esperando alguna reacción por su parte.

—Venga, sube de una vez al coche, ¿o es que tienes algún plan mejor?

Raúl subió acompañándola sin requerir ningún tipo de explicación, sabía que se las acabaría dando, pero en ese momento ella estaba concentrada en algo más importante, llegar a tiempo a la línea de

salida para que Braider pudiese disputar la etapa, aunque Alicia dudaba mucho que repitiese la épica actuación de la edición anterior.

—Gracias —dijo Alicia en un susurro sin apartar la vista de la carretera.

—Aún no sé por qué, pero de nada.

—Por permitir que Braider utilice tu bici.

—¿Y tú crees que no se darán cuenta?

—Créeme, no tengo gente tan avezada en el equipo. —Alicia soltó la mano del volante por un momento para posarla sobre el muslo de Raúl apretándolo cariñosamente.

Durante el trayecto restante el silencio fue su tercer compañero de viaje. Alicia solo tenía una cosa en mente, no había momento para romanticismos ni palabras de amor, en ese instante lo único que le importaba era Braider, ni si quiera se preocupaba por su equipo, ni por donde estaría Emi, a la que no había visto desde que la había dejado en el hotel la tarde anterior.

Después de que Alicia se bajase del coche todo sucedió demasiado deprisa. La muchacha se movía como un autómata con el tiempo justo para realizar su trabajo. Comprobó de nuevo las posiciones de la bici con Braider subido en ella, la presión de las ruedas, los frenos, no dejó ningún detalle al azar. Cumplió con la reunión previa a la etapa, vio desde lejos como todos sus deportistas acudían al acto protocolario de las firmas antes de la salida y observó, con preocupación, los gestos de su primo que no auguraban nada bueno para esa jornada.

Con todo preparado se volvió a subir al coche en el que ya la estaban esperando Emi y Raúl. El gesto adusto de esta reflejaba que no estaba de acuerdo con la presencia del muchacho, aunque tampoco hizo nada para evitarlo.

Comenzaron a rodar. Los kilómetros se sucedían. El pelotón avanzaba agrupado, los nervios se presentían en cada uno de los ciclistas que lo conformaban. Todos intuían que los intentos de escapada comenzarían a llegar desde el inicio de la jornada, aunque no fue hasta bien avanzada la etapa que el demarraje de uno de los ciclistas del Ammilie consiguió formar una arrastrando a otros diez integrantes del pelotón. Cuando se produjo el movimiento de su compañero, Braider se encontraba en una mala posición. No había sido fruto de la casualidad, porque según avanzaban en el recorrido más posiciones iba perdiendo hasta que, en el primer puerto, se dejó caer hasta el coche de Alicia para pedirles geles y algún bidón.

—Prima, dame alguno con sales anda —exigió Braider.

—¿Ya acabaste los de la bolsa? —preguntó ella extrañada.

—En la bolsa solo había gominolas sin sustancia y botes de agua —Ella lo miró extrañada extendiendo su mano para demandar un bidón a Emi.

—Toma, ¿subes alguno para ellos? —El negó con un gesto de su cabeza antes de intentar remontar algún puesto—. Intenta mantenerte en carrera, pero si no puedes…

Alicia lo observó alejarse. Su primo pedaleaba con poca cadencia y demasiado esfuerzo. Esperaba que los geles que había pegado en el bote le ayudasen a recuperar esas fuerzas que le faltaban y pudiese, al menos, llegar a línea de meta.

—¿Otra vez has desatendido tus obligaciones por este? —reprendió Emi señalando a Raúl.

—Lo revisé todo, Emi, lo revisé todo, pero algún duende maligno hizo de las suyas por la noche.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé, pero la bici, no estaba como yo la había dejado.

—¿Entonces, la bici que lleva Braider es segura? —cuestionó preocupada.

———Puedo asegurarte que lo es —respondió Raúl orgulloso de su máquina sin desvelar a Emi que la flaca que montaba Braider era la suya.

La ausencia de palabras volvió a ser la tónica reinante entre ellos. Ninguno de los tres se atrevía a comentar nada, se mantenían atentos a los cronos de Radio Vuelta y a las noticias que llegaban a través de ella. Braider se defendía como podía para mantenerse a cola de pelotón intentando no descolgarse al paso por los primeros puertos. En las bajadas intentaba recuperar la distancia perdida en los ascensos, pero la subida a La Cobertoria pareció mermar las escasas fuerzas que quedaban en esas piernas castigadas por aquel día de esfuerzos.

Alicia le pidió en varias ocasiones a Braider que pusiese pie a tierra. Para un ganador nato como él eso era impensable, a pesar de los calambres que recorrían sus gemelos y que amenazaban con que sus piernas se volviesen rígidas en cualquier momento. Por más geles, sales y bidones que Alicia le daba nada parecía obrar en él el más mínimo efecto. Y, sin previo aviso, en la bajada de La Cobertoria, en aquel descenso maldito cuyo asfalto ya habían besado Escartín, Zulle y Olano, su cabeza comenzó a perder contacto con la realidad. En una curva cerrada a la izquierda, bajando a más de 70 kilómetros por hora, las manos de Braider dejaron de hacer fuerza en el manillar deslizándose hacia el vacío. Sus pies se mantenían aferrados a los pedales automáticos, pero el resto de su cuerpo se ladeó, cayendo desmadejado hacia el suelo, atraído por la fuerza de la gravedad. La velocidad con la que bajaba fue la culpable de que, tras el duro impacto contra la carretera, la máquina se arrastrase pegado a él por el asfalto hasta golpearse con violencia contra la ladera que flanqueaba uno de los costados de la vía, rebotando para recorrer más metros deslizándose por el suelo. Tras el golpe, Braider continuó

resbalando por el suelo mientras su piel se rozaba contra el rugoso asfalto que se quedaba, en aquel efímero contacto, con milimétricos pedazos de su epidermis.

Braider se desmayó y todo sucedió demasiado deprisa, aunque ante los ojos de los presentes pareciese que había pasado a cámara lenta, hasta que el cuerpo inerte del chico se frenó en medio de la carretera, alejado de su bicicleta que yacía en la cuneta sin que nadie le prestase la menor atención. Alicia era la tercera en la caravana de coches que estaban a cola del pelotón y que se frenaron en seco al ver lo sucedido. Salió corriendo del vehículo, sin cerrar la puerta tras de sí, sin esperar a nadie, en dirección a Braider que seguía tendido en el suelo en un escorzo forzado, inmóvil, inerte.

Se arrodilló junto a él gritando su nombre sin obtener respuesta. Sus ojos seguían cerrados, su pulso parado y su respiración inexistente. Lo colocó bocarriba, no le importaban los daños que pudiese provocarle, solo acertaba a pensar en traerle de nuevo a la vida, en sentir de nuevo el latido de su corazón, el aliento de Braider en su cara. Sus manos se posaron entrelazadas sobre el pecho de su primo y presionó, presionó repetidas veces, contando mentalmente, manteniendo el ritmo, insuflando aire regularmente en su boca, rozando con desesperación esos labios que tantas veces se posaron en sus mejillas transmitiendo un calor del que ahora carecían. Braider yacía sin vida bajo sus manos que se hundían en su cuerpo con más fuerza en cada acometida, mientras de la boca de Alicia surgía un «vamos» continuado, desesperado, suplicante, que la animaba a seguir eternamente intentando devolverle el aliento que se le había escapado bajo las oscuras nubes de Asturias.

Los servicios médicos llegaron en un suspiro que supo a eternidad. Alicia seguía con la maniobra RCP, a un ritmo más lento, comenzando a perder intensidad entre los alientos ahogados de la chica. Eso no impidió que se resistiese a dejar de intentar devolver los latidos a aquel cuerpo inerte cuando la retiraron del cuerpo de su primo arrastrándola entre Raúl y Emi, sosteniéndola cada uno de un brazo. Ella pataleaba gritando el nombre de Braider dificultando la labor de sus amigos.

Mientras los compañeros de la UVI móvil peleaban por rescatar a su primo de las garras de la muerte, Alicia peleaba con sus captores en un baile en el que ella se impulsaba hacia Braider mientras Raúl y Emi tiraban de ella en dirección opuesta. La masajista maldecía, exasperada, rogando por la vida de su primo, rezando porque su pecho comenzase a elevarse y retraerse, esperando algún movimiento por mínimo que fuese. Ninguna fuerza del destino hizo caso a sus plegarias. El cuerpo médico de la ambulancia tan solo pudo certificar la muerte de Braider.

Cuando la manta térmica cubrió por completo el cuerpo del ciclista Alicia se rompió. Cayó de rodillas en el suelo sin poder apartar la mirada de aquel bulto inerte yaciendo en la calzada. Sus ojos se anegaron de lágrimas, sus hombros se agitaron con espasmos incontrolables. Raúl se arrodilló a su lado abrazándola, intentando contener el movimiento espasmódico de su cuerpo y, con ello, paliar de alguna manera el sufrimiento de aquella chica cuyo dolor le partía el alma en dos.

Capítulo 38

4 de mayo de 2022, descenso de La Cobertoria

Los segundos caían como una losa sobre Alicia. La chica continuaba sentada en la carretera ante las atentas miradas de Raúl y Emi. Un trío inmóvil en mitad de la vía conformando el retrato de una desgracia. Los tres impávidos en medio de la carretera, frente a la mancha de sangre que se mantenía aún brillante en el asfalto recordándoles que, sobre ella, no hacía tanto había estado el cuerpo de Braider.

—¡Noooooooooo!

El grito de la chica desgarró su garganta y el silencio. Las lágrimas de Alicia volvieron a aflorar con más fuerza tras la quietud que había embargado sus sentidos. Aquel torrente de tristeza que corría libre por sus mejillas acabó por arrebatar a su cuerpo las escasas fuerzas de las que disponía para vencer al dolor, la apatía y la desidia, que la invadían por completo y que sus venas se empeñaban en trasladar a cada pedazo de su alma.

Una fina lluvia escapó de las negras nubes amenazantes que los habían acompañado durante toda la jornada. Alicia, con sus ojos fijos en la mancha de sangre, vio cómo poco a poco esta fue difuminándose acompañando a la película de agua que corría libremente por el descenso de La Cobertoria. La sangre de Braider culminaría la bajada que él no pudo realizar.

Las ropas de Alicia se fueron empapando al mismo ritmo que la mancha desaparecía del asfalto. La humedad comenzaba a notarse en su piel y el frío a calar sus huesos. Aun así, sus músculos se negaban a moverse. Allí había perdido a Braider, allí había faltado a su promesa de protegerle, allí, en ese punto exacto de La Cobertoria, su venganza se había vuelto contra ella cobrándose una nueva víctima de su bando.

Estaba tan abstraída que el peso de la cazadora sobre sus hombros la sorprendió. Alzó la cabeza para observar a Raúl agachándose de nuevo a su lado mientras la tapaba. Sus miradas se entrelazaron compartiendo el dolor de sus cuerpos. Él la abrazó, la besó en la coronilla y tiró ligeramente de ella para alzarla.

Se incorporó, dejándose llevar por Raúl, era un cuerpo sin voluntad, vacío, que obedecía las órdenes calladas que otros le daban con sus gestos. Emi abrió la puerta del coche facilitando el paso para que ambos se ubicasen en los asientos traseros, acurrucados, mientras ella arrancaba el motor y conducía en dirección al hotel.

Raúl la abrazaba tiritando, intentando transmitir a Alicia el poco calor que su cuerpo aún mantenía. Él seguía vestido con maillot y

culote cortos, manguitos y perneras, que después del tiempo pasado fuera del coche no habían sido suficiente abrigo. Aun así, la abrazaba con fuerza y ternura, secando las lágrimas furtivas que se atrevían a merodear por el rostro de Alicia, prodigándole mil besos en cara, cabeza y manos, ante la abstraída mirada de la chica que se perdía por la ventanilla del coche sin observar ni un milímetro del paisaje que pasaba ante sus ojos.

Emi los miraba por el retrovisor con más frecuencia de la que la prudencia aconsejaba, rumiando sus propios pensamientos, lidiando con su propia culpa y resentimiento. Su corazón no le pertenecía y todo aquello por lo que había luchado, en esos momentos arrasaba su alma, inclinaba la balanza, sopesando si había valido la pena perder otra vida a cambio de la posibilidad de salvar a tantas.

Llegaron al hotel. Alicia caminó hacia la puerta arropada por Raúl. Emi los observaba desde el coche dejando a las lágrimas correr libremente ahora que la soledad la acompañaba. La masajista se frenó en seco, miró a Raúl de arriba a abajo. Negó ligeramente con la cabeza, depositó un beso lento, suave, en los labios del chico y, separándose de él, avanzó sola hasta la puerta.

—Espera, quiero estar contigo. No voy a dejarte sola —dijo él alargando su mano hacia su cuerpo.

—Raúl, mírate, estás temblando de frío, te has olvidado de ti por cuidarme. Vete, cámbiate, date una buena ducha caliente. Recomponte y luego, vuelve.

—Pero Alicia…

—No, Raúl, dame estos minutos, por favor. Emi te llevará a casa.

—No quiero separarme de ti, no ahora —suplicó Raúl acercándose a ella.

—Vete, adecéntate, guarda la bici de Braider en tu casa y, sobre todo, vuelve.

Capítulo 39

5 de mayo de 2022, Arrabal de los Mesones, Ledesma

Aquella casa, aquella cama, siempre habían sido su refugio cuando la tristeza la invadía. No había tenido una vida sencilla, los fantasmas de su pasado habían conseguido que la soledad fuese su fiel compañera durante mucho tiempo. Y, en esa ocasión, volvían la soledad y la tristeza y ella volvía a montar su escudo en la habitación de paredes encaladas en la casa de sus padres.

No tenía valor para acudir al tanatorio y enfrentarse a las condolencias bienintencionadas del resto de sus familiares y vecinos pero, sobre todo, carecía de la valentía suficiente para confrontar la mirada cargada de odio de su tía a quién había prometido proteger a Braider. No era la única que estaba sufriendo, lo sabía, pero no podía ayudar a otros con su dolor cuando ella estaba perdiendo su propia batalla contra su conciencia.

Llevaba así, acostada en su cama, aferrada al peluche que su primo le había dejado la semana que estuvo descansando en Ledesma, mordiendo la oreja de aquel maldito oso que tantos recuerdos le traía a su mente, desde que había llegado a casa de madrugada.

Había decidido regresar a Ledesma en cuando se había despedido de Raúl. Necesitaba volver a su refugio, aquel en el que siempre se había sentido protegida del resto del mundo, su casa, su hogar. Recogió sus cosas, alquiló un coche y se marchó, sin avisar, dejándolo todo atrás.

No regresó para acompañar a los suyos en el duelo, sino para encerrarse en su fortaleza, aquella en la que de niña se había imaginado como una princesa que mataba al dragón que asediaba las murallas de su reino.

Las horas de insomnio acabaron por sumirla en un estado de duermevela, parpadeando insistentemente, luchando contra el sopor que estaba a punto de ganar la batalla a Alicia y a los pensamientos que la mantenían en vilo. Eso hizo que no fuese consciente del sonido de la cerradura, ni del de los pasos que se acercaban hasta ella. Tampoco del roce de unos dedos en el dorso de su mano, ni del movimiento de las mantas que se elevaron para alojar un cuerpo junto al suyo. No fue consciente del brazo que la rodeó por la espalda, ni de que alguien se quedó a su lado, apoyando su espalda en el cabecero al igual que ella hasta que, tiempo después, sus ojos volvieron a abrirse para encontrarse arropada por Raúl, que había cumplido con el ruego que ella le había hecho antes de separarse y había vuelto a su lado.

—Estás aquí —comentó sorprendida.

—Estoy donde debo —respondió besando dulcemente sus labios.

—¿Pero cómo..? —Acarició el rostro de Raúl con suavidad admirando aquella mirada sincera, cálida, de hombre enamorado.

—No estabas en el hotel cuando volvimos así que, ¿dónde podías estar? Fuimos al tanatorio, pensé que te encontraríamos allí. Tu madre nos desveló donde estabas y nos dio las llaves. —Él tomó las manos de Alicia y las besó.

—¿Nos? ¿Con quién has venido?

—Emi me trajo.

—Ella, ¿va a venir? —Alicia se separó ligeramente de Raúl sin dejar de abrazar al oso de peluche.

—Sí. Pero ahora está en el tanatorio. Tranquila, tú descansa. —Alicia acomodó su cabeza en el hueco que había tras la curva del hombro de Raúl, que apoyó la suya sobre la de la chica, depositando en ella besos furtivos.

—Esto es culpa mía, Raúl.

—No es culpa de nadie, Alicia.

—Hay muchas cosas que tú no sabes.

—No hay nada que pueda hacerte culpable, Alicia. Fue un accidente.

—Lo hay, yo, yo… ellos mataron a mi madre.

Raúl se tensó girándose hacia ella.

—Tú madre está viva, Alicia, tranquila.

—No, ella no, a mi madre de verdad —sentenció la chica desviando su mirada hacia la puerta de la habitación para encontrarse a Emi apoyada en el quicio.

—Qué bonita escena, los dos juntitos en la cama —comentó la rubia yendo a sentarse al otro lado de Alicia robándole a esta el peluche al que miró con ternura—. Bueno, ahora que estamos todos, creo que puedes continuar con la historia que nos ibas a contar.

Capítulo 40

5 de mayo de 2022, Arrabal de los Mesones, Ledesma

Antes de comenzar a relatar su historia, Alicia arrebató de las manos de Emi el peluche para estrujarlo entre sus brazos y mordisquear su oreja. Tras unos segundos de indecisión comenzó a hablar con su vista clavada en las mantas sin que ninguno de sus dos oyentes la interrumpiese ni se retirase de su lado.

La chica se armó de valor para no soltar ninguna lágrima mientras explicaba como dos hombres habían torturado a su madre hasta matarla mientras ella se escondía en el doble fondo de un armario. Les contó como con doce años esperó durante horas en aquel zulo, quieta, sin hacer ningún ruido, por miedo a que aquellos hombres, el calvo y el musculado, volviesen en su busca. Su madre había dado su vida para que eso no sucediese, así que no se movió, a pesar de que las tripas comenzaron a rugirle, a pesar de que la oscuridad de la noche invadió cada rincón de la estancia, a pesar de que no pudo retener por mucho tiempo sus ganas de orinar.

La noche multiplicó sus miedos que, junto con el frío y el silencio que inundaban cada milímetro de su hogar, hicieron que comenzase a tiritar. El charco de orín que la rodeaba no la ayudaba a sentirse cómoda, aun así ella no se atrevía a salir de su escondite. Desconocía el tiempo exacto que había pasado encerrada en el doble fondo del armario, solo recordaba que una neblina había comenzado a nublar su lucidez. Nunca supo quién la rescató de aquel lugar, tan solo recordaba unas manos de mujer, una melena rubia y una tierna mirada.

Las condiciones en las que había estado escondida la dejaron convaleciente durante varios días. La tensión por lo sufrido no había ayudado a que su recuperación fuese más rápida e, incluso, hubo un momento en el que temieron por su vida al no conseguir que la fiebre remitiese.

Cuando se despertó, días después, el miedo había dado paso al odio. Por las noches las pesadillas la asolaban repitiendo en su mente una y otra vez el momento del asesinato de su madre, grabando a fuego un nombre en su retina, Ammilie.

El año que debía haber guardado luto por su madre, lo pasó viajando de un lado para otro de la mano de aquella mujer que, desde entonces, se convirtió en su protectora, en su nueva progenitora. Cambiaron su nombre por el de Alicia, borraron su acento, su identidad y crearon para ella, en sus recuerdos, una nueva vida. Al menos eso era lo que creían, pero en su cabeza seguía rondando aquel

nombre y una creciente necesidad de venganza.

Ella nunca conoció a su padre, ni al verdadero, ni al supuesto marido de su nueva madre, pero siempre le habían dicho que tenía raíces en un pueblo de Salamanca y que algún día irían allí. Al poco de cumplir los 13 se instalaron en Ledesma.

Pasaron varios años, años en los que todo empezaba a difuminarse, su odio, su necesidad de venganza, su vida anterior, el rostro de su madre, las pesadillas, todo, pero el destino es caprichoso y una tarde de piscina, ya en Ledesma, mientras se tomaba una Coca-Cola en el bar, una noticia se repetía una y otra vez en los informativos, un equipo ciclista surgía de la nada y apostaba fuerte desde las categorías inferiores, el Ammilie Bike Racing Energy. La imagen del maldito tatuaje emergió desde el fondo de sus recuerdos para ponerle delante de sus ojos el camino que debía seguir a partir de entonces.

—Por eso Emi, por eso odio tanto a tu padre y ese maldito nombre, por esa razón voy a matarle, aunque eso te haga daño, porque él me ha arrebatado dos vidas —Raúl apretó sus manos con fuerza.

—No me importa lo que le pase a mi padre, lo que no quiero es que te pase nada a ti, cielo —Emi le arrebató una de las manos de Alicia a Raúl para cogerla entre las suyas—. Él es un hijo de puta, pero tú no eres una asesina.

—¡Me importa una mierda! —gritó deshaciéndose del agarre de los dos—. Si lo dejo va a acabar con mi madre, la persona que arriesgó su vida por mí. Ella, ella… me acogió, dejó todo atrás para salvarme, solo porque alguien se lo pidió. Si tengo que perderlo todo por salvar más vidas lo haré.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Emi.

—Sí, lo estoy —afirmó con total seguridad.

—Raúl, quizás ya has escuchado más de lo que deberías, no quiero que… —comenzó a decir Emi.

—No me voy a ir de aquí, estoy con Alicia.

—Esto no es un juego, Raúl, Alicia sabe dónde se mete, pero tú… no creo que estés hecho para…

—No me importa si estoy hecho o no, no voy a separarme de ella y menos ahora —sentenció volviendo a coger la mano de la masajista llevándola a sus labios.

—Está bien.

Emi se levantó para sentarse en el borde de la cama de nuevo, aunque en esta ocasión frente a Alicia. Cogió su mano izquierda y comenzó a acariciar la escarificación.

—Ya conocía esta historia —soltó admirando la cicatriz de Alicia.

—¿Braider? —La rubia negó con su cabeza—¿Entonces? —Por toda respuesta soltó la muñeca de Alicia y bajó ligeramente su camiseta para mostrar su hombro.

—A mí también me marcaron, como a ti. Yo, mi padre formaba parte de una red de trata de blancas. Tu madre era uno de los «objetos» de su catálogo. Satisfacían cualquier petición de sus clientes, no importaba el que. No sufrían por lo que les hiciesen a esas mujeres. Incluso llenaban el catálogo de suculentos manjares para pedófilos. Dejaban que sus prostitutas se quedasen embarazadas para conseguir niñas y niños que ofrecerles. Yo no sabía nada, por aquel entonces eráis mis juguetes, lo que no sabían es que para mí no eráis solo eso. Eráis mis amigas, y cada vez que una de vosotras desaparecía no podía soportarlo, sobre todo porque me decían que ya no me queríais, que esa era la razón de vuestra marcha. —Volvió a tomar la muñeca de Alicia entre sus manos—. En estos meses te pregunté si habías tenido amigas, no sabes lo que me dolió que me contestases que nunca las habías tenido.

—¿Tú y yo…? —Alicia alzó su mirada para encontrarse con los ojos cristalinos de Emi y su cabeza asintiendo.

—Las mejores. Eras mi mejor amiga, yo te regalé el osito que mordías para no gritar en aquel armario, y este, se lo di a tu primo para que te lo entregase y me recordases. Es lo que he estado intentando todos estos meses, que te acordases de mí, de nuestros juegos, de nuestras risas, de todo lo que pasamos juntas. Pero me has borrado de tu memoria, como todo lo que pasó durante esos años. Ni si quiera eres capaz de darte cuenta de que ya conocías a tu nueva mamá.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida tensando todo su cuerpo, sin deshacer el agarre de sus manos que Raúl aún mantenía.

—Esa mujer rubia que veías en medio de la neblina de tu inconsciencia era mi madre. Ella dio la vida por ti. Cuando no viniste a jugar ni ese día, ni el siguiente, se preocupó. Averiguó donde vivíais y fue a buscaros. Los restos de sangre en el suelo la alarmaron. Te buscó por toda la casa y, cuando abrió el armario, vio que por debajo de una de las paredes emergía un líquido mal oliente. Tú incontinencia te salvó, Alicia, eso le dio la pista a mi madre para encontrarte, para entregarte a mi niñera.

—¿Has dicho era? ¿Qué le pasó a tu madre, Emi? —preguntó Raúl con curiosidad.

—Después de eso se enteró de la realidad de los negocios de su marido. Había pasado por alto las guerras entre cárteles, el vivir en un mundo ilegal. Había pasado por alto mil cosas para salvaguardarme, pero cuando se enteró de la vida que les daban a esas mujeres, decidió que era el momento de denunciarlos y con ello firmó su sentencia de muerte. —Emi sostuvo por un momento la mirada perdida en la muñeca de Alicia, manteniendo a raya las lágrimas que amenazaban con aflorar con el recuerdo de su madre—. Deimer supo antes que

nadie la jugada que iba a realizar, nunca ha sido muy avispado, pero en esa ocasión actuó con astucia. Dejó que ella siguiese adelante, cogió todo el dinero que pudo, más de lo que te puedas imaginar, más de lo que podríamos gastar en diez vidas, y se lo llevó con él lejos de allí. Se llevó el dinero, a mí y a algunos de sus secuaces, aquellos en los que tenía una fe ciega. No le impidió a mí madre confesar, quería que lo hiciese, que desmantelase el cártel, que se los quitase de en medio. Así se hizo con el control de las migajas que lograron salvarse y, ya en Europa, comenzar de nuevo con el negocio centrándose únicamente en la trata de blancas y el blanqueo de dinero. Sabía que, tras aquella confesión, mi madre tendría los días contados. No le importó, no hizo nada por impedirlo. Simplemente siguió adelante luchando por mantener a salvo sus trofeos: el dinero, su tren de vida y yo.

Alicia se abalanzó hacia ella, abrazándola con fuerza. Tras unos segundos Raúl se unió al abrazo colectivo. Instantes después Emi continuó con su relato.

—Por eso no me importa que muera, es un auténtico hijo de puta. Pero, Alicia, igual que tú te has centrado en la venganza, yo me he centrado en salvar a esas mujeres, algunas de ellas son las que jugaban conmigo. No puedo abandonarlas a su suerte. Llevo años buscándote, años planeando la forma de rescatarlas y, cuando llegó tu primo a Colombia, cuando me habló de ti, cuando me pidió que no te despidiésemos y, sobre todo, cuando me enseñó tu foto, sabía que había llegado el momento. Te había encontrado, lo vi como una señal y convencí a tu primo y a Daniela para que me ayudasen a reunir las pruebas para desmontarlo todo. Por eso lo mataron, porque sabían que era él quién estaba investigando, querían destruir las pruebas que teníamos. Íbamos a desvelar que el equipo tan solo era una tapadera para traer engañadas a muchachas como novias de los nuevos ciclistas, una vez aquí nadie podía hacer nada por ellas, les ordenaban que las dejasen, las secuestraban y las distribuían por las distintas sedes. Daniela es periodista, hacerla pasar por la novia de tu hermano, por su prometida, fue nuestra forma de infiltrarla.

—Pero vosotros me dijisteis que estaba bien, me enseñasteis fotos —replicó Alicia confundida.

—Sí, ¿verdad? El método que la organización utilizaba para hacer que las familias de las chicas no se preocupasen nos dio la idea. Sabíamos que cada poco colgaban fotos en las redes sociales de las chicas para que nadie denunciase, así que decidimos que Daniela nos daría pistas en esas fotos del lugar en el que estaba, en el que nos dejaría la información que recabase y las pruebas que pudiese extraer.

—Por eso desaparecías…

—Por eso desaparecía, y por eso le daba las tarjetas de memoria a

Braider. Solo él sabía dónde estaban, y parece ser que las escondía bien, una vez me dijo que ni siquiera tú habías sido capaz de encontrarlas. —Emi sonrió recordando aquel momento—. Si encontramos el escondite, tú y yo conseguiremos lo que durante tantos años hemos deseado, que se haga justicia.

Alicia se levantó saliendo de la cama. Comenzó a dar vueltas alrededor de la habitación como un ratón enjaulado. Jugueteaba con sus manos, tamborileaba con sus dedos en la frente a la vez que se repetía: «piensa, piensa», una y otra vez, como si aquello pudiese descifrar el escondite en el que Braider había dejado la información, uno en el que ni siquiera ella la había encontrado. ¿Qué lugar era aquel en el que Alicia podría haber dado con la información? Y de repente todo encajó, recordó los ruidos extraños que salían del cuadro de la bici, aquella tija que martilleaba de vez en cuando, la insistencia en llevarse con él su flaca en la semana que lo mandó a descansar al pueblo, y esa frase, ni siquiera Alicia lo descubrió, ni siquiera ella que todos los días revisaba el cuadro milímetro a milímetro había dado con la microSD que guardaba toda la información.

—Sé dónde está lo que necesitamos, —se quedó en silencio aguantando las miradas impacientes de Emi y de Braider—, y lo tenemos con nosotros.

—¿Dónde? —preguntaron ambos al unísono.

—En la bici de Braider —contestó sonriente.

—Olvídate, la bici desapareció, algún malnacido decidió robarla mientras asistíamos a tu primo —replicó Emi.

—No, esa era la de Raúl y este tiene en su casa la que necesitamos. Por fin encontrarás la justicia que buscabas, Emi, podrás liberarlas a todas.

Capítulo 41

5 de mayo de 2022, Zona de los chiringuitos del Río Tormes, Ledesma

Raúl observaba a Alicia desde la barra del bar. Ella estaba sentada a la orilla del río Tormes lanzando piedras al agua, intentando que rebotasen en la superficie el mayor número de veces antes de hundirse. No se podía imaginar lo que había sido para ella tener que soportar el ritual que se sucedía al acabar los funerales en aquel pueblo, ese en el que todos los asistentes pasaban uno a uno por delante de la familia a dar el pésame con unas palabras vacías y un apretón de manos, alargando su agonía.

Él había estado arropándola durante todo el sepelio, sentado a su lado, sujetándole su mano, haciéndole saber que no se encontraba sola y preparándose para atenuar la tormenta que esperaba que se desatase en cuanto vio que Emi no era el único componente de la familia del Ammilie que estaba en la iglesia. Deimer había tenido el mal gusto de aparecer, no sabía si para lavar su imagen o para demostrar ante ellos el poder que ejercía en cualquier ámbito.

Cuando llegó la ronda de pésames Emi pasó delante de su padre fundiéndose en un sentido abrazo con Alicia, un abrazo que culminó con un beso en la mejilla antes de que aquella mole de músculo apremiase a su hija para ocupar su lugar. El magnate tomó la mano de Alicia con delicadeza entre las suyas y con un gesto adusto, serio, formal, soltó un sentido «descanse en paz». Alicia se empapó del cinismo de aquel hombre, lo atrajo hacia sí abrazándolo para susurrarle una frase que tenía atravesada en su garganta esperando a ser pronunciada desde que lo vio entrar por la puerta de la iglesia: «Esta vida no te va a salir gratis». El padre de Emi sonrió, sabiéndose a salvo de todo. Llevaba demasiados años jugando a ese juego como para preocuparse por una simple masajista que nada podría hacer contra él.

Raúl supo que aquel duelo acababa de comenzar, escuchó la advertencia de Alicia y el gesto frío de la mole de músculo y se temió lo peor. Sabía que su chica no se contentaría con verle entre rejas, con acabar con aquella organización y rescatar aquellas mujeres. Ella seguía queriendo venganza, si en algún momento aquella idea había llegado a difuminarse en su mente, la muerte de Braider había sido el acelerante que había vuelto a avivar la llama.

El chico tomó las cervezas que había solicitado y se acercó a la orilla para sentarse al lado de Alicia. Ese día su refugio no era su habitación. Necesitaba estar fuera de esas cuatro paredes, respirar y ver como la noche caía a orillas de aquel río en el que llegó a ver

tantos amaneceres junto a sus amigos y su primo.

—No me extraña que vuelvas en cuanto puedes a tu pueblo, es bonito —comentó el chico con su mirada fija en los filamentos plateados que la Luna dibujaba en el Tormes.

—Tu pueblo también lo es, Raúl, pero creo que ninguno de los dos queremos hablar de la belleza de nuestras villas. —Tomó un sorbo.

—Vas a matarle, ¿verdad?

—En cuanto se me presente la más mínima oportunidad. —respondió tajante sin tan siquiera mirarle.

—No quiero perderte, Alicia. No creo que salgas viva de donde sea que intentes esa locura, y si lo haces, irás a la cárcel.

—No te pido que me sigas, no quiero que me sigas, esto es algo que tengo que hacer sola.

—Te mentiría si te dijese que no tengo miedo, que no preferiría que lo pensases mejor y te olvidases de todo, —pasó su brazo por detrás de sus hombros antes de darle un beso en su rostro—, pero no voy a dejarte sola en esto.

—No estaré sola, Emi…

—Emi, no sabes nada de Emi, … —gritó él exasperado.

—Lo mismo que de ti —cortó ella tajante.

—No me hagas esto, Alicia. No voy a permitir que me alejes para que te sea más fácil perderlo todo.

—Quizás tú me conozcas mejor que yo a ti. —Volvió a tomar un sorbo de su cerveza antes de girarse hacia él y robarle un beso de sus labios—. Voy a hacerlo Raúl, aunque te arrastre, aunque te ponga en peligro. No quiero hacerlo, no soportaría que tú también murieses por mi culpa, pero veo que no voy a convencerte y tú, tú a mí tampoco.

Raúl la abrazó tan fuerte que sus cuerpos podrían haberse traspasado. La besó, haciendo encaje de bolillos con sus labios, peregrinando por su cuerpo con su boca en aquellas partes que quedaban a la vista y que el decoro permitía recorrer. Se desgastó trasladando el sentido de sus palabras a un plano físico, palpable, porque sabía que quizás, ese podía ser el último momento que tendrían para demostrarse el amor que se profesaban antes de que se desatase la tormenta.

Se quedó paralizado observando aquella mirada, aquellos ojos marrones inundados de tristeza y esperanza, que se debatían entre cargar con el lastre del pasado o desasirse de antiguos fantasmas y avanzar. Y sabía que, mientras la duda existiese, siempre sería mayor el peso de los recuerdos y la furia engarzada en sus entrañas, que el amor que se profesaban, que la promesa de un futuro lleno de luz entre sus brazos y sus besos.

El sonido del WhatsApp deshizo el hechizo que mantenía unidas sus miradas. Raúl se llevó la mano al bolsillo. Su rostro cambió de

súbito en cuanto leyó el mensaje que le enviaba su hermano.

—Alicia, han entrado a robar en mi casa —le explicó el chico con su rostro pálido.

—¿Tu familia? —Alicia sintió el miedo clavándose en sus entrañas.

—Ellos están bien, pero se han llevado la bici, la bici de Braider, no tenemos nada.

Alicia lanzó el botellín contra el suelo rompiéndolo en mil pedazos. Se incorporó posando su mano sobre uno de ellos. El corte no era profundo, pero sí muy escandaloso. Comenzó a sangrar. Raúl rebuscó en sus bolsillos sin encontrar nada con lo que presionar la herida Un pañuelo blanco emergió entre ellos dos. El chico lo cogió sin fijarse en quién se lo estaba ofreciendo. Lo anudó alrededor de la mano de Alicia antes de darle las gracias a aquel generoso samaritano que no era otro que Emi que, en medio de aquel caos, se había acercado a ellos sin que se dieran cuenta.

—Estáis aquí, llevo buscándoos por todo el pueblo media tarde —comentó tomando la mano de Alicia entre las suyas para comprobar el alcance del desastre—. Bueno, creo que por este pequeño corte no te darán más días de baja. Esperad, voy a acercarme al coche a por unos puntos de aproximación y algo para limpiar la herida. Ahora vuelvo.

La vieron alejarse hacia la entrada del sendero que llegaba a la zona de los chiringuitos del río. Cuando estuvo a una distancia prudencial Alicia se giró hacia Raúl con el ceño fruncido.

—No quiero que hablemos de nada importante cuando esté Emi. No le digas nada del robo de la bici.

—¿Por qué?

—Porque solo había tres personas que sabíamos que tu bici era la de Braider y una de ellas está demasiado vinculada a quién estaría interesado en hacer desaparecer esas pruebas —explicó sin perder de vista a Emi que seguía trasteando en el maletero del coche.

—No tiene sentido, Alicia, ¿para qué iba ella a darle las pruebas a Braider para después matarle e intentar recuperarlas a nuestras espaldas? —preguntó mientras seguía presionando la herida.

—¿Quién nos contó la historia de las pruebas y que Braider la estaba ayudando? —Raúl enarcó las cejas—. Exacto, ella, y la única persona que podría verificarla está muerta. No sabemos si todo lo que nos dijo es cierto, no podemos fiarnos de ella.

Y en ese momento, mientras la rubia se les acercaba sonriente con la intención de curar la mano de Alicia, en el corazón de esta se abrían nuevas heridas al sentirse traicionada por Emi, la persona con la que había compartido la amistad más grande que alcanzaba a recordar.

Capítulo 42

10 de mayo de 2022, chalet de Deimer, Sevilla

Nunca imaginó que las cosas se iban a complicar tanto. Nadar entre dos aguas era más difícil de lo que jamás había pensado, y si una de ellas era su padre la complejidad de la ecuación se acrecentaba de manera exponencial.

Había podido comprobarlo en los últimos días. Hacía mucho que no pasaba tanto tiempo seguido en casa de Deimer, pero tras el funeral de Braider no había tenido más remedio que hacerlo. Que su progenitor hubiese acudido a la iglesia a presentar sus respetos a la familia era un bonito gesto a los ojos de todos menos a los de Alicia, que lo había visto como una clara provocación.

Emi, al igual que Raúl, había escuchado las palabras que la muchacha le había dedicado en un susurro a Deimer, como también se había percatado de la sonrisa de medio lado con la que este había respondido a la provocación de Alicia. Quien no le conociese no podía adivinar la magnitud del desastre que se ocultaba tras esa sonrisa. Emi conocía el catálogo completo de gestos de su padre y ese era precisamente el más peligroso de todos.

Llevaba jornadas haciéndose la encontradiza con Deimer, buscando el mejor momento para entablar una conversación sin que los resentimientos que las palabras de Alicia habían sembrado en su ser fuesen los que hablasen por su padre. Si quería quitarle el mando tenía que aprender a ser tan sibilina como él, aunque comportarse así fuese lo que más odiaba en el mundo.

Era la tercera vez que se colaba en el despacho, el mismo en el que había descubierto, a la vez que Alicia, el estado lamentable en el que Braider había afrontado las últimas etapas de La Vuelta a Asturias. Aquella masa de músculo sin sentimientos que tenía por padre le había ocultado la situación, manteniéndola ocupada con nimiedades para que no tuviese tiempo de reacción. Sus puños se cerraron con fuerza al recordarlo, su mandíbula se tensó, su vista se clavó en el abrecartas con el que, no hacía tanto, Alicia había jugado en sus manos con intenciones asesinas y entonces, al recordarla, sonrió, sus músculos se relajaron y liberó el aire contenido en sus pulmones.

Su padre entró en el despacho sorprendiéndola en ese momento de calma tras la tormenta. Avanzó para sentarse tras la mesa que presidía la estancia.

—¿Qué narices haces aquí? —preguntó sin levantar la vista de los papeles que estaban dispersos encima del escritorio.

—Tenemos que hablar.

—No hay nada de lo que hablar —sentenció Deimer.

—Pensé que era algo más que tu hija en esta organización —dijo mientras daba vueltas en su mano al abrecartas.

—No te has ganado el derecho a ser más que eso.

—Entonces te hablo como responsable del equipo. No quiero que Alicia deje el Ammilie —exigió golpeando con fuerza la mesa.

—Y yo no la quiero en él —sentenció sin apartar la vista de los papeles.

—¿Solo la quieres fuera del equipo o la mandarás matar como a Braider?

—¿Matar? —Deimer al fin elevó su cabeza clavando su mirada en la de Emi en un reto silencioso—. Yo no he matado a nadie.

—Ja, mira papá, no soy una niña, ya no, así que no me cuentes cuentos de hadas.

—Me da igual lo que creas o dejes de creer. Se ha acabado la conversación. —Deimer volvió a centrar su atención en los documentos.

—No, no hasta que me asegures que ella seguirá en el equipo.

—Cómo bien dices ya no eres una niña, así que ya no tengo porque proporcionarte juguetes.

—¿Juguetes? ¿Así que eso eran para mí? Eran mucho más que eso, papá, eran mis amigas —dijo Emi alongándose hacia él por encima de la mesa, golpeando los papeles a la vez que hablaba intentando captar su atención.

—Si no eres capaz de verlas como simples objetos no creo que estés capacitada para asumir más responsabilidad en esta organización.

—Sigues sin entenderlo, papá. Ellas eran mis amigas, las del pasado, a las que captamos ahora ni las conozco ni me importa lo que les suceda.

—Pero sí te importa lo que le suceda a esa tal Alicia, ¿verdad? ¿Qué te pasa con ella en realidad?

—No me pasa nada, papá. Solo pienso en nosotros, en la organización. Tres muertes tan seguidas dentro del Ammilie llamarían mucho la atención, y no creo que la de Alicia puedas encubrirla de la misma manera que lo hiciste con la de Braider.

—Espero que tan solo sea eso querida Ammilie. Eres mi hija, así que no dudaría en castigarte si te portas mal, y no creo que quieras pasar de nuevo por ello, ¿verdad?

La respuesta de la rubia se vio tapada por el barullo que se escuchaba tras la puerta y el ruido que los batientes hicieron al chocar con violencia contra la pared. Alicia entró en el despacho sacudiéndose de encima a dos de los guardaespaldas que intentaban impedir sin éxito que avanzase mientras gritaba el nombre de Deimer.

—Ammilie, controla a tu mascota o tendré que tomar medidas —ordenó a su hija al ver que la masajista se acercaba a la mesa.

Emi obedeció a su padre. Se giró y, con Alicia casi a su altura, la sujetó del brazo para intentar llevársela de allí. La masajista se zafó del amarre con un simple gesto de su extremidad.

—No voy a marcharme sin entregarle mi dimisión —Alicia metió su mano debajo de su chaqueta a la altura de su pecho.

—¡No! —Emi no permitió que la chica sacase su mano temiendo lo que podía suceder—. No vamos a aceptar tu renuncia. Tienes un contrato vinculante, si lo rompes nos veremos obligados a reclamarte la penalización económica estipulada. —Alicia forcejeó ligeramente sin conseguir que Emi le permitiese sacar la mano ni lo que llevaba férreamente sujeto en ella—. Vámonos —ordenó la rubia recolocando aquel objeto en su lugar original antes de entrelazar sus dedos con los de Alicia posándolos sobre el corazón durante unos segundos.

La masajista por fin claudicó, sabía que había perdido el factor sorpresa, que ya no tendría la oportunidad de ejecutar a Deimer y, en realidad, no creía que hubiese sido capaz de hacerlo delante de su hija. Ella sabía muy bien lo que se sentía cuando mataban a una madre delante de ti y no se lo deseaba a nadie, ni si quiera a los que no sabía si calificar como aliados o enemigos.

Se dejó llevar mansamente por los pasillos de aquella mansión en dirección a la salida. Toda la determinación, la fuerza, la rabia, que la habían llevado hasta el despacho sin dejarse amilanar, las había perdido en aquel leve forcejeo con Emi. La adrenalina no había sido suficiente para enfrentarse a los ojos de aquella mujer con la que había intercambiado juegos y juguetes siendo unas niñas.

Una vez fuera de la mansión, Emi la introdujo con delicadeza en el coche del equipo en el que Alicia se había desplazado hasta el lugar. Acto seguido ocupó el asiento del piloto. Se giró hacia la masajista, rebuscó debajo de la chaqueta y le arrebató una pistola que escondió de inmediato en su espalda, encajada en la cinturilla del pantalón vaquero. Cuando iba a reprenderla por su descabellada idea se fijó en la postura de su compañera, su cuerpo se acomodaba lánguido en el asiento del copiloto, como un muñeco de trapo, sin voluntad, con la mirada ausente, una mirada sin alma. Alicia se había rendido al creer que había perdido su última oportunidad de hacer justicia.

—Pensé que no te importaba que matase a tu padre.

—Y no me importa. Lo que quise evitar es que murieses tú en el intento. —Emi, posó su mano en el muslo de Alicia—. No había forma de que salieses de allí con vida, cielo. —La masajista se encogió de hombros—. Se acabó. Sí, Braider ha muerto, y tu madre, pero tú no, ¡maldita sea! Espabila de una vez.

—¿Para qué? —preguntó sin mover un solo músculo.

—Para hacer lo que no has hecho hasta ahora, vivir, Alicia, vivir. —Emi apretó el muslo de la chica al decir esto—, Mírame, mírame —ordenó girando el rostro de la masajista hacia el suyo con delicadeza —. Ellos se han ido, pero tienes mucho por lo que luchar, ¿Acaso no te importan tu madre, o tu tía o Raúl? Yo, mira, olvídate de todo esto, ¿vale? Yo me encargo de todo, cuándo tengas las pruebas dámelas, saldrán en todos los periódicos, las salvaremos a todas.

—No, yo lo haré. —Alicia ocultó deliberadamente el hecho de que la bici había sido robada y con ella la tarjeta que contenía la información—. Pero antes de hacerlo público creo que tenemos que liberar a las chicas.

—Eso podría llevarnos años, hay varias ubicaciones y…

—Liberaremos al menos a las que estén en la sede más cercana, la que tu padre tenga más a mano.

—¿Y eso por qué si puede saberse?

—Porque esa cercanía le permitiría dar la orden de deshacerse de ellas con rapidez en cuanto la noticia saltase a los medios. A la policía no le daría tiempo a intervenir tan pronto. No es negociable Emi, ¿o debería decir Ammilie? —La rubia frunció el ceño antes de responder.

—Emi es el nombre por el que debes llamarme. Hace tiempo que renegué de mi nombre completo, no me trae buenos recuerdos.

—¿Es eso o es que siempre quisiste ocultarme quién eras en realidad? —preguntó la masajista con suspicacia.

—Nunca quise ocultarte nada, Alicia.

—Pues es lo único que has hecho desde que nos conocimos —sentenció la chica antes de apearse del coche y comenzar a caminar sin destino, con la única intención de alejarse de ella.

Capítulo 43

10 de mayo de 2022, finca del chalet de Deimer en Sevilla

Ya había pasado más de media hora desde que a Alicia se le había ocurrido la genial idea de abandonar el coche en el que compartía espacio con Emi. A pesar de que no era la primera vez que visitaba aquel lugar nunca había sido consciente de la extensión del bosque que rodeaba la mansión del magnate.

Y por si no hubiese sido suficiente con aquella mala decisión, Alicia había optado por abandonar el camino para adentrarse en la densidad de la arboleda, alejándose de la carretera para evitar ser vista por Emi si esta se decidía a seguirla. Se había introducido tanto en la espesura del bosque que se había desorientado y, aun así, seguía caminando, pateando con su pie las pequeñas piedras que se interponían en su camino, intentando que con ese gesto repetitivo se dispersase la furia que la carcomía desde el momento en el que la rubia le había impedido disparar a Deimer, el único objetivo con el que había acudido a aquel lugar.

Lo que Alicia no se esperaba era que el rumor de un lamento llegase hasta sus oídos en medio de aquel inhóspito paraje. Se escondió con rapidez tras un árbol intentando pasar desapercibida. No quería que Emi la encontrase, pero mucho menos que cualquier otra persona lo hiciese y pensase que estaba merodeando por el lugar.

Su torso se pegó al tronco con tal intensidad que llegó a creer que podría fusionarse con él. Se había escapado de la compañía de Emi para acabar en medio de la nada, con el miedo instalado en sus entrañas y la sensación de que aquellos podían ser sus últimos minutos en la Tierra. Llevó su mano hacia el lugar en el que había estado su pistola hasta hacía escasos momentos. Al encontrar la cartuchera vacía recordó quién la había desposeído del arma y se maldijo por lo bajo por habérselo permitido. El lamento, que tímidamente transportaba la ligera brisa hasta sus oídos, se vio interrumpido con brusquedad por el estallido de un disparo. El ruido que hizo el cuerpo de aquella persona al caer contra el suelo fue tapado por el graznido de los pájaros que echaron a volar desde las ramas agitando con fuerza sus alas. El cuerpo de Alicia se tensó, presionó la mano contra su pecho respirando agitadamente, bisbiseando una plegaria con los párpados firmemente cerrados.

Tuvieron que pasar unos segundos hasta que la chica se atrevió a girarse y buscar el lugar de donde procedían aquellos sonidos. Logró ver, a lo lejos, a un par de chicas arrodilladas frente a una zanja con sus manos atadas a su espalda. Tras ellas, un par de hombres fornidos

vestidos con trajes manchados de tierra las custodiaban mientras otro, con sus ropas impolutas, apuntaba con su arma hacia la nuca de una de ellas.

El estallido de otro disparo deshizo de nuevo el silencio. El cuerpo de aquella mujer se arqueó hacia atrás para acabar cayendo desmadejado a la zanja. Fue entonces cuando comprendió que allí, en aquella fosa común, se hallaba el destino de al menos otra alma.

Sin darse cuenta, mientras su mente procesaba lo que estaba presenciando, fue avanzando hacia aquellos tres asesinos. No era una heroína, tampoco una cobarde. No podía permitir que la única mujer que quedaba con vida la perdiese ante sus ojos sin intentar evitarlo. Si hacía una hora no le había importado que acabasen con sus días por matar a Deimer, menos le importaba que lo hiciesen por intentar salvar a una inocente.

Recogió una rama de un grosor más que considerable entre sus manos antes de comenzar una alocada carrera contra aquellos individuos. Cuando llegó a su altura golpeó con fuerza la mano del que sostenía la pistola consiguiendo que se le escapase. Alzó sus brazos y con un giro de su cintura, como si se dispusiese a batear, impacto con aquella madera en la cara del ejecutor, alejando la sombra de la muerte de la chica por unos minutos.

La mujer que esperaba arrodillada a su suerte se incorporó de golpe al ver que ningún arma apuntaba a su sien. Tenía sus manos atadas a la espalda, pero no dudó en utilizar sus extremidades inferiores para asestar una fuerte patada en la entrepierna de otro de sus captores, al que Alicia acabó por dejar tendido en el suelo, inconsciente, con otro duro golpe de su arma improvisada en la base de la nuca.

—¡Corre! —gritó la masajista tirando la rama para poder sujetar por el codo a la superviviente e incitarla a huir.

No hizo falta más para que ambas mujeres se lanzasen, como alma que lleva el diablo, a una alocada carrera internándose en la frondosidad del bosque justo a tiempo de que un nuevo estallido retumbase rompiendo el silencio. El primer disparo había sido al aire. El segundo despojó a un árbol de varias de sus hojas. El tercero se alojó en el hombro derecho de Alicia haciéndola caer por la fuerza del impacto.

—Vamos, levántate, tenemos que irnos —la arengaba aquella mujer a la que había salvado— Vamos, tenemos que irnos —siguió insistiendo oteando el horizonte mientras escuchaba las hojas crujir bajo unos pasos que se acercaban demasiado deprisa hacia ellas.

Alicia la observaba intentando incorporarse con la dificultad que tenía hacerlo con una mano herida recientemente y un agujero de bala en el hombro contrario. Tras mucho esfuerzo consiguió ponerse de

rodillas. Se quedó unos instantes en esa posición, jadeante, antes de alzar la vista hacia su acompañante, justo a tiempo de observar como la culata de una pistola se dirigía hacia su cabeza. Un arma empuñada por la mano del hombre que las perseguía y que acabó por impactar contra su cráneo extrayendo un ligero chasquido de este al producirse el contacto.

Alicia sintió su cuerpo cayendo de nuevo atraído hacia el suelo. En un acto instintivo, mientras su torso se giraba por la inercia del impacto, alargó sus brazos para atenuar el golpe contra la tierra compacta. Tendida en aquella improvisada y poco mullida cama, mientras el arma del asesino apuntaba alternativamente a la mujer que la acompañaba y a ella misma, acertó a escuchar el sonido de un nuevo disparo. Antes de poder procesar si una nueva bala atravesaba su piel, Alicia perdió el contacto con la realidad sumiéndose en un mundo fundido en negro.

Capítulo 44

00:12, 11 de mayo de 2022, finca del chalet de Deimer, Sevilla

Los golpes de la pala contra el suelo reverberaban en el bosque pasada la medianoche. El ulular de los búhos rompía el silencio de la arboleda por la que se colaba la luz de la Luna Llena dotando de claridad suficiente al claro. Emi se llevó el antebrazo a su frente para secarse el sudor. Llevaba horas cubriendo de tierra los cadáveres que había lanzado al foso. Había parado por un momento para tomar aire y comprobar que la tierra estuviese lo suficientemente compactada y alisada como para que nadie pensase que había sido removida.

Sabía que su padre estaba a punto de llegar hasta allí. Ella le había indicado donde se encontraba tras intercambiar con él unas duras palabras por teléfono. Si pensaba que no estaba preparada para la organización Emi estaba dispuesta a demostrarle lo contrario y, que fuese hasta ese claro del bosque para que viese con sus propios ojos de lo que era capaz su delicada princesa, era el mejor argumento para convencerlo.

Apoyó sus codos en la pala clavada en el suelo y posó uno de sus pies en ella admirando lo que acababa de conseguir. Pronto volvería a crecer la hierba y las margaritas cubrirían el terreno abonadas por los cadáveres que llenaban la fosa. Rezó una oración por sus almas para calmar el desasosiego de la suya. Aún resonaba el amén de la plegaria en su mente cuando el crujir de unas ramas distrajo su atención haciendo que mirase hacia la vereda por la que ella había llegado hasta el claro.

Tenía la certeza de que era su padre, nadie sería capaz de anunciar su llegada de una manera tan escandalosa. Esos eran sus terrenos, parte de sus dominios, en ellos imponía su ley, y no necesitaba esconder sus pasos ante nadie que pudiese estar en sus propiedades.

Emi pudo ver su cuerpo aparecer entre las sombras, perfilado al contraluz de la Luna Llena que se empeñaba en desvelar los secretos de la noche. Escuchó su respiración entrecortada fruto del esfuerzo. La furia había propulsado sus pasos con una intensidad poco recomendable para alguien más dado a sentar su culo que a moverlo.

—¿Dónde están mis hombres? —logró preguntar entre jadeos.

Emi mantuvo su pose con los brazos cruzados sobre la empuñadura de la pala y su pie en ella mientras apuntaba hacia la zanja cubierta de tierra con un gesto de su cabeza.

—Ammilie, ¿qué has hecho? —exigió una respuesta acercándose a ella con sus mejillas encendidas por la rabia.

—Terminar el trabajo de tus hombres. —Se llevó la mano al

bolsillo para sacar su móvil buscando una foto mostrándosela a su padre.

—¿No decías que no podíamos matarla?

—Ha sido un mal necesario. Había visto demasiado. —Su padre enarcó una ceja—. Se escapó y se adentró en el bosque. Vio como tus hombres ejecutaban a tus putas.

—¿Y no podían haberla matado ellos?

—Con lo que les pagas bien podían haberlo hecho. Pero se ve que no eres muy bueno eligiendo a tus trabajadores. Será que te estás volviendo viejo.

Emi no se esperaba la respuesta de su padre en forma de bofetón que le volvió la cara haciendo que trastabillara y que la pala y el móvil cayesen al suelo.

—No te he enseñado a faltarme al respeto.

—Ni a matar, pero también lo he hecho. —La chica se agachó con parsimonia a recoger su móvil y la pala, manteniéndola en el aire asida a media altura del mango—. La maldita Alicia había noqueado ella sola a dos de ellos y estaba acabando con el tercero. Si no llego a tiempo de descerrajarle un tiro, ahora mismo tendríamos un problema muy grave. No tuve más remedio que castigarles por su imprudencia. Daños colaterales.

—Al fin. Esta es la hija que me merezco y no esa muñeca de porcelana que eras.

—Esa muñeca de porcelana se rompió hace mucho tiempo, papá. —Comenzó a caminar alejándose del claro.

—Espera —gritó fuerte deteniendo el paso de su hija al instante.

—Si no te importa me gustaría ir a quitarme toda esta tierra de encima.

—Estás dentro.

—¿Dentro de qué?

—De la organización. Ve, aséate, cámbiate de ropa, vuelve a ser la muñeca de porcelana. Te necesito con esa cara de niña buena para presentarte al resto.

—Estoy muy cansada, papá.

—No es una sugerencia Ammilie. Debo reconocerte ante ellos.

Capítulo 45

13 de mayo de 2022, piso de Emi, Sevilla

Se encontraba tumbada en el sofá, derrotada por los acontecimientos de los últimos días. Una pierna estirada, otra flexionada, un brazo bajo su cabeza, el otro encima de su barriga y la mirada perdida en el techo dejando pasar las horas.

Tenía sus manos manchadas de sangre y ese acto reprobable era el que le había catapultado a ser considerada la digna sucesora de su padre.

Durante todos los años que vio como él había hecho crecer la organización con los sacrificios de otros, gobernándola de forma dictatorial y tiránica, jamás había pensado que ella sería una más de esas mentes despiadadas que trataban a aquellas mujeres como simples objetos sin sentimientos ni derechos.

Lo había intentado tantas veces y durante tantos años, que el peso de todo lo realizado para lograrlo había caído sobre ella como una pesada losa postrándola en aquel sofá.

Aún recordaba la videoconferencia a la que había asistido con su padre para presentarla ante el resto de aquellos hombres que le eran de sobra conocidos, entre los que destacaba la cara de uno de ellos. Una cara que no había dejado de visitarla noche tras noche en sus pesadillas.

Siempre había pensado que su padre había huido con el dinero y creado una nueva sociedad a su medida para delinquir centrada únicamente en la trata de blancas y el blanqueo de capitales. No había alcanzado a imaginarse que algo de tal envergadura jamás podría haber sido ideado por la escasa imaginación de su padre. Deimer siempre había sido un matón de poca monta y ahora se había convertido en un jefe de paja. Disfrutaba de todos los beneficios de ser el número uno, daba las órdenes que todos acataban, tenía un tren de vida que pocos podían igualar, se creía la punta del iceberg pero, como en este, lo más peligroso no era lo que se alcanzaba a ver, sino lo que estaba por debajo del nivel del agua. Su padre solo era una cabeza de turco, alguien muy visible a quien señalar si algo se torcía, alguien prescindible y ella sería su sucesora en ese trono de papel que ardería en cuanto se escapase la más mínima chispa.

Emi suspiró girándose en el sofá hacia el respaldo acomodando de nuevo su cuerpo. Llevaban tantos años fuera de su país que habían perdido incluso el acento, lo que nunca se imaginó era que su padre hubiese perdido también el juicio para prestarse a semejante juego. No entendía por qué, después de todo lo que había perdido por su culpa,

aún seguía creyendo en ellos.

Emi debía seguir adelante o todos los sacrificios realizados hasta entonces no habrían servido de nada. Tenía que continuar, aunque, con Alicia fuera de juego, todo se complicase y perdiese ligeramente el sentido. No era el momento de abandonarlo todo cuando estaba a punto de conseguir su victoria final.

Repasó en su mente los rostros de los asistentes a la videoconferencia de aquella madrugada. Los hilos de su padre eran manejados por tres hombres que no ocupaban las portadas de las revistas ni acaparaban titulares en los telediarios, pero que eran más poderosos aún que Deimer y sin duda alguna, más peligrosos. Eso no la iba a detener, llevaba muchos años dinamitando aquella asociación desde dentro, rescatando a cuantas mujeres y niñas había podido de las garras de los depravados que pagaban cualquier precio para poder hacer lo que quisieran con ellas. Emi tan solo había sufrido una vez aquella humillación y había sido suficiente para perder su autoestima y para no olvidar jamás la cara del hijo de puta que le había robado la inocencia. El mismo que aquella madrugada la había mirado con suficiencia desde el otro lado de la pantalla cuando su padre había anunciado que ella estaba dentro, que era de confianza y se ocuparía de la rama hispana del negocio.

El teléfono vibró sobre la mesita que se encontraba en medio del salón, al lado del sofá en el que descansaba el cuerpo de Emi. Obvió con descaro a la persona que desde el otro lado insistía en ponerse en contacto con ella rellamando una y otra vez en cuanto el número máximo de tonos cortaba automáticamente la llamada. Tras tres minutos escuchando el tenue repiqueteo del móvil contra el cristal de la mesita se giró sobre sí misma gruñendo para sentarse en el sofá antes de responder.

—Por fin, llevas días esquivando mis llamadas.

—Sabes que es peligroso que hablemos, Daniela.

—Pero es necesario.

—¿Igual que lo fue lo que hicimos?

—¿Cuántos años llevamos en esto? Sabes que el fin justifica los medios.

—No siempre, Daniela, no siempre —contestó Emi agitando su cabeza.

—Antes no pensabas así, y gracias a eso me has salvado dos veces de ese mundo al que tu padre me había condenado. Una cuando era una niña y la segunda hace dos días.

—Solo seguía los pasos de mi madre. Ella quería salvaros a todas.

—Y lo pagó con su vida. Pero tú conseguiste que su muerte no fuese en vano. No puedes rendirte ahora, tenemos que acabar con ellos.

—No servirá de nada, Daniela. Son demasiados, más de los que creíamos.

—Pero ahora tenemos las pruebas que necesitábamos, de algo tuvo que servir pasar de nuevo por aquel calvario y que casi me matasen.

—¿Fue por la marca?

—No, taparla con un tatuaje fue una buena idea. Lo que no lo fue tanto fue romperle la nariz a mi primer cliente. Creo que eso hizo que nadie me solicitase y ya sabes lo que pasa cuando no requieren tus servicios en una semana, estés donde estés, te conviertes en abono del bosque de tu padre.

—Si no hubiese sido por Alicia ahora estarías… —Emi se llevó una mano a sus sienes para masajeárselas.

—Si no fuese por Alicia ahora no estarías dentro, porque lo estás, ¿verdad?

—Sí, lo estoy. Por eso sé que será más complicado de lo que pensábamos.

—No habrá problema, lo tendré todo preparado. Preocúpate tan solo de conseguir la ubicación de todas las sedes, yo coordinaré el asalto para que no tengan tiempo de reaccionar.

—Será una escabechina, Daniela. Son demasiado poderosos.

—Por muy grandes que sean sus dimensiones recuerda que nuestra tela de araña también se extiende más allá de lo que nadie podría imaginar. Hay muchas familias queriendo recuperar a las suyas, clamando venganza.

—Siento que estoy poniendo en peligro a demasiada gente inocente.

—No, Emi, tú estás salvando a mucha gente inocente. Tú iniciaste esta cruzada, y los que nos unimos a ella lo hemos hecho de forma voluntaria, no lo olvides.

—Lo que no olvido es lo mucho que todos estamos pagando por esto, Daniela.

—No le des más vueltas, son daños colaterales, lo sabíamos. Ahora lo importante es que consigas la información. Y recuerda estar siempre preparada, no sabemos cuándo llegará el momento de iniciar el final de esta aventura.

—Lo sé, Daniela, siempre preparada. —Emi se palpó inconscientemente el pecho—. Solo te pido un favor, cuida de todas, cuida de…

—Puedes estar tranquila, lo haré.

Emi colgó, suspiró y agradeció a todos los dioses, en los que creía y en los que no, que Daniela hubiese podido salvarse, aunque fuese fruto de una casualidad. Se levantó del sofá sacudiéndose la angustia, la apatía, la tristeza. No era la primera vez que la periodista hacía espabilar sus sentidos. Daniela había sido un pilar fundamental a

través de los años para poder continuar sin desfallecer en aquella loca aventura que se había iniciado en su mente desde que descubrió la verdad acerca de la muerte de su madre y pudo comprender el significado de la promesa que había arrancado de sus labios justo antes de marcharse a testificar sin saber que, aquella sala de interrogatorios, se convertiría en su patíbulo.

Así que, en ese momento, tras todos los pasos dados, tras todas las vidas arrancadas de la violencia y la esclavitud sexual, Emi sabía que no tenía otra opción más que avanzar a pesar de los obstáculos y las contrariedades, porque si todo salía bien, si conseguían acabar con aquella mafia, las personas que podrían aspirar a escapar de las torturas y la muerte, pesarían más en la balanza de la justicia que las perdidas en el camino.

Capítulo 46

15 de mayo de 2022, chalet de Deimer, Sevilla

Hacía mucho que no pasaba tanto tiempo seguido en casa de su padre como en aquellos últimos días. Quería que Deimer y sus secuaces pensasen que se había tomado en serio su liderato de la cédula hispana del negocio. Así que, aparte de pasearse por todos los rincones de la casa, se pasaba horas encerrada en los despachos simulando estudiar los pormenores del negocio cuando, en realidad, lo único que hacía era buscar algún documento oculto en el que se encontrase la información que necesitaban.

En cuanto tuviesen las ubicaciones de todos los zulos en los que hacinaban a aquellas mujeres, el asalto coordinado a las sedes sería inmediato. Llevaban muchos años planificándolo a la espera de tener las direcciones y las pruebas que incriminasen a los implicados en aquella trama. Emi lo tenía todo pensado milimétricamente, llevaba ideándolo desde que aquel ser inmundo había profanado su ser.

La desaparición de Alicia años atrás, había conllevado graves consecuencias para su familia, pero Deimer no había sufrido ninguna en sus propias carnes y dudaba que, la muerte de su mujer o la violación de su hija, hubiesen obrado el menor daño en su podrido corazón. Fue ella la que sufrió el castigo, ella la que sintió como se desgarraba por dentro cuando aquel ser la penetraba con enérgicas embestidas, ella la que fue obligada a arrodillarse para ser profanada por varios hombres a la vez, que no tuvieron piedad de su tierna edad ni de las lágrimas y súplicas ahogadas por los gritos de dolor que aquellas prácticas le provocaban. Fue una vez, tan solo una, una eterna, duradera e interminable vez la que sufrió aquel tormento. Una única vez que la dejó agonizando, desnuda, tumbada sobre una alfombra en un gélido suelo de una húmeda habitación. Una única vez que dejó una escarificación en su hombro y cicatrices incurables en su alma, las mismas cicatrices de las que prometió hablarle a Alicia si confiaba en ella.

Emi había sobrevivido a aquel trato salvaje a duras penas. De aquella experiencia no había nacido una necesidad de venganza sino un aura de eterna tristeza, porque en ese momento comprendió que, sus amigas y las madres de sus amigas, eran obligadas a pasar una y otra vez por aquel tormento. Fue entonces cuando todo comenzó a fraguarse en su cabeza. Solo eran ideas de difícil ejecución por aquel entonces, pero su niñez arrebatada no había sido para ella un impedimento. Había utilizado su alma atormentada como un cebo para ganarse el favor de alguno de los secuaces de su padre que ahora

estaban de su lado en la sombra, dispuestos a hacer lo que fuese por aquella mujer que, con su tristeza y su alma caritativa, se había ganado su lealtad y sus corazones. Todo comenzó allí, en ese círculo que tan bien conocía y en el que poco a poco supo ganar adeptos que atraían a más adeptos.

Tenía que encontrar pronto los documentos que le indicasen donde deberían posicionarse sus mercenarios porque, cada segundo que pasaba en aquella mansión era un segundo en el que no podía evitar traer esos recuerdos dolorosos a su mente. Revivir esas imágenes era como echar sal en las heridas, unas heridas que jamás sería capaz de cerrar por completo.

Desde la noche en la que fue presentada al trío que comandaba la organización, desde que cruzó sus ojos con la mirada lasciva de aquel hombre que en el pasado había manoseado su cuerpo de niña, las pesadillas se habían vuelto más vívidas. Aquella noche contuvo sus ganas de vomitar el tiempo suficiente para que acabase la vídeoconferencia. En cuanto los rostros de aquellos hombres desaparecieron de la pantalla, salió corriendo hacía el baño para vaciar en el retrete su bilis y el remolino de angustia, dolor, rabia e impotencia, que le trajo a su mente la simple visión de aquel depravado ser. No tenía ningún género de duda de que él la había reconocido, de que también había rememorado, al verla, aquella maldita tarde, aunque seguramente él revivía aquellas imágenes con más placer del que ella jamás podría sentir en un encuentro íntimo.

Se rozó el hombro acariciando su escarificación, aquella maldita mansión no hacía más que traerle aquellos pensamientos que la bloqueaban e impedían que avanzase en su cometido. Se maldijo a sí misma por permitir que esos dichosos hombres tuviesen tanto poder sobre ella. Tan solo la dulce voz de Daniela en su mente logró que se centrase de nuevo en su cometido rebuscando en los cajones, en posibles huecos secretos, en cualquier medio electrónico, la información que necesitaba.

Daniela, que había pasado por lo mismo que ella con la diferencia que había tenido que sufrir aquel tormento múltiples veces en sus carnes y, aun así, cuando Emi consiguió rescatarla, fue capaz de sacudirse el pasado, sacarlo de su mochila y avanzar por la vida sin equipaje. Aquella periodista siempre le recordaba que, por mucho que esos malnacidos le hubiesen quitado, les habían proporcionado también la fuerza para enfrentarse a todos sus miedos y acabar con ellos.

Daniela fue la primera victoria de muchas, el primer rescate. Emi aún podía recordar cómo se abrazó a ella cuando consiguió salir de aquel infierno. Las dos eran jóvenes cuando había sucedido, encontrarse en la vida a esa edad y en esas circunstancias las había

unido con una fe ciega y una lealtad inquebrantable. Sin ella habría abandonado aquella misión cientos de veces.

Emi suspiró dejando caer su cuerpo en la silla frente al escritorio. Se alongó sobre la mesa posando su cabeza encima de sus brazos cruzados. Con la mirada al frente, clavó su vista en el retrato de un personaje decimonónico que presidía la pared. La pintura desentonaba con la decoración del despacho. A Emi siempre le había chocado que estuviese ubicada en aquel lugar, en esa estancia y frente a la vista de quién estuviese sentado en aquella silla. No era la primera vez que se quedaba anonadada mirándola, aunque hacía muchos años que no se había perdido en su contemplación. Entrecerró los ojos, algo parecía no encajar en sus recuerdos, había algo diferente en aquella pintura. Repasó cada trazo en su mente comparándolo con el lienzo que ahora tenía enfrente sin encontrar ninguna diferencia hasta que el destello de una luz en el marco despertó del letargo a su memoria.

—Claro que sí, este no es el marco original.

Solo era una intuición, podía no significar nada, pero su corazón no pudo evitar acelerarse a medida que se acercaba a la pintura. Lo palpó con veneración, recorriendo el contorno con sus manos con los ojos cerrados. Creía que así sería capaz de encontrar cualquier imperfección que pudiese ocultar un compartimento. La primera inspección no reveló nada. Emi insistió, aquel marco escondía algo, si no eran las ubicaciones quizás fuese algún salvoconducto que su padre tenía guardado. En un segundo intento repasó el marco con ligeras presiones. Un pequeño resorte cedió ante una de ellas, era una tarjeta de memoria hábilmente encajada.

Emi la cogió con manos temblorosas. Intercambió la microSD de su móvil con la que acababa de encontrar. En ella había un archivo cifrado. Comenzaba a sentir la urgencia por marcharse de allí recorriendo cada una de sus terminaciones nerviosas. Tenía que llegar a su piso cuanto antes para enviarle a Daniela, desde una conexión segura, lo que había encontrado.

Tomó el pomo de la puerta entre sus manos para marcharse de aquel lugar sabiendo con total seguridad que, la próxima vez que pisase el suelo de aquella casa, sería para desatar el caos en la mansión.

Capítulo 47

16 de mayo de 2022, piso de Emi, Sevilla

El ritmo frenético de los últimos días, unido a los continuos viajes entre su casa y la de su padre, habían hecho que aquella fuese la primera noche desde hacía muchos años en la que Emi había podido disfrutar de un descanso reparador sin la pesadilla recurrente que solía perturbarla.

Se había despertado pasadas las once de la mañana con su cuerpo cargado al máximo de energía. Había disfrutado de un desayuno pausado, saboreando cada uno de los alimentos que se había preparado para sí misma. Disponía de todo el tiempo del mundo mientras Daniela y su equipo descifraban los archivos que había encontrado. Sin esa información no podía hacer nada más allá de esperar y disfrutar de la calma que precede a la tormenta.

Decidió regalarse una ducha relajante tras el desayuno, ya recogería más tarde el pequeño desastre que había organizado en la cocina. Los minutos parecían no transcurrir bajo la ardiente lluvia fina que caía sobre sus hombros. La piel protestaba enrojeciéndose mientras se dejaba llevar por el placer que le producía el repiqueteo constante de las gotas. Con la cabeza echada hacia delante y las manos apoyadas en la pared, dejaba que su mente se evadiese llenándose de la nada. Aquel vacío de pensamientos que se evaporaban de sus neuronas junto con las volutas de vapor, le reportaba la calma que su cuerpo ansiaba y que llevaba meses sin alcanzar. Sonrió al recordar cuando había sido la última vez que se había sentido en paz consigo misma, el momento en el que reconoció en Alicia a la persona que llevaba años buscando, esa que tanto había significado para ella en el pasado.

Cuando tuvo la fuerza de voluntad necesaria para cerrar el grifo y acabar así con el momento de relax, el baño estaba inundado de vapor y de un calor casi insoportable. Se vistió el albornoz enroscándose el pelo en una toalla y escapó de aquella sauna improvisada hacia el salón.

Estaba recogiendo los platos del desayuno cuando el timbre de la puerta la sobresaltó haciendo que la loza impactase en el suelo rompiéndose en mil pedazos. Ignoró aquella llamada, poco le importaba que el sonido de la vajilla fracturándose hubiese delatado su presencia en la vivienda. Se puso a recoger los trozos del suelo cuando el timbre volvió a sonar acompañado de insistentes golpes en la puerta.

—Emi, sé que estás ahí, no pienso marcharme —gritaba Raúl

timbrando sin parar.

Ella se mantuvo en cuclillas por unos segundos debatiéndose entre abrir la puerta y sostener una incómoda conversación con Raúl o esconder la cabeza entre los cojines y esperar a que desistiese en su empeño. Apoyándose en sus muslos se impulsó hacia arriba. Acomodó con calma su albornoz y el turbante de su pelo. Se aferró con su mano a la mesa intentando que ese gesto le impidiese hacer lo que sabía que era lo correcto. Volvió a inspirar con fuerza antes de avanzar hacia la puerta para dejar que Raúl entrase en su casa y, quizás, en el remolino de sus sentimientos.

El chico entró sin pedir permiso avanzando hacia el centro del salón comedor como un viento huracanado que arrasa todo a su paso.

—¿Qué sabes de Alicia? —preguntó a bocajarro.

—Lo mismo que tú, supongo.

—Llevo días sin hablar con ella, no me ha respondido a ningún mensaje.

Emi se quedó pálida al ser consciente de que no había caído en ese detalle, con Alicia desaparecida alguien tenía que haberse hecho pasar por ella por WhatsApp para evitar que en su entorno cercano se preocupasen. Improvisó una excusa peregrina que sintió demasiado falsa a medida que escapaba de su boca.

—Oh, es cierto, se quedó sin teléfono, un accidente desafortunado con el retrete. —Raúl cruzó sus brazos sobre su pecho esperando una explicación mejor—. Sí, se le cayó por el váter y se fue a nadar bajo el mar.

—Emi, ¿piensas que voy a creerme esa tontería?

—Es la verdad, yo no tengo la culpa de que tu novia sea tan desastre. En cuanto se compré un móvil nuevo seguro que te contacta. Y, por cierto, ¿cómo sabes dónde vivo?

—¿Y eso que importa? No intentes desviar mi atención, dime dónde está Alicia.

—¿Por qué tendría que saberlo?

—Porque no sé nada de ella desde el funeral de su primo, porque después de que me robasen la bici me dijo que no se fiaba de ti y, porque justo después de eso, todo me hace pensar que fue a matar a tu padre.

—Espera, espera, ¿cómo qué te robaron la bici? Y, ¿Cómo qué no se fiaba de mí? —preguntó Emi ajustándose inquieta el cinturón del albornoz.

—Del mismo modo que yo no lo hago. Justo cuando te enteras de que las pruebas pueden estar escondidas en la bici, van a mi casa y la roban. Y, justo cuando Alicia me dice aquello y me insinúa lo que pretende hacer, desde entonces, no tengo noticias de ella. ¿Qué le has hecho, Emi? —Raúl la cogió por la pechera del albornoz

desajustándolo ligeramente de su posición, dejando entrever parte de los pechos de la rubia.

—¡Déjame! —Lo empujó con fuerza separándose de él, volviendo a taparse apresuradamente—. Vete de mi casa ahora mismo, Raúl.

—¿O qué? ¿Me harás desaparecer como lo hiciste con Alicia? —El chico se acercaba a la muchacha que apoyaba su espalda contra la pared.

—Raúl, yo no he hecho nada, créeme. Todo lo que está sucediendo, yo, de verdad, yo solo quiero que todo esto se acabe.

—¿Dónde está? No me iré hasta que no me lo digas —Insistió acorralándola con su cuerpo contra la pared.

—Está bien, está bien, —Emi se rindió ante la agresividad que comenzaba a adivinarse en los gestos de Raúl—, déjame que me vista. Dame unos minutos y estoy contigo.

—Esperaré aquí sentado —respondió él señalando el sofá.

Emi asintió. Cogió el móvil de la mesa y se dirigió a la habitación. Parapetada tras la puerta pudo sentirse algo más segura. Aquella actitud de Raúl la había paralizado, trayéndole recuerdos menos amables de una maldita tarde en la que las palabras cordiales se convirtieron en amenazas cuando no fue sumisa ante las peticiones denigrantes del hombre de ojos grises.

Tomó el móvil para escribir con sus manos temblorosas un mensaje a Daniela.

Emi:

¿Hay algo peor que saber que Alicia no confiaba en mí? Tengo ganas de dejar de hacerle daño a la gente que quiero. Prométeme que esto se acabará pronto.

Daniela:

Te lo prometo.

Capítulo 48

16 de mayo de 2022, refugio de Daniela, Sevilla

Daniela tenía catorce años cuando la rescataron de la red de prostitución de Deimer. Emi, que lo había hecho posible, tenía tan solo tres años más que ella. Poco se podía imaginar entonces que iba a pasar de ser víctima a verdugo, que aquella rubia le daría la oportunidad de ayudar a salir, del mismo infierno que ella había vivido, a decenas de mujeres y niñas, que podría tomar venganza de sus opresores desmantelando aquella organización.

Habían pasado otros catorce años desde entonces y, después de tanto tiempo, de tantas pesquisas y rescates minoritarios, después de que en el camino se quedaran tantos amigos que las ayudaron, ahora estaban a punto de conseguir el objetivo por el que tanto habían luchado, que aquellos delincuentes pagaran por sus crímenes y que las mujeres a las que subyugaban pudiesen rencontrarse con la libertad y retomar una vida más o menos normalizada.

Tener tan cerca el final hacía que Daniela no pudiese contener sus nervios. Se encontraba de pie, a la espalda del informático que se afanaba en desencriptar el archivo que Emi les había enviado. Aquel hacker trabajaba sin desconcentrarse a pesar del repiqueteo constante de uno de los dedos de Daniela en el respaldo de su silla y del sonido de las uñas resquebrajadas que ella mordisqueaba sin descanso. El hombre no separaba su vista de la pantalla del ordenador ni sus extremidades del teclado, todo lo demás carecía de importancia en esos momentos. Cuanto antes tuviesen las ubicaciones exactas de las sedes antes podrían organizar un ataque conjunto.

Aún no tenían las pruebas que los inculpaban, todo el trabajo que Daniela había hecho en su infiltración no había servido de nada. El archivo le había llegado con un mensaje de Emi en el que le confirmaba que les habían robado la tarjeta de memoria que con tanto celo había ocultado Braider. Daniela no estaba preocupada por ello, sabía que la microSD aparecería en alguno de los registros de las sedes y que, en el peor de los casos, conseguirían testimonios más que suficientes para acabar con todos y cada uno de los implicados. Lo que realmente le preocupaba era la pérdida de tiempo. Estaban tan cerca de conseguir su propósito que temía que cualquier desliz pudiese dar al traste con toda la operación y, llegados al punto en el que se encontraban, cada segundo que pasaba mayor era el riesgo de que eso pudiese suceder.

Por muy bien que Emi ocultase sus pretensiones, como lo había hecho hasta entonces, había demasiados cabos sueltos, demasiadas

cartas a medio voltear, que podían ser las culpables de ser descubiertas. La muerte de Braider era una muestra más de que los dirigentes de la red de trata de blancas conocían de su existencia. El robo de la bici de este era otra prueba de lo mucho que sabían acerca de sus actividades. Daniela solo esperaba que al menos no fuesen capaces de relacionarlo todo con Emi, ella era su as bajo la manga.

El hacker no dejaba de teclear comandos intentando dar con el correcto para que el documento emergiese a la luz. En medio de aquel pequeño local diáfano en el que todos se mantenían en silencio, aquel sonido constante reverberaba por todo el bajo. Daniela comprobó la hora, hacía mucho tiempo que no pasaba a verla. Se maldijo por tener que abandonar la estancia para acto seguido arrastrar sus pies por la escalera hasta el piso superior en el que se encontraban las habitaciones. Se acercó con sigilo a la puerta, apoyando su oreja en ella, intentando distinguir algún sonido sin obtener ningún resultado. Volvió a mirar la hora registrándola en su cabeza haciendo un cálculo mental del momento en el que tendría que volver para realizar una nueva comprobación.

Ni si quiera se molestó en abrir la puerta. Sabía que después de lo sucedido necesitaba descansar para reponerse, así que procuraba no adentrarse en la habitación a no ser para entregarle la comida y hacerle las curas. Aquellos minutos eran más que suficientes para poner a prueba la paciencia de Daniela. Esta entendía su enfado, pero ella no tenía la culpa de lo sucedido y no pensaba aguantar ni un reproche más de su parte.

Volvió a la planta baja con sigilo, más por quién dejaba en la habitación que por quién esperaba abajo. Cuando llegó a la mitad de la escalera una explosión de júbilo llegó hasta sus oídos. Esperanzada por lo que imaginaba que estaba sucediendo, comenzó a correr sin preocuparse por nada más. Solo había tres personas en el bajo además de Daniela, pero los gritos de felicidad, podían haberse escuchado en varios metros a la redonda si alguien hubiese vivido alrededor. Daniela los vio abrazándose, chillando, señalando la pantalla en la que no dejaban de abrirse imágenes de mapas con direcciones marcadas, y lloró, lloró como una niña. Ella sabía mejor que nadie lo que aquello iba a significar para muchas mujeres, lo que iban a dejar de sufrir, lo que iban a poder comenzar a sentir. Y por eso, porque ella había pasado por esa liberación de la que otras podrían disfrutar, su cuerpo se negó a mantenerse de pie obligándola a tomar asiento en la base de las escaleras, sujetando su rostro con sus manos para ocultar el reguero de lágrimas que corrían por su cara sin control mientras su cuerpo se agitaba. Habían logrado lo más sencillo, obtener la información, pero Daniela era consciente de que, en ese preciso instante, comenzaba la fase más delicada de toda la operación. Cogió

su móvil para enviarle un mensaje de voz a Emi a la vez que se secaba las lágrimas y sorbía sin disimulo los mocos.

«Ahora sí, estate siempre preparada, será cuestión de horas que comencemos el asalto. Quiero que sepas, por si no volvemos a vernos, que estoy eternamente agradecida. Gracias, Emi, gracias por sacarnos del infierno».

Se guardó el móvil acabando de secarse las lágrimas que aún humedecían sus mejillas. Se incorporó para acudir al abrazo colectivo con los compañeros que estaban en el centro de operaciones. Antes de llegar hasta ellos una mano se posó en su hombro reteniéndola.

—¿De qué va todo esto?

—¡Oh, perdona! Te hemos despertado, ¿tienes hambre? ¿Te duele? —preguntó Daniela girándose hacia aquella mujer que negaba con un gesto de su cabeza.

—Lo único que tengo es ganas de saber que está pasando. ¿Por qué le das las gracias a esa traidora? ¿Qué os traéis entre manos? ¿Y qué es todo esto que tenéis aquí montado?

—Yo, no puedo… deberías ir a descansar… —Daniela la empujaba sin conseguir moverla—. ¡Qué demonios!, te lo contaré todo mientras te hago las curas.

Capítulo 49

16 de mayo, refugio de Daniela, Sevilla

No sabía a quién creer. En esos momentos no se fiaba de la palabra de nadie. Daniela le había contado su historia, la historia de como Emi la había liberado de las manos de aquellos proxenetas, de todo el entramado que tenía montado para salvar al mayor número de mujeres posible, mientras no encontraba la forma de liberarlas a todas y boicotear aquella red de prostitución para que no pudiese volver a reorganizarse y seguir esclavizando a nadie más. Daniela le había explicado el papel que Emi desarrollaba en el entramado, cómo establecían contacto con los posibles colaboradores y cómo habían conseguido que Braider fuese uno de ellos. Emi le había contado a su primo su historia, la de Alicia, para que se uniese a ellas. Alicia descubrió así que, cuando ella se había decidido a contarle su verdad, su primo ya la conocía.

Ante esa revelación Alicia se enfureció. No les correspondía a ellas explicarle a Braider el porqué de sus pesadillas y, menos aún, utilizar su historia con la intención de captarle para sus propios intereses. Fue en ese momento en el que declinó saber más de todo aquello, el momento en el que decidió que no podía fiarse de nadie, ni siquiera de Emi, aunque hubiese disparado al matón que apuntaba a su cabeza, evitando así que otra bala acompañase a la que se había instalado en su hombro.

A pesar de las reticencias, Daniela siguió explicándole por qué estaba allí, en esa habitación, en aquel local, del que no le permitían salir. Para Deimer ella estaba muerta. Emi había tenido la astucia de hacerle una foto mientras se encontraba inconsciente, pálida por la pérdida de sangre, tirada en aquel suelo cubierto de margaritas. Era la prueba que había necesitado el magnate para creer en su hija y conseguir que la aceptase como miembro de su organización mafiosa.

Daniela intentó que Alicia confiase de nuevo en Emi, pero ella se negaba a creer. No había nada, más allá de las palabras de la periodista, que le incitase a pensar que Emi estaba en el bando de los buenos. Aun así, Alicia quiso que Daniela pensase que estaba de su lado, que jugaría a su juego y que se quedaría quieta en aquel lugar sin hacer nada, sin intentar nada, aludiendo a la lesión que hacía que mantuviese un brazo en cabestrillo y al corte casi curado de su mano.

A Alicia no le costó mucho conseguir lo que pretendía, le bastó con mostrar una actitud sumisa ante todas las imposiciones de Daniela y acabar claudicando, de palabra, ante la defensa que esta hizo de Emi. Bastó con eso para que la periodista aceptase que Alicia la

acompañase al centro de operaciones de la planta baja siempre y cuando se mantuviese al margen y tan solo observase. La masajista aceptó, eso era precisamente lo que pretendía, observar, conocer la ubicación de la sede más cercana. Su sorpresa fue mayúscula cuando comprobó el alcance de la organización, más de una veintena de localizaciones distribuidas por toda Europa y, aunque fuese lo menos prudente, una de ellas se encontraba en las caballerizas de la finca de Deimer en Sevilla.

Alicia volvía a tener una cita con el destino, aquel era su objetivo, necesitaba llegar a la mansión antes que el grupo de asalto, solo así tendría una nueva oportunidad de matar a aquel maldito desgraciado que le había arrebatado a dos de sus seres queridos. Revisó el lugar con la intención de descubrir algún arma que sustraer. Todas estaban a buen recaudo, incluso la que Daniela tenía sujeta a su espalda, en la cinturilla del pantalón. Alicia comenzó a bostezar estirándose con descaro. Se acercó a la periodista con la intención de abrazarla con el brazo que no tenía inmovilizado. La retuvo contra ella dándole las gracias al oído por todo lo que le había contado.

Las manos de Alicia sudaban, a pesar de ello consiguió hacerse con la pistola sin que se resbalase y sin que Daniela sintiese que lo hacía. Lo más complicado había sido separarse de la periodista y girarse sobre si misma con rapidez para que nadie observase la pistola en su mano. Cuando realizó ese gesto con éxito voló escaleras arriba a encerrarse en su cuarto. Nada, ni si quiera la lesión de su brazo, conseguiría quitarle aquella idea de la cabeza.

Una vez en la habitación se asomó por la ventana. Sopesó la distancia hasta el suelo, era aceptable, podía escapar saltando por ella. El desnivel del terreno hacía que por la parte de atrás del local la base de la ventana se encontrase a menos de dos metros del suelo. Volvió a introducir su cuerpo en el cuarto. Buscó alguna pieza de abrigo en el armario. No había mucho donde escoger así que se quedó con un jersey rojo. Colocó la pistola en la mano entablillada para comprobar con la otra que estaba cargada antes de guardarla en la base de su espalda cubriéndola con el jersey.

Se sentó con gran esfuerzo en el alfeizar de la ventana. Respiró un par de veces para insuflarse valor y saltó. En un primer impacto con el asfalto evitó dar con su cara contra él, aunque salió impulsada hacia delante dando pequeños saltos. No pudo mantener el equilibrio pese a que lo intentó trastabillando y aleteando con su brazo libre. Cayó sobre su hombro herido. De sus labios se escapó un sonoro quejido que no pasó desapercibido para los habitantes del inmueble.

Dentro, en el centro de operaciones, Daniela escuchó el exabrupto de la chica. Se abalanzó escaleras arriba devorando los escalones de dos en dos. Entró sin avisar en la habitación encontrándose con el frío

penetrando en ella a través de la ventana abierta. Se asomó a tiempo de vislumbrar la estela de Alicia alejándose a las carreras por las calles vacías de aquel polígono abandonado. Se echó la mano a la espalda para comprobar que aquella pequeña diablilla había jugado con ella.

—¡Será hija de puta! —maldecía Daniela mientras golpeaba una y otra vez el quicio de la ventana.

Aquella jugada de Alicia no les dejaba otra opción, debían acelerar el asalto coordinado a las sedes, antes de que la testarudez de aquella mujer diese al traste con la operación que llevaban años planeando.

Capítulo 50

16 de mayo de 2022, piso de Emi, Sevilla

Los rayos anaranjados del atardecer se colaban por las ventanas del piso de Emi. El frío comenzaba a hacerse presente en el salón en el que ambos se habían acomodado horas antes acompañados de un tenso silencio. Después de que Emi desvelase a Raúl lo sucedido en la finca de su padre no habían intercambiado muchas palabras y el café, que la hija del magnate había preparado para acompañar la historia, se enfriaba sobre la mesa del salón sin que ninguno de los dos tuviese intención de tocarlo.

Él estaba procesando la información recibida hasta el momento. Siempre había pensado que enamorarse era algo complicado, pero nunca imaginó que hacerlo le fuese a enredar tanto la vida. Aunque sabía que, llegado a ese punto ya no había marcha atrás, no podía borrar de su mente lo que sentía por Alicia, ni podía negarse a hacer cualquier cosa por ella, por su seguridad.

El frío comenzaba a notarse en el piso con la caída de la tarde. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Raúl. Se encogió sobre sí mismo intentando retener el calor en sus brazos desnudos. No sabía si estaba reaccionando a la helada que se adueñaba de la incipiente noche o al cúmulo de revelaciones que aquella mujer le había desvelado. Emi hizo un amago de quitarse la sudadera blanca que llevaba puesta cogiendo el dobladillo para detener enseguida su gesto.

—Mejor voy a por otra para ti. No te marches —le advirtió antes de ir hasta la habitación.

Se entretuvo rebuscando en el armario. Cuando salió le tendió la prenda a Raúl. Sus dedos se rozaron, el chico elevó su mirada hasta la de ella, sin separar su mano.

—¿Y ahora qué? —preguntó Raúl.

—Ahora nada, a vosotros dos tan solo os queda esperar. Mi equipo y yo nos encargaremos de todo. Cuando estén en la cárcel Alicia y tú podréis estar juntos.

—Podrían pasar años —dijo retirando su mano, vistiéndose la sudadera.

—No puedo negarlo, Raúl, pero ella no puede exponerse, nadie puede saber que sigue viva.

—¿Por qué podrían matarte?

—Porque podrían matarla. Creen que sabe demasiado.

—¿Y si no lo lográis? ¿Si no acabáis con ellos?

—Si eso sucede yo no estaré ahí para salvaros.

—¿Qué quieres decir, Alicia?

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

La vibración del teléfono la distrajo de la conversación. Observó el nombre de la persona que la llamaba y, sin ningún tipo de precaución, descolgó comenzando a hablar delante de Raúl.

—Alicia se ha escapado.

—¿Cómo que se ha escapado? —preguntó Emi presa del pánico.

—Y no solo eso, ha visto donde están las sedes y tiene mi arma, creo que…

—Va a por mi padre —completó la frase la rubia.

—Exacto. Tenemos que comenzar con los asaltos. He avisado a tu enlace en la mansión, ¿estás preparada?

Emi miró hacia Raúl antes de responder.

—Lo estoy. En media hora estaré en la casa.

—Espero que llegues antes que ella.

Emi cortó la conversación. No había más que hablar entre ellas. La rubia se palpó el pecho. Conforme con la inspección se acercó a una cómoda del salón, abrió un cajón, extrajo una pistola y una funda que se colgó del cinturón que sujetaba sus pantalones vaqueros.

—Vamos —ordenó a Raúl.

—¿No hay una para mí?

—No la necesitas.

—¿Y tú sí?

—Sí, para defenderos mientras sacas a Alicia aunque sea a rastras de aquel maldito lugar —explicó sacándolo a empujones del piso.

—¿Alicia? ¿Y qué hace Alicia allí?

—Lo que lleva intentando hacer desde que nos reencontramos, vengarse.

Capítulo 51

Noche del 16 al 17 de mayo, finca del chalet de Deimer, Sevilla

Había imaginado ese momento desde que había visto como aquel cerdo mataba de un golpe a su madre. Habían pasado muchos años y demasiadas cosas desde entonces. Se había culpado mil veces, había apretado el gatillo mil veces y mil veces había observado la bala atravesando la cabeza de Deimer. Todas aquellas imágenes en su mente podían hacerse realidad esa noche si se atrevía a salir de su escondite y enfrentarse al magnate que dirigía la operación de desalojo.

Allí estaba él, observando como unas mujeres indefensas, que creía de su propiedad, eran sacadas a empujones de las caballerizas de la finca para encerrarlas de nuevo en un camión. Eran tratadas como ganado, para ellos valían mucho menos que eso, tan solo eran el medio para hacer caja, y su dolor o su muerte no les afectaban lo más mínimo.

Alicia no pudo contener las lágrimas al reconocer el sufrimiento de esas mujeres en el rostro de su madre cada vez que regresaba de realizar un «servicio». Alicia habría podido estar allí, acompañándolas, siendo una más, hacinada en el remolque del camión, si no hubiese sido por su madre y la de Emi, y por tantas otras personas que la ayudaron a escapar de aquel infierno terrenal. Se secó su rostro con el dorso de su mano llevándola luego a su espalda para tomar el arma. Inspiró con fuerza dirigiéndose sin disimulo hacia aquellos hombres con una única idea grabada a fuego en su mente.

Cuanto más se acercaba hacia el camión con más fuerza apretaba la empuñadura de la pistola y su mandíbula. Avanzaba sin importarle si el sonido de sus pasos delataba su presencia. Alicia solo pensaba en una cosa, lo que sucediese después de reventarle la cabeza de un tiro a Deimer le daba igual, aunque el resultado de aquella acción impulsiva fuese perder la vida segundos después de culminar su venganza. Alzó el brazo caminando con resolución hacia el magnate, con el cañón de su arma apuntando a su cabeza.

Estaba a punto de abandonar la última línea de árboles que rodeaban las caballerizas, justo en el punto en el que no tendría ningún sitio en el cual guarecerse, cuando el sonido de las balas rasgando el aire hicieron que se agachase cubriéndose con su mano la cabeza. El ruido del fuego cruzado se alejó de su ubicación con rapidez. Solo entonces se atrevió a incorporarse de nuevo para observar el suelo alrededor del camión que lucía empapado con la sangre de los muertos. Entre los caídos solo distinguió a secuaces del

magnate. Las mujeres encerradas en el remolque gritaban con desesperación golpeando la puerta desde dentro. Revisó a los caídos, Deimer no estaba entre ellos. Al alzar la vista de nuevo adivinó su estela en la distancia, introduciéndose en el bosque con una torpe carrera, tropezando con las ramas de los árboles cada vez que giraba su vista hacia atrás.

Alicia comenzó a correr tras él, pero el sonido de los golpes en el camión la hicieron retroceder.

—¡Mierda! —gritó girándose para volver sobre sus pasos.

Abrió la puerta del remolque de par en par. De pronto se vio absorbida por una marea de mujeres que corría sin pensar tan si quiera en su libertad, era el miedo a perder su vida lo que impulsaba su carrera. Una carrera que se vio interrumpida por el comando que había asaltado la casa, unos hombres vestidos de negro, armados, con pasamontañas, que avanzaban hacia ellas, parándolas, arropándolas, intentando transmitirles una tranquilidad de la que hacía tiempo habían sido desposeídas.

Alicia dejó de contemplar aquella escena. Había hecho su trabajo, el que su conciencia le había dictado, antes de volver a emprender la carrera en dirección a la arboleda, hacia el lugar por el que había visto desaparecer a su objetivo. Ni siquiera reparó en las voces que gritaban su nombre, ni se detuvo a pensar en que quizás era demasiado tarde para encontrarle, en que quizás su mejor oportunidad se había esfumado. No iba a rendirse, no cuando estaba más cerca que nunca de matarle.

Aceleró su carrera, saltó con agilidad sobre las raíces, esquivó las ramas que se interponían en su camino, avanzó dejándose llevar por su instinto, hasta que consiguió ver a lo lejos como el magnate entraba en la mansión por la puerta de servicio. Solo entonces se permitió tomarse un pequeño respiro. Se paró, volvió a comprobar que el arma tenía munición, insertó de nuevo el cargador y reanudó la marcha en pos de Deimer. Tenía un objetivo entre ceja y ceja y esa noche iba a cumplirlo, aunque eso supusiese convertirse en una asesina.

Empujó con furia cada una de las puertas con las que se cruzó en su camino, haciendo que los batientes rebotasen contra la pared antes de atravesarlas. Caminaba con un brazo en cabestrillo y el otro colgando a su costado, sin dejar de aferrar con fuerza la pistola, sin tan siquiera prestar atención a los empleados con los que se cruzaba.

Así traspasó la cocina, dejando a los sirvientes pegados a la pared a su paso, el salón principal, los distintos pasillos, hasta entrar en la estancia en la que sabía que encontraría a su presa, su querido despacho.

Deimer pegó un salto, lanzando los papeles que sostenía en sus manos, cuando la puerta se abrió de golpe y tras ella apareció una

enfurecida Alicia apuntándole directamente a la cabeza. El rugido de la destructora de papel los acompañó durante unos segundos hasta que acabó de devorar el último folio que el magnate había podido introducir en ella. Entonces tan solo el silencio inundó la habitación en la que los dos personajes se mantenían inmóviles a la espera de algún movimiento del otro que les hiciese reaccionar.

Alicia aferraba la pistola con tanta fuerza que hacía que el arma temblase sin mantener fijado el blanco del posible disparo. Deimer alzó los brazos intentando ganar tiempo hasta que llegasen al despacho los secuaces que estaban dando caza a los atacantes.

—Vamos, Alicia, yo no tengo nada que ver con la muerte de tu primo —suplicó con una sonrisa, intentando ocultar tras ella el miedo que se estaba apoderando de él.

—Tienes mucho que ver con la muerte de mi primo y con la de mi madre, ¡hijo de puta! —Deimer aprovechó aquel momento de rabia y despiste para acercarse a ella—. Ni se te ocurra, ¡quieto, joder! —Su mano temblaba, las lágrimas comenzaron a escocer en sus ojos—. Mataste a mi madre, tú la mataste y ahora, yo te mataré a ti.

Alicia comenzó a empujar el gatillo con indecisión. Ser una asesina a sangre fría estaba siendo más difícil de lo que se había imaginado y más, cuando una voz que conocía a la perfección se coló en su oído suplicándole que bajase el arma.

—Deberías hacerle caso a tu… ¿amor? —sugirió Deimer mirándolos con cara de asco.

—Alicia, baja el arma, por favor, tú no eres una asesina, deja que la justicia…—repitió Raúl justo cuando una mano de mujer se posaba sobre la de Alicia y le arrebataba el arma.

—No, Alicia no es una asesina, ¿verdad, papá? Para eso hay que ser de otra pasta, como nosotros.

Emi le quitó la pistola de las manos y, poniéndose al lado de su padre, los encañonó.

—¿Qué haces, Emi? —preguntó Raúl sorprendido.

—Lo que tendría que haber hecho antes de meterme en este enrevesado juego, mataros. Vamos, caminad. —Los empujó con el cañón de la pistola dirigiéndolos hacia la salida de la mansión—. ¿Vienes, papá? Creo que te gustará ver como acabo con la culpable de la muerte de mamá. —Deimer sonrió al darse cuenta de quién era en realidad Alicia.

—Así que esta es la niñita que se nos escapó. Matarla sería demasiado fácil, Emi, creo que le debemos algo más que eso. —Se acercó a Alicia enredando un mechón de su pelo entre sus dedos.

—Si la tocas te mato —Raúl golpeó la mano del magnate al decir esas palabras.

—Ja, ja, ja, creo que hoy, los únicos que tenéis tickets para morir

sois vosotros —respondió Deimer desafiando a ambos con su mirada —. Hoy serás mía pequeña puta y después, de muchos otros.

Raúl inició un movimiento hacía ellos, pero la pistola apuntando a su cabeza hizo que desistiese. Apretó con fuerza sus puños mientras Alicia se mantenía en silencio, llorando, derrotada.

—Vamos, creo que a mi padre le encantará tener espectadores.

Caminaron hacia la entrada de la mansión. La masajista arrastraba sus pies, sin tensión en sus músculos, con las lágrimas resbalando por su rostro, con la culpabilidad grabada en su alma por no haber podido vengar a su madre, por haber perdido a Braider en el camino y estar a punto de ser la única culpable de que Raúl hallase allí la muerte.

—No. —Alicia se plantó a mitad de las escaleras que finalizaban en la recepción de la mansión—. No voy a permitir que matéis a Raúl. Dejarle marchar.

—Creo que no lo has entendido, cielo —Emi acercó sus labios a su oído—. No estás en situación de negociar. —Le pegó un empujón para que siguiese caminando hasta el centro de la estancia.

—No, los que no lo habéis entendido sois vosotros, no os queda tiempo, varios grupos armados están desmantelando vuestras sedes en este momento, será cuestión de minutos que entren aquí y acaben con los dos. —En cuanto dejó de trastabillar se giró hacia ellos en medio del salón mientras Emi empujaba a Raúl hacia Alicia.

—¿Qué dices, papá? Yo creo que tienes tiempo de jugar un poco con ella.

—Tienes razón hija, nuestros hombres ya se habrán ocupado de esos imbéciles. —Deimer avanzó hacia la muchacha dándole la espalda a Emi—. Quizás les deje que la prueben. —El magnate iba desabrochándose el cinturón a medida que se acercaba a Alicia, la chica retrocedía a paso lento.

—¿Papá…? —llamó Emi.

Aquella mole de músculo se giró hacia su hija con sus manos puestas en la cremallera del pantalón que acababa de bajarse. El gesto de aquel hombre se congeló cuando la detonación del disparo llegó a sus oídos unos instantes después de sentir el dolor lacerante de la bala atravesando sus partes. El pantalón se deslizó por sus piernas tocando el suelo casi al mismo tiempo que su cuerpo. Las manos de Deimer soltaron la bragueta para pasar a presionar la herida que empapaba sus dedos con su sangre haciendo crecer una mancha a su alrededor. Aquel hombre se retorcía, sus gritos reverberaban por la recepción mientras Emi se acercaba a él con estudiada calma. Alicia y Raúl observaban la escena presos de la inmovilidad que se había apoderado de ellos tras aquel giro inesperado de los acontecimientos. Ammelie se acuclilló al lado de su padre.

—Mírame. —Deimer, presa del dolor seguía ovillado sobre sí

mismo sin preocuparse de obedecer la orden de su ejecutora—. ¡Qué me mires, coño! —volvió a ordenarle su hija obligándole a girar su cara hacia ella con el cañón de la pistola—. Tú eres el culpable de la muerte de mi madre, de la muerte de la suya, —señaló con el arma a Alicia al decirlo—, ¿de verdad creías que estaba de tu lado? ¿Qué iba a dejar que siguieras subyugando a mis hermanastras? —Los ojos de Deimer se abrieron con sorpresa—. Sí, lo sé, mamá me lo contó todo. ¿Qué fácil verdad? Si se necesitaban más mujeres tú disfrutabas de un buen rato y la organización tenía material nuevo. Eres un maldito cerdo, hasta chillas igual que ellos.

—Hija, avisa a un médico —suplicó su padre entre gritos de dolor.

—¿Hija? ¿Y el resto de tus hijas? ¿Por qué no las llamas así? ¿Por qué me elegiste a mí entre todas? No mereces vivir más tiempo del que ya lo has hecho. Si sabes rezar este es el momento, quizás así consigas que te abran las puertas del cielo.

Emi se incorporó, desafiándole con la mirada. Estiró su brazo con la pistola apuntando hacia la frente de su padre manteniéndose en esa posición unos segundos. El murmullo distante de voces hizo que Emi dejase de observar a Deimer retorciéndose en el suelo, pidiendo clemencia con sus ojos anegados de lágrimas.

—Es el momento de que os vayáis. —Con su mano libre Emi rebuscó en uno de los bolsillos del pantalón para lanzarle las llaves del coche hacia Raúl que las atrapó en el aire—. Salid por las cocinas.

El chico asintió antes de aferrar a Alicia fuertemente por los brazos y tirar de ella hacía la salida que les había indicado Emi. Tuvo que hacer uso de todas sus fuerzas para moverla, la masajista parecía anclada al suelo. Las revelaciones de Emi la habían dejado sin capacidad de reacción, Deimer podía ser su padre y la chica, su hermanastra. Finalmente, la insistencia de Raúl consiguió que se moviese avanzando de espaldas hacia la salida, aquella mujer iba a ejecutar por ella, por todas ellas, a su padre. No quería perderse esa escena.

Emi miró hacia la puerta y, cómo quién calcula el tiempo del que dispone, se quedó mirando por un momento al vacío antes de escupir a la cara de su padre y apretar el gatillo. El sonido de la detonación fue tapado por el ruido de los secuaces de Deimer entrando en la mansión y por el sonido de sus balas cruzando el espacio en el que, no hacía tanto, habían estado Raúl y Alicia.

El cuerpo de Emi se retorcía con cada impacto recibido. La sudadera blanca fue cubriéndose de rojo. La chica planeó hasta caer a los pies de su padre, que yacía en medio de un charco de sangre con un agujero perfecto de bala en el centro de su frente.

—¡Noooooo!

Ver a Emi desvanecerse acribillada por las balas hizo que Alicia

intentase deshacerse del agarre de Raúl para salir corriendo hacia ella. Quería sentarse a su lado, reanimarla, no permitir que se le escapase la vida. No quería marcharse de allí sin intentar salvarla. No quería revivir la situación que vivió con su madre, viéndola morir mientras ella se salvaba. No quería que nadie más pagase un sacrificio por su vida.

Raúl tiró de ella, si algo tenía claro era que no iba a permitir que a Alicia le pasase nada, se lo había prometido a Emi, la sacaría de allí, aunque fuese a rastras. El chico era consciente de que, de no irse en ese mismo momento, el sacrificio de Ammilie no habría servido para nada.

Capítulo 52

20 de mayo de 2022, notaría, Sevilla

Alicia se encontraba sentada en aquella sala cuyas paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de grandes libros marrones que guardaban los protocolos de todo lo firmado en la notaría. Una sala limpia, adusta, con una mesa rodeada de sillas de las que tan solo tres estaban ocupadas.

La voz del notario, monótona, calmada, grave, daba vida a las palabras que en el papel perpetuaban la última voluntad de Emi. Alicia asistía al ritual en el mismo estado que se había encontrado durante los últimos días, con la tristeza empapando su alma, los ojos enrojecidos, aferrada a la mano de Raúl, perdida en los recuerdos, rememorando una y otra vez los últimos momentos de la vida de Emi, con miles de «y sis» revoloteando en su cabeza.

Aquella lectura era para Alicia algo carente de sentido. Nunca había necesitado más dinero del que tenía, ni una vivienda lujosa, su casa hecha de remaches había sido suficiente para sentir los pocos retales de felicidad que se había permitido sentir. Si algo tenía claro Alicia era que cambiaría todos esos bienes, que estaba a punto de recibir, por tener al completo a su familia consigo, por traer de vuelta a Braider, a su madre y a su recién descubierta hermanastra. Había cosas que eran imposibles y en ese momento, después de perder a tantos y haber culminado su máximo propósito en la vida, se sentía vacía, aferrándose con fuerza a lo único que la ataba a la cordura, el amor a su madre adoptiva y a Raúl, que no la había dejado sola ni por un segundo, adaptándose a su estado de ánimo, simplemente estando sin forzarla a hacer nada para lo que no estuviese preparada.

Tenía claro que saldría de esa apatía, no era la primera vez que tenía que hacerlo, pero las imágenes de la muerte de la rubia bombardeando su cabeza no hacían más fácil aquel proceso. No dejaba de ver como las balas impactaban en el pecho de Emi mientras Raúl la arrastraba con fuerza. No podía olvidar los círculos rojos que consumían el blanco de la sudadera de Ammilie, ni la imagen de la chica caída en el suelo. La fuerza con la que había luchado con el amarre de Raúl no había sido suficiente para evitar que la sacase de la mansión a rastras entre gritos desconsolados que rasgaban su garganta. Cruzando la arboleda de la finca comprendió que, dejarla morir en soledad, era la única forma de salvarse y salvar a Raúl. Fue entonces cuando se dejó llevar, agarrada de su mano, a través de la frondosidad del bosque hasta alcanzar el claro donde aún continuaba el camión con las puertas del remolque abiertas.

Solo cuando llegaron a este punto Raúl frenó su paso revisando el entorno, permitiendo que tomasen un poco de aliento. Reparó en los cadáveres y en el silencio opresor que lo invadía todo. No divisaba a nadie alrededor, pero podían aparecer en cualquier momento.

Raúl aferró su mano de nuevo haciendo gala de una determinación de la que nunca había gozado y echó a correr como alma que lleva el diablo. Tiró de Alicia que seguía sus pasos esquivando cualquier obstáculo que aparecía a su paso. El rugido de un motor alertó a ambos. Volvieron a quedarse inmóviles ocultos entre la espesura del bosque.

Otearon el horizonte, un suv oscuro cubierto de polvo se encontraba semi escondido entre los matorrales que se hallaban al otro lado de la valla del recinto con el motor encendido, preparado para la huida. Al lado del vehículo una mujer con un arma en su mano observaba el horizonte buscando algo. Sus miradas se cruzaron. Ella los reconoció y agitó con fuerza su brazo. Daniela de nuevo al rescate para mantenerlos a salvo.

—Si está de acuerdo firme aquí —sentenció el notario sacando a Alicia de sus recuerdos.

Y Alicia firmó al pie de la página sin saber qué era lo que estaba rubricando.

Raúl rodeó sus hombros atrayéndola hacia sí, depositando un casto beso en su frente, dejando que ella apoyase su cabeza en su hombro. Había mucho camino por recorrer y él estaría a su lado para acompañarla.

El notario les entregó una copia simple de los documentos y salieron de la sala, de la notaría y de aquel sobrio edificio. Ya en la calle continuaban cogidos de la mano con los dedos entrelazados, caminando, cuando una voz detuvo sus pasos.

—Daniela —dijo Alicia sorprendida al verla tras girarse—, no esperaba volver a verte.

—Yo, sé que debería haber ido al entierro…

—Sé lo que es, he estado en tus zapatos —la tranquilizó Alicia dándole un fuerte abrazo—. Gracias.

—Perdóname, Alicia —suplicó perdida en ese abrazo—. Tenía que haber rechazado involucrar a Braider.

—Él eligió, Daniela, como yo lo hice. Gracias a él, a vosotros, hemos ganado muchas más vidas que las perdidas.

—Sí, pero él, para ti, …

—No, déjalo, no podemos cambiar el pasado. Lo he entendido demasiado tarde, aunque los «y sis» me sigan atormentando.

Daniela deshizo el reconfortante abrazo.

—Quizás esta sea la última vez que nos veamos, pero nunca os olvidaré. —Alicia asintió—. Solo me queda por cumplir con un

encargo. —La chica metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta sacando una carta que tendió hacia Alicia—. Es de Emi.

Capítulo 53

22 de mayo de 2022, Arrabal de los Mesones, Ledesma

Querida hermana,

Un día te dije que te hablaría de mis cicatrices si confiabas en mí. No sé si has llegado a hacerlo, aun así, creo que te mereces saber la verdad.

Cuando éramos unas niñas yo no era conocedora de nada de lo que te voy a contar y aun así sufría con cada una de vuestras ausencias.

Quiero que sepas que soy una más de vosotras, que sufrí, aunque no tanto. Me libré tan solo por ser escogida por nuestro padre.

Sabes que nuestras madres eran prostituidas, vendidas al mejor postor y que nuestro destino habría sido continuar con la «tradición familiar» si las casualidades no se hubiesen aliado con nosotras. Tú por haber podido escapar a tiempo, yo por haber sido el capricho de mi padre cuando me vio en la cuna.

Él era uno de los que disfrutaban de los cuerpos de las mujeres que engañaban o secuestraban para que formasen parte de su catálogo. Así que se convirtió en el, digamos, donante de semen para que aquellas mujeres tuviesen hijos que pudiesen prostituir llegado el momento.

Deimer era el padre de muchas criaturas, pero no conseguía dejar embarazada a mi madre. Así que pidió permiso para quedarse con uno de sus hijos. Yo fui la afortunada, aunque también fui el foco de la ira del cártel cuando conseguiste escapar con ayuda de mi madre. Aquella huida y su confesión en la policía, fueron las causantes del castigo que infligieron a mi padre: que su hija ofreciese un servicio a uno de sus más depravados clientes. De ahí la marca de mi hombro y las cicatrices de mi alma.

Era una niña como tú, Alicia, ¿te imaginas lo que eso supuso para mí? Una vez, una sola vez, ellas tendrían que pasar por aquello tantas y tantas veces. Mis amigas, mis hermanas y sus madres, y todas las mujeres y niños que estaban en el catálogo.

Aquella maldita experiencia y las palabras de mi madre, que tan solo comprendí más tarde, me llevaron a urdir toda esta trama para encontrarte y para salvarlas. Tengo una extensa red de colaboradores que poco a poco sigue creciendo. Hemos liberado a muchas, pero el tamaño de la organización de Deimer también

sigue aumentando, y la única forma que encuentro de salvarlos a todos y acabar con ellos es seguir el camino de mi madre. Asestarles un golpe final y denunciarlos.

Por eso necesitaba a Daniela y a Braider, para recabar las pruebas que los llevasen a la cárcel, según la policía mi confesión no era suficiente. Sé que los encontraremos y que cada uno de ellos acabará sus días entre rejas sin poder reflotar su negocio.

Gracias por estos meses a tu lado, por permitirme conocerte, por todos, todos esos momentos. Y perdona por no haberte contado antes todo esto. Solo quería cuidarte, como cuando acabé con Sebastián o cuando no te dejé convertirte en una asesina matando a mi padre en su habitación. Perdona por no haber sido clara contigo, pero no quería verte involucrada en mi mundo, en mi lucha, que también era la tuya.

Confía en mí, Alicia. No temas por mi suerte, siempre he tenido amigos dentro de la organización.

Tu hermana, que jamás se olvidó de ti,

Emi

Las lágrimas de Alicia formaban un manantial en sus mejillas. No podía parar, estaba vaciando todo el dolor que llevaba días consumiéndola desde dentro. Aquellas palabras eran la confirmación del amor que Emi sentía por ella desde que compartían juegos de pequeñas. Había desconfiado de su hermana, la había considerado una enemiga y, sin embargo, lo único que había hecho esos meses era acercarse a ella y protegerla. Protegerla de sus propios fantasmas y de sus acciones impulsivas que bien podrían haber acabado con sus días en la cárcel.

Estaba tumbada en la cama, aferrada al oso de peluche, mordiendo con rabia su oreja. Raúl la había dejado sola, dándole espacio para leer la carta que al fin se había decidido a abrir tras varios días. Su cuerpo se agitaba por los hipidos provocados por el llanto. Los minutos pasaban y las lágrimas no cesaban, comenzaba a hiperventilar y la rabia hizo acto de presencia. Gritó como si la vida le fuese en ello. Lanzó el peluche contra la pared. Se levantó para recogerlo del suelo y comenzar a destriparlo. Tiró con fuerza de los dos brazos, las piernas, las orejas. El relleno cubrió los fríos azulejos, pero no amortiguó el débil sonido de un objeto cayendo sobre ellos.

Alicia se paró revisando el espacio hasta encontrar al culpable de aquel pequeño ruido. Se agachó, en medio de aquellos azulejos grises se podía ver un pequeño trozo de plástico negro. Lo recogió con delicadeza acercándoselo a los ojos. Una sonrisa comenzó a formarse tímidamente en sus labios.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó asustado Raúl al entrar en la

habitación.

—Los tenemos, amor, los tenemos —le respondió mostrándole la tarjeta sd que tenía en la mano—. Que den comienzo los juegos del hambre.

Capítulo 54

Dos años tras la muerte de Emi

A pesar de que Alicia no era consciente de lo que había aceptado cuando firmó el testamento, cumplió con cada una de las peticiones de Emi. La más importante, dedicar una parte de la herencia a hacer realidad el sueño que siempre había tenido su hermana, crear un equipo de ciclismo femenino fichando a las mujeres liberadas que mostrasen facultades para ello.

Alicia no solo había creado el Emi Power Girls, sino que se había erigido como la directora deportiva del mismo. Por eso, verlas en aquel podio ganando su primer premio de líderes por equipos, la llenaba de orgullo.

La chica se había refugiado entre el público para observar a sus chicas recogiendo el galardón. No pudo evitar llevarse la mano al corazón mirando al cielo. Aquella victoria era tan suya como de Emi. Le costaba creerse lo lejos que habían llegado con ese proyecto, más que nada porque siempre había creído que tan solo era una treta de su hermana para acercarse a ella con fines deshonestos. Sonrío al recordarla, hacía pocos meses que podía pensar en ella sin que las lágrimas escociesen tras sus párpados, pero agradecía haber podido conocerla, haber podido crear esos escasos recuerdos a su lado.

La voz de Juan, el *speaker*, la llamaba para que subiese al escenario a recoger el trofeo con sus ciclistas. Sus deportistas le hacían gestos desde el podio para que se acercase y poder compartir con ella el premio. Alicia negaba con la cabeza, avergonzada. Siempre le había gustado mantenerse en un discreto segundo plano y, además, sentía que ellas eran las verdaderas protagonistas en ese día. Las ciclistas seguían insistiendo, Raúl la empujó con delicadeza animándola a subir. Claudicó ante la insistencia de todos comenzando a caminar hacia el podio seguida de Raúl que se quedó entre bambalinas sonriente.

Cuando llegó todas la abrazaron. La vida les había dado una segunda oportunidad y habían sabido aprovecharla. Juan anunció la entrega del premio con sorpresa incluida, sería Raúl y no alguna de las autoridades presentes quien se encargaría de ello. El chico se acercó con el trofeo en la mano. Al llegar a la altura de Alicia se arrodilló posando aquel trozo de metal en el suelo y sacando de su bolsillo una caja que contenía un anillo. Alicia enrojeció, aquello distaba mucho de mantenerse en un discreto segundo plano.

Se tapó la cara con las manos. Escuchaba a sus chicas jalearla. Al público incitándola a dar una respuesta a una pregunta que aún no se

había formulado. Lloró, por primera vez de alegría desde hacía ya dos años. Y entonces Raúl preguntó, con el corazón en un puño, lo que todos estaban esperando.

—Este mundo nos ha arrebatado mucho, pero también ha traído a mis días lo mejor de mi vida. Alicia, ¿quieres casarte conmigo?

Alicia miró al público, allí estaba su madre, también llorando. Miró a sus chicas, al resto de cómplices del momento y a Raúl. Tomó entre las suyas sus manos instándole a levantarse. Clavó en él su mirada cristalina acariciando la rasposa barba que tanto le gustaba y asintió. Las palabras se atascaban en su garganta, pero todos la comprendieron incrementando el sonido de sus gritos y vítores.

Raúl y Alicia tan solo tuvieron unos segundos para disfrutar de un apasionado beso antes de que las ciclistas los rodeasen en un abrazo colectivo, saltando a su alrededor, compartiendo su felicidad. Todos habían logrado sus sueños.

Epílogo

Tres años tras la muerte de Emi

Alicia tenía la manía de leer el periódico mientras desayunaba, una de tantas a las que Raúl se había tenido que acostumbrar una vez que habían decidido irse a vivir juntos. Lo que el chico no se imaginaba era que esa costumbre les trajese esa mañana, en forma de titular, la tranquilidad que hacía años llevaban esperando. La noticia anunciaba el arresto del último eslabón que conformaba la organización de blanqueo de capitales y trata de blancas que habían ayudado a desmantelar hacía tres años. El resto ya estaban cumpliendo sus condenas antes de ser repatriados a sus países para que fuesen juzgados por los crímenes cometidos en ellos.

Ambos sonrieron recibiendo aquel arresto como un regalo de bodas adelantado, que se podría unir a la consecución de un nuevo patrocinador con el que habían agendado una reunión matutina en su casa.

No tenían por costumbre recibir visitas profesionales en su hogar, pero la secretaria que los había contactado había sido muy convincente dejando caer en la conversación de forma casual el número de ceros que acompañarían a la cifra que aquella empresa estaba dispuesta a aportar al Emi Power Girls. Conseguir sumar ese nuevo patrocinio era vital de cara a asegurarse la solvencia económica necesaria para lograr una plaza en las categorías superiores de la competición, por eso accedieron a aquella petición tan poco usual.

El timbre sonó. Alicia recogió con rapidez los platos del desayuno depositándolos en el fregadero antes de cerrar la puerta de la pequeña cocina tras ella. Dio un último vistazo a la casa que se habían afanado en limpiar a conciencia para causar una buena primera impresión. El apartamento estaba bien organizado, aunque sin grandes espacios, era suficiente para los dos, un lugar adaptado a lo que se podían permitir con sus sueldos, ya que Alicia había dedicado todos los recursos de su herencia a montar el equipo y dar apoyo a las víctimas de trata de blancas liberadas.

El ruido del timbre sonó de nuevo activando a ambos de inmediato, no estaban en disposición de permitirse hacer esperar al posible inversor. Abrieron la puerta. En el descansillo les esperaba una mujer, alta, esbelta, de pelo moreno liso cortado a la altura de los hombros, con unas gafas de sol que cubrían la mitad de su rostro, enfundada en un vestido blanco ajustado a su figura, subida en unos zapatos de tacón de aguja que desafiaban a la gravedad y con un fular alrededor de su cuello que tapaba la parte de su cara que no cubría

sus gafas.

Ninguno de los dos reaccionó, esperaban a un hombre trajeado, no a una mujer con ese porte altivo. Raúl tomó la iniciativa tras unos instantes invitándola a entrar con un gesto de su mano al que ella correspondió avanzando hacia el salón. Se quedó de espaldas a ellos mirando por la ventana. Solo entonces se permitió quitarse las gafas y el fular, manteniéndose de espaldas.

—Gracias por haberlo logrado.

Aquella voz atrajo a las mentes de Raúl y Alicia una posibilidad lejana totalmente confrontada con la realidad. Una posibilidad que dejó de ser algo irreal cuando aquella mujer se giró hacia ellos mostrando su rostro.

—¿Tú? Pero, pero si tú estás muerta —sentenció Alicia señalándola.

—Pues yo me siento muy viva.

—No, no. Yo te vi morir. —comentó Alicia frotándose los ojos.

—Me viste caer al suelo y quedarme quieta —respondió Emi acercándose a ellos.

—No, no, los disparos, tu sudadera llena de sangre…

—Trucos baratos, Alicia, un chaleco antibalas, unas bolsas de líquido rojo y unos detonadores conectados con la pistola de mi amigo. Solo hacía falta que él se asegurase de entrar el primero en la sala y dispararme con sus balas de fogueo. Lo demás, puro teatro. Te dije que tenía amigos dentro, Alicia.

—Maldita seas, maldita seas, —repetía la masajista golpeando con sus puños el pecho de su hermana—, ¿tú sabes por lo que he pasado estos años?

—Lo siento, cielo, era la única manera. Tenía que desaparecer hasta que los encontrasen a todos para poder testificar contra ellos.

—Yo, Emi, …

—Tranquila, cielo, lo sé. Perdóname por tanto dolor. Ahora estoy aquí, justo a tiempo para ser la madrina de tu boda.

Alicia la abrazó aferrándose a su cuerpo con fuerza desmedida, no podía contener por más minutos ese gesto que pensó que nunca podría realizar. La apretó con fuerza contra sí, apoyando la cabeza sobre su hombro, transmitiéndole todo el amor y la admiración que sentía por ella, por todo lo que había hecho, por su gran corazón. Emi correspondió a aquel gesto, besó la coronilla de su hermana, sin poder evitar que las lágrimas se escapasen de sus ojos al saber que, al fin y después de tanto tiempo, todo se encontraba donde debería estar.

AGRADECIMIENTOS

Gracias siempre. Gracias por cederme la imagen de la portada y la felicidad de cada día a tu lado. Gracias por ser tú y apoyar todas mis locuras.

Gracias lectores, por disfrutar de mis historias y hacer volar esta mente traviesa.

Gracias a todos por estar, por apoyar, por creer en mí, por darme alas y conseguir que un sueño se convierta en una realidad.

No hay palabras ni actos suficientes para agradecer el apoyo que me brindáis ni el cariño que siento por vosotros.

Gracias a todos por vuestros consejos, aunque parezca que no los tengo en cuenta os prometo que los sopeso y los valoro y, aunque en ocasiones los comparto, hay razones poderosas para no seguirlos.

Nos vemos en las redes
Facebook.
Instagram.
Y si te ha gustado no te olvides de calificar este libro Amazon.

About The Author

Begoña Gallego de la Iglesia

Begoña Gallego de la Iglesia, asturiana, licenciada en economía, vio despertar su inquietud por la escritura a los 13 años tras leer el libro "El Club de los poetas muertos". Comenzó con la poesía pero pronto descubrió que no era lo suyo a pesar de ganar el "Concurso de poesía por la paz organizado por La AAVV Alfonso Camín de Gijón".

Dejó las rimas y los versos para introducirse en el mundo del relato, en el que hoy sigue inmersa gracias, entre otras cosas, a los talleres de escritura de Gijón en los que está inscrita. El relato y micro relato le trajeron alegrías cómo ser finalista del concurso relatos breves revista You, ser seleccionada para incluir un micro relato "Vuelta al Hogar" en el libro de micro relatos "II certamen de micro relato Ciutat d'Elx" y en libro del "concurso de micro relatos comarca joven (edición digital)" con el relato "Realidad o Sueño", además de ser jurado en el I Concurso de Micro relatos El Alquimista (2019). Participa con sus

relatos en la I Antología de relatos de Otoño de Ediciones Embrujo, en el libro de relatos “Viviendo Historias” y en la antología solidaria “Pequeños Héroes”, este último un proyecto solidario de varios autores cuya recaudación es destinada íntegramente a la investigación del cáncer infantil. Participante en la “II Antología de Relatos Huella Cultural Salva”.

Pronto surgieron en su mente ideas demasiado complejas para condensarse en un pequeño texto así que comenzó con las novelas. Las primeras sin documentación y sin más ambición que probar, hasta llegar a “Cazadores con Alma” a la que da continuidad con su segunda parte “Las Almas de los Inocentes”, y cuya trilogía se cierra con “Almas Perdidas”.

En el 2022 afrontó un nuevo reto de escritura con «Yo te Vengaré» iniciándose en el género romántico con una historia que va mucho más allá del amor entre sus protagonistas, obra que participante en el Premio Literario Amazon Storyteller 2022.

Para mí, escribir es sentir una relación estrecha entre las teclas y mi imaginación que se vacía en los escritos creando vidas, historias, enredos, más allá de la realidad en la que vivimos. Es la sensación satisfactoria de crear algo, de poder ponerte en la piel de otros, reales o irreales y ser capaz de que sus sentimientos traspasen las fronteras del cerebro trasladándose a unas letras que vibren con esas sensaciones.

Books By This Author

YO TE VENGARÉ

Nora tiene la valentía de dejar su pueblo natal para dirigirse a Gijón a descubrirse a sí misma y cumplir con la promesa que le hizo a su padre. Leire es una camarera de un local de ambiente que está sobreponiéndose a un episodio de homofobia vivido recientemente. Las vidas de estas dos mujeres se entrelazarán al compartir piso y ambiente sin saber que ambas buscan cumplir una promesa, que ambas están luchando contra sus prejuicios para renacer siendo sinceras consigo mismas, que ambas se verán inmersas en un círculo de violencia y que ambas ocultan secretos que las alejarán de sus sentimientos. Mientras la policía busca a los culpables de las agresiones homófobas, Nora decidirá que una forma de ser valiente, de cumplir con su promesa y, de ayudar a sus nuevas amigas, es resolver el delito de las agresiones que han sufrido tanto su compañera de piso como varias chicas por el simple hecho de sentirse atraídas por otras mujeres. ¿Conseguirán Leire y Nora cumplir sus promesas en medio del caos que reina en sus vidas?

CAZADORES CON ALMA

Las leyes de los vampiros dicen que quién mata al rey del clan se convierte en monarca del mismo. Eso fue lo que diez años atrás le sucedió a Naiara en un desafortunado atardecer en el que defendiéndose acabó con el más poderoso de los regentes que había tenido su clan.
Antes de una de las reuniones del Consejo de vampiros Naiara se duerme y al despertar comprueba que el sol no la ha matado como cabría esperar. Entonces toma la decisión de abandonar aquella mansión en la que la habían recluido para volver con su familia y amigos e intentar retomar su vida anterior.
Cuando va en busca de su hermano para convencerle de que no es un monstruo, se encuentra con que él está ayudando a un grupo de úpiros disidentes que libran una guerra contra sus antiguos súbditos. Entre los rebeldes se halla Hidekel, del que su hermano Natanael es fiel escudero.
A su lado descubrirá el entramado de razas distintas que hay en el mundo de los vampiros. Las luchas, la realidad de la guerra en la que se verá envuelta, entre los defensores de los humanos y los que

pretenden dominarlos, así como el papel que ella juega en esta lucha de poder. Descubrirá que su conversión no fue una casualidad sino un plan perfectamente orquestado por el Consejo para utilizarla en su estrategia de dominar el mundo.

LAS ALMAS DE LOS INOCENTES

Naira es La Fuerza, un ser mitológico de los vampiros que surge cuando la superpoblación de úpiros amenaza la pervivencia de la humanidad, decide luchar contra todos aquellos de su especie que pretenden hacerse con el dominio del mundo para relegar a los humanos al estatus de ganado. Tres años después de haber vencido a Abimael en el que era su hogar, decide volver a su tierra para anunciar a su familia el compromiso con Hidekel. Es entonces cuando descubren que el vacío de poder que habían dejado ha sido ocupado por Ersebeth, la condesa sangrienta, una vampiresa desequilibrada que quiere hacerse con el poder de todas las razas de vampiros. En su regreso descubrirá que su débil hermano lidera una guerrilla que hasta el momento mantenía a raya a la condesa y a sus acólitos. Pero los planes de Ersebeth van más allá de la dominación mundial. Su mente enferma está organizando ejércitos de bebés vampiros con el único fin de utilizarlos de alambiques y cómo plaga en la consecución de sus objetivos. Naiara tendrá que enfrentarse a su yo más oscuro en esta entrega teniendo que decidir si salva a su alma, su familia y a la raza humana, o deja que el deseo de venganza se apodere de ella corriendo el peligro de perderlo todo, incluso a si misma por acabar con su enemiga Ersebeth Bathory.

ALMAS PERDIDAS

¿Qué harías si descubres que la persona a la que más amas y crees muerta no solo no lo está sino que está tienen retenida en contra de su voluntad en una prisión ilegal? Eso es lo que le sucede a Naiara, reina de los vampiros, cuando su hijo y su sobrino descubren que Hidekel, al que dieron por muerto hace dieciocho años, está vivo y encarcelado en la isla de los vampiros. Naiara, en su intento por recuperarle, se verá inmersa de nuevo en una lucha sin cuartel recorriendo distintos rincones de Asturias para descubrir el complot que un grupo de vampiros con ideologías nazis lleva urdiendo desde la Segunda Guerra Mundial para hacerse, no solo con el control del mundo conocido, sino también con el control del Universo deshaciéndose de todos aquellos vampiros que no consideran de raza pura y convirtiendo a la raza humana en su alimento.